

BIBLIOTECA UNIVERSAL



COLECCIÓN
de los
MEJORES AUTORES
ANTIGUOS Y MODERNOS
NACIONALES Y EXTRANJEROS

TOMO 180

HARTZENBUSCH

CUENTOS Y FÁBULAS

TOMO PRIMERO

MADRID

Libr. y Casa Edit. Hernando (S. A.)
Arenal, núm. 11.

Precio : 60 cénts. en toda España

Hartzembuschii.

CUENCA Y FAGULAS. — TOMO I.

B
U

TOMOS	TOMOS		
Moratin.—Poesías.....	148	Lope de Vega.—La moza de cántaro.....	169
Alocuciones militares..	149	Rojas.—Del rey abajo, ninguno.....	170
Fray Luis de Granada. Sermones.....	150	Villaespesa.—Poemas escogidos.....	171
Canciones patrióticas..	151	Sor María de Ágreda.— Leyes de la esposa..	172
Discursos selectos.. 152 y 154	153	Caballero.—Pericia geo- gráfica de Cervantes.	173
Compendio del «Qui- jote».....	153	Villaespesa.—El Alcá- zar de las perlas....	174
Curiosidades históri- cas.....	155 y 156	Hernández.—El gaucho Martín Fierro.....	175
Máximas y pensamien- tos.....	157	Fernández de Oviedo. La prisión de Fran- cisco I en Madrid....	176
Romancero popular... 158	158	Capmany.—Observa- ciones críticas sobre la excelencia de la Lengua castellana...	177
Curiosidades literarias..	159	Romancero criollo. Re- laciones y cantares..	178
Cartas escogidas.....	160	Chateaubriand.—Atala o los amores de dos salvajes en el desier- to.....	179
Conocimientos útiles... 161	161		
Vocabulario artístico... 162	162		
Epigramas clásicos... 163	163		
Chateaubriand.—Via- jes.....	164		
Iriarte y Samaniego.— Fábulas.....	165		
Romancillos anónimos.. 166	166		
Baltasar Gracián.—El Discreto.....	167		
Lope de Rueda.—Pa- sos y comedias....	168		

BIBLIOTECA CLÁSICA

Colección de las obras más selectas de clásicos griegos, latinos, españoles, ingleses, alemanes, italianos, franceses, etc., etc. Se publica en tomos en 8.º de 400 a 500 páginas.

Todas las traducciones son directas del idioma en que han sido escritas las obras originales, y están hechas por personas competentes.

Precio de cada tomo : 3,50 pesetas en rústica.

Van publicados 253 tomos, que pueden adquirirse por suscripción, tomando los volúmenes que se deseen.

LIBRERÍA Y CASA EDITORIAL HERNANDO (S. A.)

Quintana, 31, y Arenal, 11. — MADRID

VOLÚMENES EN VENTA

TOMOS	TOMOS
Romancero del Cid.... 1	Eusebio Blasco. — Poesías..... 41
La Celestina..... 2 y 3	Victor Hugo..... 42-44-88
La Edad Media..... 4	Poesías mejicanas..... 45
Fray Luis de León y San Juan de la Cruz.. 5	Melo —Guerra de Cataluña..... 46-47-49
Poesías alemanas..... 6	Campoamor..... 48
Proudhon.... 7	Mesonero Romanos .. 51 y 52
Romancero morisco... 8 y 10	Bossuet. — Oraciones fúnebres..... 53
Cervantes. — Novelas.. 9	Mirabeau.—Discursos.. 54
Herculano.—Novelas.. 11	Eurípides..... 55
Espronceda.—Poesías. 12 y 19	Voltaire..... 56
Goethe. — Werther.... 13	VÍctor Balaguer..... 57
Larra. — Artículos 14 y 15	Escritoras españolas... 58
Romancero caballeresco..... 16	Nicolás Gogol 59
Tesoro de la Poesía castellana . . . 17-18-20-22-30	Poetas americanos.... 60
Dante. — Tasso. — Petrarca..... 21	Jovellanos..... 61-80-81
Tirso de Molina..... 23	Poetas contemporáneos..... 62 y 64
Calderón de la Barca. 24-138	Lord Byron.—Poemas. 63
Fray Lope de Vega... 25	Ventura R. Aguilera... 65
Zorrilla. 26	Marco Polo..... 66
Quevedo..... 27-36-91-94	Cristóbal Colón..... 67
Soulié 28-32-43-50	El Universo en la Ciencia..... 70
Balzac..... 29	Poesías inéditas de Calderón..... 71
Santa Teresa..... 31	Argumento de Amadís de Gaula..... 72
Alarcón..... 33	Lope de Vega.—Novelas..... 73
La perfecta casada.... 34	Demóstenes y Esquines. 74
D. Ramón de la Cruz. 35 y 133	Fabulistas extranjeros.. 75
Moratín. 37	
Lope.—Nieto de Molina. 38	
Castillejo..... 39	
Schiller.—Dramas.. 40-68-69	

BIBLIOTECA UNIVERSAL

BIBLIOTECA UNIVERSAL

COLECCIÓN DE LOS MEJORES AUTORES
ANTIGUOS Y MODERNOS, NACIONALES
Y EXTRANJEROS

~~~~~  
TOMO CLXXX  
~~~~~

J. E. HARTZENBUSCH

CUENTOS Y FÁBULAS

~~~~~  
TOMO I  
~~~~~

MADRID

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

LIBRERÍA Y CASA EDITORIAL HERNANDO (S. A.)

Calle del Arenal, 11.

1925

Imp. de la Lib. y Casa Edit. Hernando (S. A.), Quintana, 31.

MCD 2022-L5

LA REINA SIN NOMBRE ⁽¹⁾

CRÓNICA VISIGÓTICA DEL SIGLO VII

CAPÍTULO I

La ley que hasta aquí rigió
dice: «Quien godó nació,
con goda, según su clase,
con vándala o sueva case,
mas con española nó.»

(La ley de raza, acto 1.º)

En el año 686 de la era española, 648 contando desde el nacimiento de Cristo, y el séptimo desde que, por abdicación del málogrado mancebo Tulga, reinaba el octogenario Flavio Chindasvinto en España, fueron llamados a Toledo, ya con una, ya con otra razón plausible, casi todos los duques y condes, gobernadores de las pro-

(1) Las breves notas que van al pie de las páginas son del presbítero D. Julián Antonio Martínez, de quien se hace mención al fin de la leyenda.

Los epígrafes de los capítulos fueron añadidos en la primera edición corregida.

vincias. Uno fué el duque Froya, varón de excelsa cuna y esforzado caudillo, que gobernaba parte de la provincia tarraconesa.

Celebró el anciano y sagaz monarca muchas y secretas conferencias con los duques y condes, reuniendo unas veces a varios en su pretorio, y avistándose otras veces sólo con uno; el último de todos fué el duque Froya.

En una espaciosa y rica estancia del pretorio, con vistas al Tajo, se encerraron una tarde el soberano y el súbdito. Flavio guardó silencio por un breve rato, y paseó lentamente la sala, como quien se disponía para discurrir sobre un importante negocio; el Gobernador se cruzó de brazos y siguió con la vista los movimientos del Rey, sin manifestar sorpresa ni ansiedad en el rostro, como quien sabía de qué iba a tratarse. Dirigióle una mirada el Rey, conoció que los preámbulos eran inútiles, y tomando de una mesa un rollo de pergamino, diósele a Froya, diciéndole sencillamente: «Lee esa carta y dime tu voto.»

Desarrollóla el Duque y leyó en alta voz: «Al gloriosísimo señor nuestro, el rey Flavio Chindasvinto, su mínimo siervo el obispo de Zaragoza, Braulio, juntamente con los presbiteros, diáconos y fieles que Dios le encomienda, esto hace presente.

»Aquel en cuya mano posan los corazo-

nes de los reyes, Aquel, además, lo gobierna todo, según nuestra ley nos enseña. Siendo esto así, acaso el pensamiento que tratamos de sugeriros será también una de las inspiraciones del Cielo. Oid, pues, de buen talante, benigno Príncipe, las súplicas que vuestros subordinados con leal intención os dirigen solícitos; porque departiendo repetidas veces unos con otros, movidos por la esperanza y ahinco natural con que apetece cada hombre la tranquilidad de su vida, excusando peligrosos accidentes, recordamos las pasadas revueltas y paramos la atención en los grandes riesgos y conflictos, en las muchas tropezas hechas a mano armada que habíamos padecido. Y reflexionando maduramente, y viendo que suscitado vos por la bondad celeste nos habíais librado de tamañas calamidades; apreciando en lo justo vuestras fatigas en el tiempo que habéis imperado, atendiendo al porvenir de la patria, dudosos entre la esperanza y el recelo, pero vencidos al cabo por la confianza, hemos resuelto pedirnos lo que consideramos como lo más hacedero y conveniente hoy a vuestra quietud y a nuestras circunstancias; a saber: que durante vuestra vida y buena salud os deis por compañero, y a nosotros por Rey y Señor, a Recesvinto, hijo y súbdito vuestro, que se halla en la edad más propia para sobrellevar las incomodidades

de la guerra, ser nuestra defensa y nuestro descanso, acallar los clamores y destruir las asechanzas de los públicos enemigos y asegurar a los vasallos leales una existencia libre de todo género de inquietudes.»

Más contenía la carta (1), pero el Soberano interrumpió aquí la lectura diciendo a Froya:

— Eso me propone el prelado más ilustre del reino por su santidad y su ciencia; los demás obispos siguen o seguirán su dictamen; a él se inclina también gran parte de los gobernadores y próceres: dime tú sin rebozo qué te parece el proyecto.

— Mal — respondió secamente Froya.

— Sin embargo, siendo electiva la monarquía gótica, lo mismo puede ser nombrado rey el hijo del que reina, que cualquiera otro varón de linaje ilustre. No son ya nuevas entre nosotros las sucesiones de hijo tras padre. Al gran Leovigildo sucedió su hijo, el católico Recaredo.

— Pero se urdió contra él una conjuración, de que se salvó por milagro.

— Muerto Recaredo, fué elegido en su lugar su primogénito Liuva.

— A los dos años le mató Viterico.

— Recaredo el segundo fué también

(1) Puede verse íntegra en el tomo XXX de la *España Sagrada*.

exaltado al trono que desocupó Sisebuto, su padre.

— Recaredo segundo falleció a los tres meses de su coronación. A Suintila, que se empeñó en que había de reinar con él y después que él Recimiro, su hijo, le depusimos y arrojamos de España; y al misero Tulga, sucesor de su padre Chintila, bien sabes la suerte que le ha cabido. Le obligamos a renunciar, a encerrarse en un monasterio... y a morir.

— No se dejaría destronar tan fácilmente mi hijo. Tulga era una criatura endeble y Recesvinto es muy hombre; no temo por él. Pero todavía no me has dicho si tu oposición a mi proyecto nace de que te desagrade la persona o el principio. ¿Te parece mal que el hijo suceda al padre, o te desagrade Recesvinto para rey?

— Creo que no gobernará bien Recesvinto.

— ¿Por qué?

— Yo no acuso a nadie sino cara a cara; si quieres saber lo que pienso de tu hijo, mándale venir.

— Al momento.

Llegóse el Rey a una puerta con más prontitud que era de esperar de un octogenario, y con recia voz, que retumbó por las altas bóvedas, llamó a los esclavos para que avisaran al Príncipe. Un instante después se presentó en la sala el regio candi-

dato. Entrado ya en la edad varonil, conservaba aún la lozania de la juventud más floreciente; su rostro, menos regular y majestuoso que el de su padre, tenía cierta expresión de noble dulzura que cautivaba; su estatura era alta; sus ademanes, naturalmente medidos; la robustez del cuerpo, mediana. Al lado del atlético Froya y del venerable Chindasvinto, su hijo lucía poco; y a pesar de esto, naturalmente se inclinaba uno a él; inspiraba el Gobernador repugnancia; el Monarca, susto; el Príncipe, amor.

— Froya va a acusarte — prorrumpió el anciano, clavando su mirada de lince en su hijo y sentándose briosamente en una silla — : oye y responde.

— Diga, Froya, pues — respondió pacíficamente Recesvinto, colocándose en frente del acusador.

— Dime primero tú — replicó el Duque, poniéndose a la derecha del Rey — lo que te propones hacer si empuñas el cetro.

— En el momento que yo reine, los privilegios injustos de nuestra raza dejarán de existir. Los godos, nuestros antecesores, conquistaron a España, se apropiaron dos terceras partes del territorio, y dejaron una sola para los naturales; apartáronlos de los cargos militares, eclesiásticos y civiles, y les cerraron para siempre la puerta a los honores, prohibiendo con rigu-

rosas penas que pudiera casarse goda con español ni española con godo. Este afán de mantener aislados al pueblo vencedor y al vencido pudo ser justo en su origen y quizá indispensable, porque mediaba entre ambos entonces el muro de separación más fuerte: la diferencia de la fe; los godos eran arrianos y los españoles católicos. Pero desde que Recaredo entronizó el catolicismo en todo su reino; desde que la raza señora se hizo, por el vínculo de la religión, hermana de la raza sometida, ¿qué razón hay para que siga el apartamiento entre los que por todas las consideraciones de sana política están llamados a unirse? Yo creo que en el estado en que hoy se hallan las provincias de España, no será buen rey aquel que no se proponga cimentar la futura grandeza y prosperidad de la Península, levantando del suelo a la raza española, devolviéndola su libertad ingénita y formando de dos pueblos uno. La primera ley que dictaré, si reino, será la que permita los enlaces entre las dos naciones.

— ¿Cómo? — exclamó el Rey, acaso con más admiración que disgusto.

— Ya lo oyes — repuso Froya — : tu hijo no quiere que haya distinción de clases en España; no quiere que gocemos nosotros la herencia que ganó el valor de nuestros mayores y el nuestro nos ha conservado;

quiere que nuestra noble sangre, hasta ahora pura, se contamine y pierda su brio, revolviéndose con la sangre bastarda de los españoles, mezcla vil de la ibérica, céltica, fenicia, griega, cartaginesa y romana; con la sangre de esos hombres turbulentos y cobardes, incapaces de una idea de unión, de un pensamiento fijo, y que por no saber tolerarse a sí propios están destinados a arrastrar las cadenas de todos los conquistadores que se las traigan. Yo soy godo, y quiero que lo sean mis hijos y mis nietos, porque sé lo que vale mi noble raza, que puso el pie sobre la cerviz de la altiva Roma; yo quiero que los españoles sean esclavos, porque sólo sirven para eso, porque no han sabido nunca ser libres; tú, que pretendes confundir lo que por el común provecho debe estar separado, nunca tendrás mi voto para ceñir la corona de Chindasvinto.

— Doscientos años — contestó pausadamente el Príncipe — necesitó Roma para terminar la conquista de España: ¿le parece a Froya cobarde una nación capaz de tan porfiada resistencia? Nuestros abuelos eran arrianos, y nosotros ya profesamos el culto católico: ¿le parece a Froya que no es capaz de un pensamiento fijo el pueblo que, aun permaneciendo en la servidumbre, consigue imponer su religión al pueblo que le manda? Si los españoles valian

poco al tiempo que nuestros antepasados invadieron su tierra, culpa fué de los corrompidos señores que tenian; culpa fué de los romanos, indignos ya de llevar tan inclito nombre. Si ahora los españoles no valen más, créeme, Froya, es porque nosotros no les permitimos ser nada. Aun así, los ingenios superiores que entre ellos se criaban se refugian instintivamente en torno de las aras; desde allí su sabiduría y sus virtudes los elevan a las cátedras episcopales, y de éstas nos vemos precisados a traerlos al consejo del príncipe. Los españoles se nos entran en palacio por la puerta del templo: franqueémosles también las del valor y de la virtud. ¡Si tú, Froya, hubieses penetrado, como yo, en el hogar doméstico de los españoles; si hubieras visto, como yo, cuán elevadas prendas atesoran muchos individuos de la raza que tú calumnias!...

— Tú te figuras en cada español ver una copia de tu Floriana.

Violenta impresión produjo aquel nombre en el semblante del Soberano y del pretendiente a la soberanía.

— ¿Quién es esa mujer?—preguntó el Rey balbuciente de ira y con los ojos hechos centellas—. ¿Quién es esa mujer?—repitió levantándose, viendo que su hijo, inmóvil y confuso, no acertaba a contestarle.

Froya, erguida la cabeza en ademán de

triunfo, contemplaba alternativamente al padre y al hijo, pronto a descubrir del todo el misterio que habían dejado traslucir aquellas maliciosas palabras. Recesvinto dijo por fin, después de unos momentos de agitación y de duda :

— Floriana es una huérfana de linaje español... que, Dios mediante, será mi esposa.

— ¡Una española! ¡El hijo del Monarca dando el ejemplo de desobediencia a las leyes!

— Cuando Recesvinto conoció a esa joven — repuso Froya —, todavía no eras tú nuestro Rey.

— De todas maneras...

— De todas maneras, el amor de Recesvinto a la que, según dice, será su esposa, es la causa única, es el solo móvil que le induce a desear una revolución que trastorne el Estado. Por eso y porque no quiero que la monarquía gótica, que fué y debe ser electiva, degeneren en hereditaria, me opongo a la elección de tu hijo. No cuentes con mi voto, aunque presumo que, por desgracia, no te será muy necesario.

El altanero Duque hizo al Rey un acatamiento casi imperceptible y se retiró. El Príncipe y el Rey quedaron por un buen espacio de tiempo sin saber qué decirse.

CAPÍTULO II

¡Ay!, en aquel paraíso,
donde fe pura y ardiente
juró mi labio sumiso,
resbalando por el piso,
nos sorprendió la serpiente.

(Alfonso el Casto, acto 2.º)

Como unos siete años antes, en el tiempo en que se hizo el primer movimiento de rebelión contra Tulga, los capitanes fieles al joven monarca persiguieron tan hábil y constantemente a los amotinados, que por entonces les fué forzoso separarse y renunciar a la empresa, mientras no se presentara mejor coyuntura. Hallábase a la sazón Recesvinto, de orden de su padre, en los confines de la Celtiberia, y habiendo desde allí pasado a vista de Opta, disfrazado y solo, sin entrar en la población, receloso de ser conocido, tomó una senda que guiaba hacia unos valles situados como a dos leguas de la ciudad y al oriente de ella, donde creyó que podría permanecer oculto hasta que recibiese de Chindasvinto encargo para moverse; la espesura y soledad de aquellos valles, y lo que se contaba en particular de uno, le hacían creer

que no podría ofrecerse más acomodado asilo para un reo de Estado. Subiendo, pues, y bajando cerros por aquella quebradísima tierra, llegó por fin a uno poblado de encinas, en cuya altura cesaba toda especie de camino; desde la pendiente opuesta principiaba un profundo y estrecho valle que, haciendo recodos a cada lado, continuaba luego, ya con más, ya con menos anchura, ofreciendo en su centro llanas y floridas praderas, cortadas a cada paso por grupos de árboles agigantados, entre los cuales serpenteaban dos arroyos de no despreciable caudal que se unían en medio del llano: el uno bajaba de unos cerros distantes; el otro nacía en la misma pradera, y ambos recogían los muchos manantiales que desde las alturas iban a precipitarse en el fondo de la vega. Cerros escarpados, y a trechos vestidos de impenetrable maleza, defendían por doquier la entrada del valle, sirviéndole de inaccesible muro, y allí donde entre uno y otro quedaba abierto un angosto portillo, las peñas que habían rodado de la cumbre, las ásperas y punzantes zarzas, cuyos vástagos nunca encentados por el hierro habían adquirido una elevación y grueso prodigiosos, y principalmente la inseguridad del suelo, impedían la entrada al más temerario viajante. Porque los diversos hilos de agua que brotaban entre los riscos de

las laderas, encontrando mil obstáculos a su curso en las desigualdades del terreno, filtrábanse invisibles por él y formaban abajo extensos tremedales o charcos cubiertos de bellissimo y engañoso verde, praderas nadantes, donde se sepultaba el incauto que ponía el pie en su movible superficie. Sobre ella descollaban peñas enormes anegadas por su base y árboles corpulentos que, desarraigados por el incesante curso de las aguas, habían caído en ellas, y clavando en el fangoso suelo sus ramas, se habían convertido en raíces allí y habían producido nuevos retoños. Las dificultades que se presentaban para introducirse en aquel recinto, vedado al parecer a la planta humana; la hermosura de la porción de vega que podía descubrirse desde uno u otro punto y la noticia de que en lo más intrincado de su seno habitaban criaturas felicísimas, ajenas de cuanto pasaba en el mundo, habían dado ocasión a que todos los pueblos de la redonda tuvieran el sitio por sagrado y lo designasen con el nombre de *Valle del Paraíso* (1).

Delante de uno de los portillos o gargantas del valle se encontró Recesvinto, y aco-

(1) Mucho ha variado este sitio desde entonces acá; pero se debe suponer que, mil años ha, sería otra cosa.

sado por un irresistible deseo, resolvió penetrar adentro a toda costa. Apeóse del caballo, que estaba enseñado a seguirle, rodeóle las riendas al cuello; y sirviéndose de la lanza, comenzó a sondear el terreno por todos lados para descubrir por dónde podría caminar sin peligro. Saltando de roca en roca y de ellas tal vez a un árbol caído que prestaba el servicio de puente, abriéndose paso con la espada entre los matorrales y metiéndose sin reparo por las tierras inundadas, cuando el agua era poca y el fondo firme, llegó a un paraje donde un peñón altísimo, liso, sin grietas, cóncavo por la parte inferior y saliente por arriba en figura de labio de ánfora, cerraba absolutamente el camino; un cenagal profundo, que se extendía delante de él, le servía de foso. Para acercarse a aquella pared, construida por la Naturaleza, no había más punto de apoyo que una piedra cilíndrica, de unos dos pies de grueso, a manera de columna miliaria, que se alzaba sobre la verde superficie del foso. Por uno de aquellos caprichos que no tienen más fundamento que la intensidad con que se desea una cosa, brincó ágilmente Recesvinto y colocóse encima del estrecho vértice de la columna, con lo cual nada adelantaba para escalar el peñasco; antes aquella inconsiderada resolución le puso en el más grave peligro: la columna, car-

gada con el peso de un hombre, comenzó a bajar, hundiéndose lentamente en el cielo. Quiso Recesvinto volver a saltar a la orilla apoyado en la lanza; pero la lanza se le hundió también y húbola de soltar para no caerse tras ella. Imposible parecía salir del atolladero sino por milagro, cuando desde lo alto del peñón inaccesible descendió suavemente una escala de cuerdas, sin que se viese de que mano venia echada. Asió del torcido cáñamo el apurado joven, alegre y atónito, subió ligero por las firmes traviesas, y al llegar a la cima de la enorme peña, su pasmo rayó en lo inexplicable. Detrás del lomo del peñasco, labrado a pico por la parte de adentro a semejanza de un pretil o parapeto, de donde pendía la escala enganchada en robustas argollas de hierro, sonó un grito infantil de sorpresa y apareció en seguida una niña hermosísima, o, más bien, un ángel tutelar, encarnado en la cándida figura de una muchacha de once a doce años, la cual, echada de pechos sobre el pretil, tendía cariñosamente sus tiernos brazos a Recesvinto. Maquinalmente el joven prófugo tomó la mano de la niña para trasponer el borde de la peña; la agitación producida por el riesgo pasado y la aparición presente le tuvieron mudo un momento, mientras la prodigiosa desconocida le decía con acento de inefable dulzura :

— Bien pensaba yo que era necesario facilitarte la entrada; por fin has venido.

— Dime por Dios quién eres, celestial criatura—prorrumpió enajenado Recesvinto, mirando de hito en hito a su libertadora.

— Soy Floriana — respondió graciosamente la niña—; vivo aquí con mi padre Fulgencio y con Laureano, Nebridio y Apicela, que son todos los que habitamos el valle.

— ¿Son esas las únicas personas que conoces?

— Conozco además al sacerdote Agivario; pero yo no he salido nunca de aquí. Mi padre y el sacerdote me han dicho muchas veces que era preciso que Dios trajera para mí un compañero. Yo me hallaba hoy en este sitio reflexionando en eso, y como reparase en la escala de que se sirve Agivario cuando se marcha, yo no sé adonde, me dije a mí misma: «Si mi compañero viene y no halla puesta la escala por el otro lado, no podrá subir: es necesario tenerse la preparada.» Inspiración fué seguramente del Cielo: apenas la arrojé por encima de ese peñasco, cuando sentí que trepabas por ella. Tú erés sin duda el compañero que me está destinado.

— Tú sí que estabas destinada por Dios para salvarme la vida — repuso Recesvinto, estrechándola en sus brazos, como se abraza a un niño.

— Ven a que te vea mi padre, ven pronto.

Asióle ella de una mano y él la siguió.

Después de caminar largo trecho entre los árboles, cuya espesura era tal, que se perdería en aquel laberinto mil veces el que no llevara guía, porque la frondosidad del ramaje se condensaba por partes en términos de no permitir que llegase al suelo un rayo de luz, sino en los meses invernales, salieron a sitio más despejado. Allí ya se echaba de ver la mano inteligente del hombre: por un lado se descubrían mieses; por otro, viñedos; árboles fructíferos casi por todos. En un repecho asentaban unos cuantos vasos de colmena; una ligera columna de humo, que se elevaba por los aires, indicaba una habitación; indicábanla también copiosas bandadas de palomas torcaces que por allí revoloteaban. Todas estas cosas llamaban sucesivamente la atención de Recesvinto; pero era sólo por un instante: lo que le ocupaba sin cesar los ojos y el espíritu era su encantadora guía. La estatura y formas de la niña eran precoces para su edad: un candor del todo infantil, pero reunido a una gran claridad de ingenio y una gracia exquisita, daban a su conversación un hechizo singularísimo, irresistible. La magia nativa de su lenguaje se realzaba con la fisonomía; el fuego de sus ojos negros se

templaba con la paz de su tersa frente blanquisima, con el tierno rosicler de sus mejillas virginales, con la finura indefinible de sus labios; parecía ajeno de tan pocos años el negro tan subido de su luciente y poblada cabellera; pero el delicioso conjunto de sus facciones, menos regulares acaso que delicadas, y cuyo suave contorno era un óvalo lindísimo, restablecían la blanda armonía del todo: la hija del valle, tal como brillaba a los ojos de Recesvinto, era una niña hechicera, próxima a ser una gran beldad.

Salía de la casa el anciano Fulgencio, cuando su hija y el huésped llegaron a ella. Vió con sorpresa a un forastero en el valle; pero oyó con benignidad la relación de su entrada. Al repetir Floriana aquella expresión «este es el compañero que Dios me envía», sonrióse apaciblemente el anciano, dió una mirada penetrante al joven godo y le abrió en seguida los brazos, llamándole hijo.

En aquel valle, mansión de felicidad, pasó Recesvinto dos meses, los más apacibles de su vida; paz había encontrado allí, consejos prudentes, adorable inocencia y aun libros de grato y provechoso entretenimiento. Floriana, enseñada por su padre, traía de continuo en la mano las *Geórgicas*, de Virgilio, y los *Varones ilustres*, de San Isidoro.

Fulgencio, español de origen, ocultando su nacimiento, había militado con gloria bajo las banderas de Recaredo. En una riña con un capitán godo, le hirió de muerte; supose entonces el linaje del homicida, y condenado a servidumbre, fué ignominiosamente vendido por esclavo. Fugitivo de su señor, habiase refugiado en aquel intrincado valle, donde un lejano pariente suyo tenía una pobre y segura vivienda, poco antes labrada. Largos años la cultivó Fulgencio con sólo un sirviente; una excursión que hizo fuera del valle le facilitó ver y conocer a la bella y virtuosa Pomponia, con quien se unió al pie de las aras, y vivió feliz algún tiempo; fruto fué de su casto seno Floriana. Al cumplir el primer lustro la hija, falleció la madre.

A los dos meses partió Recesvinto en su caballo, que había sido recogido por un esclavo, o mejor dicho, por un liberto de Fulgencio. En torno del bondadoso anciano español no había esclavos, sino hijos, amigos.

Al partir el godo, lloraron el español y la española.

— Tú eres, sin duda — repetía Floriana —, tú eres el compañero que me está destinado.

— Si, ángel mío — exclamó Recesvinto cediendo a un impulso desconocido, invencible—; yo lo soy, yo he de serlo; no sé

cuando volveré a verte; pero yo volveré. Espérame y no desconfíes aunque tarde.

Partió. Tardó. Volvió.

El amor y el respeto a su padre le mandaban abandonar aquel asilo, impropio de un guerrero. — Partió.

Chindasvinto fué elevado al trono de España; las grandezas y los cuidados rodearon a su hijo. — Tardó.

Pero los cuidados de su jerarquía le abrumaban, y las grandezas dejaban en su alma un vacío. — Volvió.

Floriana crecía en belleza, en ingenio, en virtud. Recesvinto repitió con frecuencia sus visitas al valle, alejándose de la Corte, ya con uno, ya con otro pretexto.

Comprendió que poco a poco había ido brotando en su corazón un afecto, que ya era una pasión vehemente; recordó la ley que le impedía recibir en su tálamo a una romana, recordó sus obligaciones de príncipe, y quiso cumplirlas. El Rey su padre le había instado de continuo a que aceptase una esposa: Recesvinto, resuelto a vencer su flaqueza, cedió a los deseos del Rey, y entregó el anillo de los esponsales a la bella y orgullosa Teodosinda, hermana de Froya, con la cual quedaba obligado, según la ley, a casarse con ella dentro de dos años a más tardar; bien que todavía era posible excusar el matrimonio, si convenían en ello ambos contrayentes. La com-

paración entre Teodosinda y Floriana fué tan ventajosa a la hija del valle, que ella sola condujo al Principe a pensar en lo que si no jamás se le hubiera seriamente ocurrido: ser esposo de la humilde española. Dejó, pues, transcurrir los dos años, provocando gravemente la ira de la ilustre desposada y de su familia, y pasado aquel término se encaminó al Valle del Paraiso. No se puso antes de acuerdo con los deudos de Teodosinda para declarar disueltos los esponsales; pero el desvio que ambas familias se manifestaban desde que se empezó a notar frialdad en el Principe, le autorizaba en cierto modo para omitir aquella formalidad; el Rey parecia haber renunciado al proyecto, y Froya, por altanería o por prudencia, no habia querido pedir cuentas al Rey. El Principe acudió al valle, como ya dije, y trató de casar con Floriana secretamente, sin revelarle su jerarquía. Para ella, Recesvinto sólo era un romano, natural de Toledo; esto es lo que habia dicho él a Fulgencio cuando por primera vez le recibió en su pobre cabaña; el nombre con que se habia disfrazado era Heliodoro. Larga enfermedad, que terminó en la muerte del padre, detuvo el convenido enlace de la hija y el Principe; Froya lo supo de un siervo, regalado con otros dones por él al sacerdote que asistió a Fulgencio en su última hora. Necesitó el

sacerdote llevar consigo al valle el esclavo, conoció éste al moribundo, y en un viaje a Toledo avisó de todo a su antiguo señor.

Muchas de estas cosas hubo de referir o explicar Recesvinto a su padre después de la entrevista con Froya, que tan perniciosa fué para el Príncipe. Flavio oyó a su hijo con la imperturbabilidad ceñuda de su carácter enérgico.

— Tú me encareces — le dijo al fin — las prendas de esa romana, y aun las de todas; yo creo que no hay una de ellas que merezca ni aun ser la concubina de un goda.

— ¡Qué blasfemia, padre! Si conocieras a Floriana..., si tuvieras ocasión de conocer sus virtudes...

— Si esas virtudes se sujetaran a una prueba...

— Hazla.

— Tú me desafías.

— Si.

— Insensato — repuso el padre, en el tono del que teme que le adivinen el pensamiento—, retírate a tu cuarto, y no salgas de él ni hables con nadie hasta que yo te lo permita.

Con esto se separaron por distintos lados el padre y el hijo.

CAPÍTULO III

Si dispone de su fe
porque otra en su pecho mando,
mi dolor será muy grande,
mas yo lo soportaré.

Y firme se me verá,
combatiendo con mi suerte,
amarle en vida y en muerte,
y aun, si puedo, más allá.

(La ley de raza, acto 1.º)

Veinte días después todo era confusión en el valle: sus desembocaderos habían sido franqueados con el azadón y el hacha; huéspedes turbulentos, soldados destructores habían desterrado de aquel recinto la antigua paz; las reses, espantadas, se habían refugiado entre los matorrales; las palomas torcaces, que diariamente venían a recibir su alimento delante de la choza por mano de Floriana, habían huído para librarse del arco matador. Las entradas del valle estaban guardadas, y a los criados de Florina se les había prohibido salir de él bajo pena de la vida.

Floriana, en tanto, entraba una noche recatadamente en una humilde casa del arrabal de Toledo. Los soldados habían

sido enviados al valle por el Rey; Floriana había salido de él por disposición del Príncipe.

Cuando ponía el pie en el umbral de la estancia que iba a ocupar, penetraba Recesvinto en ella por la puerta de enfrente. Arrojáronse los tiernos amantes uno en brazos del otro, y lágrimas de casto júbilo expresaron mudamente lo que sentían en aquel primer momento. «¡Mi Heliodoro!» «¡Floriana mía!», fueron las únicas palabras que pudieron decirse.

— Ya ves que me rindo a tu gusto : me enviaste una carta pidiéndome que viniese a Toledo, y aquí me tienes; me ofreciste declararme aquí los motivos de esta resolución, y ya los espero. Muy poderosos deben ser, porque antes la idea de sacarme del valle te estremecía.

— Floriana mía, ármate de valor.

— ¿Cómo ha de faltarme a tu lado?

— Tengo que hacerte una confesión penosa.

— ¿Vas a decirme que no me amas?

— Eso no sería confesión; sería mentira.

— Entonces nada me importa cuanto me digas. Habla.

— Mi padre vive, es muy poderoso, y yo pretendía casarme sin su noticia.

— Mal hecho; pero a tu edad no necesitas ya su licencia.

— La necesito, si. El puesto de mi padre

y el mío... En fin, él ha sabido nuestros amores, me ha encarcelado y ha querido apoderarse de tu persona.

— ¿Tanto es el rigor, el poder de tu padre?

— Tanto, que difícilmente he podido enviarte un mensajero que te hiciera salir del valle antes que los emisarios de mi padre penetrasen en tu morada. Por eso te han conducido a Toledo por caminos extraviados; aquí estás más segura que en otra parte, porque, de cierto, no te buscarán aquí.

— ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Qué de peligros nos rodean! Sin embargo, bien dices; en ninguna parte estoy mejor que cerca de ti. Pero ¿por qué nos persigue tu padre? ¿Por qué le irrita tanto nuestro matrimonio?

— Tú eres española... y yo...

— Acaba...

— Perdóname, bien mío; perdona un engaño, hijo del amor. Cuando te vi la primera vez, fué una precaución necesaria encubrirme con un nombre supuesto; cuando te ofreci la mano temí que, si te revelaba quién era, me rehusases la tuya.

— ¿Por qué? Pues ¿quién eres? Dimelo, di pronto. ¿Quién eres tú? ¿Quién es tu padre?

Abrióse de golpe la puerta por donde había entrado el Príncipe, y apareció Flavio, con manto de púrpura y báculo de

marfil y séquito de guardias que retrocedieron a la pieza vecina.

—El padre de tu engañoso amante—dijo Flavio, adelantándose majestuosamente en la sala — soy yo.

—¡Bien has cumplido mis órdenes!— prosiguió dirigiéndose a Recesvinto —; has pretendido ocultar de mis ojos a tu víctima y has quebrantado el arresto en que te puse. Vete de aquí.

— ¡Señor! — replicó el Príncipe con una arrogancia que jamás se había visto en él en presencia de su padre —, yo necesito defender a Floriana.

— Necesitas obedecerme — repuso Flavio —; obedece, pues. Vete de aquí.

Era irresistible la fuerza de una orden en boca de Flavio; su hijo tuvo que salir de la estancia.

Solos en ella el Rey y la solitaria del valle, Floriana, con la sencillez noble de la inocencia, se llegó a Chindasvinto, le cogió blandamente una mano, y mirándole como a Fulgencio cuando se le mostraba disgustado y estaba ella segura de que iba a desvanecer su disgusto, le dijo entre acentos dulcísimos :

—¿Por qué no me queréis para hija, venerable señor?

Chindasvinto, afable y aun tierno sin poder excusarlo, contestó a Floriana echándole la mano al hombro :

—Doncella hermosísima, porque tú eres española; tu Heliodoro es el príncipe Recesvinto y yo soy el Rey.

— ¡El Rey! — exclamó aterrada la joven, y cayó de rodillas al suelo, cubriéndose con las manos la cara.

— El Rey, sí — prosiguió Chindasvinto sentándose —; ese Rey de España, del cual, allá en tu soledad, quizá te habrá dado tu padre perversas noticias. Te habrá dicho que es muy viejo y muy malo; que ha dado muerte a muchos, grandes y chicos; que ha reducido a la esclavitud a mujeres ilustres, a doncellas de pocos años: todo es verdad, y ha sido todo necesario para sujetar y encaminar al bien a un pueblo que se precipitaba en un abismo de corrupción. Tú eres inocente, mi pobre Floriana, y tu Rey te tiene de rodillas; cree que no ha de ser sin motivo. ¿Sabes, malaventurada niña, que nuestras leyes vedan el casamiento entre un godo y una romana?

— Sí lo sé. Ataúlfo, el primer soberano de vuestra estirpe en este país, pereció asesinado porque se casó con una romana, que era hija de un emperador y hermana de otro. El rey Teudis fué asesinado también porque eligió para casarse a una dama española que era poderosísima. Yo, ¡misera de mí!, solamente soy...

— Sólo eres hija de un hombre que, en

virtud de judicial sentencia, fué vendido por siervo; tú, infeliz criatura, has nacido en la servidumbre.

— ¡Yo esclava, señor! No me digáis que soy esclava, no, por lo que más améis.

— No lo digo yo sino porque lo ha manifestado y lo prueba en justicia tu dueño, o por mejor decir, tu ama.

— ¿Quién es mi dueño?

— Oye. Un prócer godo, difunto ya, compró a tu padre, que se le huyó; un hijo y una hija heredaron al prócer: él los esclavos y las esclavas ella. Tu señora es la hija de aquel magnate, y se llama Teodosinda.

— Y decid, esa Teodosinda, esa mi señora, ¿qué especie de ama es?

— Teodosinda, rica y hermosa dama, hermana del poderoso duque Froya, ha estado tratada de casar con mi hijo, y no se ha celebrado todavía el contrato ni se ha disuelto.

— ¡Poderoso Dios! — prorrumpió aquí la hija del valle, dando con la frente en el suelo —. ¡Amante yo de un godo! No sólo soy española sino que soy esclava. ¡Amante de un Príncipe! No sólo soy esclava, sino que lo soy de la desposada con el Príncipe, de la que tal vez será su esposa, de mi rival. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Yo en poder de quien me creará su competidora! ¿Me matará Teodosinda, señor? Si ya que me matase no me humillara...

— Más querrá servirse que privarse de ti. Pero esfuérzate, virtuosa doncella, a tener valor. Has rodado a lo más profundo de la desgracia; más no puedes bajar, y es posible que subas. Mucho me engañará mi experiencia de mundo, si en casa de Teodosinda, a la cual me será forzoso entregarte, no hallas quien te saque de tu estado abatido. Floriana, si en aquella casa te ofrece, a pesar de la ley, algún personaje godo la mano, créeme, ni la aceptes ni la rehuses, y avisame al punto.

— Señor, yo prometí a vuestro hijo y a Dios, yo me he prometido a mi misma no amar a otro que al que vos nombráis Recesvinto y yo llamo Heliodoro. Heliodoro, pues, o Recesvinto, será mi único amor. Ya no puede ser mio, quizá no querrá ya serlo, quizá ame a otra, quizá sea esposo de Teodosinda, quizá tenga yo que lavar los pies a su esposa: Recesvinto será mi primero y postrer amor. Vos le habéis mandado salir de aquí; no sé si le veré ya más; no sé si aunque le vea me dejarán hablarle; vos, a cuyos pies estoy como esclava y estaría aunque fuese nuera, me haréis la gracia de pedirle en mi nombre que no piense ya en mí. Se me figura que no ha de olvidarme, porque juzgo de su corazón por el mio; pero deseo yo su vida, su seguridad, su esplendor, cueste lo que cueste, y tengo obligación de dirigirle esta

súplica: No quiero que por amar a una española se le rebele el pueblo godo, le persiga y le mate. No moriría sin defensa como estuviese yo a su lado; jamás lancé una flecha ni aun a los milanos que acechaban a las palomas de mi cabaña; mas viendo una espada contra mi Heliodoro, dos cogería, dos manejaría yo, una en cada mano. Me contaba mi padre que los matadores del rey Ataúlfo, para degradar ignominiosamente a la Reina viuda, hija y hermana de emperadores, la condenaron a correr en público delante de un verdugo a caballo, que la perseguía con látigo en mano, diciéndole: «Corre o te doy.» No hubiera corrido yo, hija de un esclavo; no hubiera envilecido yo, sujetándome a tan afrentosa pena, la memoria del Rey mi esposo, primero me hubiera dejado machucar y despedazar, pisoteada por el caballo. Señor, señor — concluyó la enamorada joven, saltándosele las lágrimas en medio de aquel arranque de fortaleza —, el Príncipe me ofreció su amor; no me quejo de que me ocultara su clase, porque sabiéndolo yo, no le hubiera podido amar, y las dulzuras que he debido a este amor no se pagan con lo que puedo padecer en lo que me resta de vida; al fin, penando mucho, viviré poco.

El Rey, observando primero si le veían los guardias que estaban en la pieza ante-

rior, tendió a Floriana los brazos, penetrado de ternura insólita, y le dijo :

— Ven, valerosa niña; ven, y antes que llegue por ti tu ama, recibe este beso que Flavio Chindasvinto (*el Cruel*, según le apellidan) estampa llorando en tu frente, que Dios bendiga.

Momentos después, erguida y grave y con paso lento, llegó Teodosinda, acompañándola Froya y parte de su femenino servidumbre. Flavio Chindasvinto, ocultando su conmoción profunda, asió de la ropa a Floriana, y obligándola a dar un paso hacia Teodosinda, dijo con voz solemne :

— Esclava, he ahí tu señora.

Teodosinda hizo una seña a las esclavas de su séquito para que rodeasen a Floriana, y les dijo :

— Llevad a mi palacio a vuestra nueva compañera. Mañana se os prevendrá lo que habéis de hacer.

Con esto se retiraron todos.

Los lances de este capítulo necesitan poca explicación. Flavio había descubierto que su hijo había mandado conducir a Floriana sigilosamente a Toledo, y había querido sorprender a los poco prevenidos amantes, para cumplir con Teodosinda y con Froya, de quien sabía lo correspondiente a la esclavitud y fuga del difunto Fulgencio. Apreciador sagaz y justo de las prendas eminentes de la española, vió con

cierto placer la necesidad de colocarla cerca del más fuerte enemigo de la estirpe romana; en cuanto al desconcepto que a Recesvinto podía traer el haber querido casar con la hija del siervo, creyó que se disiparía sin consecuencias graves.

Flavio, aunque rey electivo, había sabido hacerse respetar mucho y temer aún más; tenía casi todas las cualidades de un gran monarca, y para tirano le faltaba muy poco.

CAPÍTULO IV

Aquel riesgo tan temido
sagaz artificio ha sido
para que obediente diera
mi cabello a la tijera,
mis amores al olvido.

(Doña Mencía, acto 2.º)

Cruel fué la primera noche que Floriana pasó bajo el techo de Teodosinda. De libre había pasado en pocas horas a la condición de sierva; rápida como un relámpago había pasado por su mente la idea de casar con un príncipe, y en el mismo momento se había visto privada de amante, libertad y esperanza. Momento de luz que le alumbró para ver el abismo en que la precipitaba su suerte. ¿Qué sería de ella entrega-

da a los caprichos de una rival? ¿Qué sería de ella cuando la mirase Recesvinto? ¿Qué si no la miraba? ¿Qué sería de él? ¿Cómo aquel hombre de tanto brío había sido capaz de abandonarla al rigor de un padre y una competidora? Recesvinto no la había amado nunca, y, sin embargo, Floriana, a pesar de todo, no podía menos de creer que Recesvinto la amaba siempre. Copiosas lágrimas regaron el lecho humilde de la hija del valle, igual en todo al de las esclavas que dormían encerradas con ella; pero en un alma verdaderamente virtuosa, por tierna que sea, sólo breve tiempo domina sin límites el dolor. Veíase infeliz, pero se sentía inocente, consuelo el más poderoso que existe. Veíase esclava, pero en Toledo no había nadie que la hubiera conocido cuando era libre. Como se había criado en un retiro, le causaba menos rubor el pasar de un estado próspero a un estado abatido; sentía, pues, su infelicidad; pero este dolor iba exento de los aguijones de la vergüenza, que es el suplicio mayor de los que padecen. No tenía padres ni deudos a quienes afligiera su desventura: también es alivio padecer solo. Así, después de haberse abandonado largas horas al desconsuelo, vino al cabo el instante destinado a la victoria debida a su heroico valor. «Yo haré ver — dijo interiormente con una resolución del todo española —, yo

haré ver en la clase de esclava que la mujer en quien puso Recesvinto los ojos, no era indigna de ascender a su lecho.» Una fervorosa oración acabó de restablecer en su espíritu aquel género de tranquilidad que su situación permitía: la tranquilidad de la resignación que se funda en el conocimiento de sí propio, en el respeto a la voluntad del Cielo y en la confianza en su bondad infinita.

A la mañana siguiente las esclavas hicieron tomar un baño tibio a la nueva compañera, le vistieron el hábito de su clase, corto de falda y mangas, pero rico, según convenia a la opulencia de la casa, y con el cabello tendido, la llevaron a presencia de la señora. Estaba Teodosinda sentada en un rico estrado, vestida con la mejor de sus galas, como si celebrase una fiesta, o como si quisiera hacer alarde de su riqueza, gallardía y buen gusto a los ojos de la mujer que habia reinado en el corazón de Recesvinto. La satisfacción del triunfo animaba su rostro, blanco, sí, pero ordinariamente descolorido. Era Teodosinda alta, gruesa, rubia, de regulares facciones, de grandes ojos y proporcionada boca; era hermosa mujer, y, sin embargo, le faltaba alguna cosa notable para ser bella: faltábale aquel rayo vivificante que desde lo intimo del alma sale a los ojos, brota en el labio y vibra en el acento; faltaba en aquel ros-

tro el sello imponente de la inteligencia, la marca gloriosa de la bondad. Y con todo, si alguna vez había podido creerse Teodosinda perfectamente bella, era en aquel instante: el lujo de sus vestiduras y el esmero de su tocado, que otras veces le favorecían tan poco como si se hubiesen empleado en una estatua inmóvil, ahora que la alegría, el orgullo y cierta complacencia maligna daban movimiento a su faz severa, gallardía a sus ademanes y desusado tono a su habla, prestaban a su hermosura prodigioso realce: la envidia afea, pero la malicia y la fatuidad, por ventura, embellecen. Con tímidos pasos, como víctima conducida al altar, entró Floriana por la cámara adelante, y habiendo tenido resolución suficiente para aventurar una mirada furtiva hacia su señora, húbole de hacer tan terrible impresión el júbilo derramado por aquella fisonomía naturalmente adusta, que sin remedio le fué forzoso bajar los ojos; había comprendido el secreto de aquella sonrisa y había visto también en una mesa tripode, a la derecha de la señora, un collar, un látigo y unas tijeras.

— Ven, mujer, ven — dijo Teodosinda a Floriana con todo el cariño que cabe en el que tiene enteramente a su disposición a un contrario—; yo he querido honrar a la hermosura que ha sido capaz de avasallar a

un príncipe; y, así, la propia mano de tu señora, y no la de una de tus compañeras de servidumbre, será la que te descargue la cabellera y cerque tu garganta con el collar que te declare por mía. Lástima es, a fe, que esa crecida mata se haya de sujetar al hierro; lástima es que ese cuello de cisne se haya de encerrar en un aro de cobre; pero no tengo yo la culpa de que sea esta la suerte que te ha cabido, suerte que yo procuraré hacer tolerable. Tu serás la sierva más inmediata a mi persona: me vestirás, me harás el trenzado, estarás a mi lado siempre y dormirás al pie de mi cama.

— Gracias os doy, señora — respondió Floriana con sublime paciencia.

Las esclavas le hicieron señal de que se arrodillase y besara los pies de su ama; toda la sangre se le agolpó a las mejillas a Floriana en aquel terrible momento de prueba; vencióse, empero, se hincó de rodillas, sus largos cabellos hermosísimos ondearon por el suelo cuando inclinó la cabeza sobre el escabel en que descansaba el pie de Teodosinda, quien, desarmada con la docilidad de su sierva, le alargó compasivamente la mano; un ardiente beso y una lágrima aún más ardiente comunicaron a aquella mano un temblor cobarde. Aquel ósculo y aquella lágrima, ambos tan amargos, hicieron comprender a Teodosinda cuán poderoso era el atractivo de aquella

mujer, que aún sabia enternecer a una rival ofendida; irritóse consigo propia por aquel momentáneo impulso de ternura, y sus facciones, que, por primera vez acaso, habian brillado con el encanto celeste de la clemencia, cobraron su rigidez acostumbrada. Asíó, pues, el látigo y tendiéndolo sobre la espada de Floriana, dijo con entereza cruel :

— Derecho tengo sobre ti, casi de vida y muerte; mira como me sirves.

En seguida, soltando el afrentoso instrumento del castigo servil, cogió a la paciente joven con la mano izquierda una porción del cabello, y tirando suavemente de él hacia atrás, la obligó a levantar el rostro demudado en aquel punto por la angustia, y estúvole contemplando algunos momentos, preguntándose interiormente a sí misma : «¿Pero es, en efecto, esta mujer tan hermosa? No — se contestó mudamente—, y ahora lo parecerá mucho menos»; y dándose prisa, agarró las tijeras, dió movimiento a las cortantes cuchillas y quedó despojada de su natural adorno la sometida y hermosa cabeza. Tomó luego el collar, ciñósele, cerró el candado y entonces volvió a mirarla otra vez, y apareció de nuevo una sonrisa en sus labios, que traducida en palabras, significaba : «Bien estás así.» El collar tenia la marca, esto es, unas letras del nombre de la señora.

Froya vino un momento después. Al ver a Floriana, hizo un gesto de desagrado, como si sintiera haber llegado tarde, y mandó recoger los cabellos cortados, dando por razón que podían servir para adornar un yelmo. Teodosinda le pidió que la acompañase a la basilica. Froya, enojado, se negó con dureza.

— Anda — le contestó — sola con tus esclavas; anda a lucir por las calles la nueva adquisición que has hecho.

Teodosinda, sin hacer caso, se dispuso a salir, y mandó a Floriana que la llevase la piel sobre que había de arrodillarse la dama en la iglesia.

A la puerta del palacio de Froya había una porción de gente agolpada, pues habiendo cundido por la ciudad la nueva de los sucesos ocurridos en la noche anterior, todos querían conocer a la romana que había osado aspirar a princesa. Su modesto porte reunió todos los afectos de cuantos la miraban en estas dos exclamaciones: «¡Cuán desgraciada!, ¡cuán hermosa!» Froya, asomado a un mirador, siguió con la vista la comitiva de su hermana, hasta que torció por la bocacalle primera.

Recesvinto no estaba en Toledo; su padre, la noche antes, le había mandado salir a sosegar a los vascones, que principiaban a alborotarse.

CAPÍTULO V

Pregunta, averigua, inventa
cuanto por medios humanos
pueda a godos y romanos
tenerles en algo cuenta;
y acude a mí: si vacilo
en cumplirte algún empeño,
que me castigue ese ceño
que no puedo ver tranquilo.

(*La Madre de Pelayo*, acto 3.º)

Jamás había mostrado Teodosinda tanto empeño en parecer hermosa como desde que tenía en su poder a Floriana: la señora competía con la sierva, y se valía del ministerio de la sierva misma para obtener la victoria.

—Nunca has tenido camarera que te vista y adorne como Floriana — le dijo un día su hermano.

—Verdad es—le respondió Teodosinda—. Yo creí que me serviría de mala gana; pero he visto que no. Nacida para la esclavitud, se ha conformado con su suerte.

—Quizá es que tiene espíritu muy elevado para hacer caso de pequeñeces. Cuando tú gozas obligándola a esmerarse en tu tocado, quizá ella te compadece en

sus adentros, y se dice a si misma: «Satisfgamos el capricho de esta mujer envidiosa, para hacerle ver que valgo más que ella.»

— ¡Si tal supiera!... ¡Yo envidiosa! Pero ¿cómo es que has variado tanto de opinión respecto de los españoles, a quienes tanto menospreciabas antes?

— Los desprecio aún lo mismo.

— ¿Y a las españolas?

— También.

— ¿A todas sin excepción?

— ¿Te figuras que me ha enamorado Floriana?

— Locamente.

— Cuidado cómo me la tratas, entonces.

Este breve diálogo hizo que Floriana perdiese la benevolencia de su señora, que con su mansedumbre se iba granjeando.

Mientras tanto pasaban días y días y el Rey guardaba un absoluto silencio del Principe. Teodosinda había promovido la reconciliación de su hermano y el Rey con la esperanza de que el Rey haría que se verificase el matrimonio interrumpido. Callaba el Rey y no había cartas del Principe.

Froya y su hermana comenzaron a dar oídos a ciertos próceres descontentos, que atizaban en secreto la rebelión de los vascones. Decidieronse, en fin, a hacer causa común con ellos, vivamente irritados contra el hijo y el padre.

Flavio tuvo noticia de la coligación la noche misma en que fué jurada. Al siguiente día se presentó de improviso en casa de los dos hermanos. A Teodosinda le dijo que habiendo pasado ya tiempo bastante para que el Principe conociera su yerro, le habia escrito que se preparase para dar la mano a su antigua desposada, si ésta se dignaba admitirla; a Froya le mandó restituirse a su gobierno: con esto quedó la conspiración deshecha en un punto. Froya, separado de sus cómplices, no podia entenderse con ellos; Teodosinda, esperanzada de ser esposa del Principe, no habia de conspirar contra el Rey padre. Como el secreto se hallaba entre muchos, la división era segura, y la ruina del proyecto inevitable.

Froya pidió a su hermana, llamándola burlonamente *su futura Reina*, las albriicias de la gran fortuna que le esperaba. Por don de partida reclamó el Duque una joya de gran valia, la posesión de la hija del valle.

Negóse Teodosinda a desposeerse de la sierva; pero el Gobernador supo vencer fácilmente su resistencia, porque sólo siendo amo él de Floriana consentia en cesar de oponerse a la exaltación de Recesvinto. Floriana pasó de manos de Teodosinda a las de Froya. El último servicio que exigió de ella su ama fué el más cruel y repug-

nante de cuantos le había prestado: Teodosinda mandó escribir a Floriana una carta para el ausente Recesvinto, en la cual, según las instrucciones del Rey, permitía Teodosinda al Príncipe aspirar de nuevo a su cariño. La turbada amanuense tuvo que trazar, entre otras, estas durísimas expresiones: «Creo que habrás olvidado completamente a mi esclava: de ella puedo asegurarte que se acuerda poco de ti.» La letra de estas líneas estaba desfigurada y temblona; por fortuna la ilustre Teodosinda no podía conocer sino los borroneos. Floriana supo con sobresalto que cambiaba de poseedor; pero salió de Toledo con alegría.

Caminaban en dirección a Segóbriga el Duque y Floriana, montados ambos en poderosos corceles; venía la noche y el Duque trataba de continuar su camino. Hallábanse en una vega regada por un manso arroyo, cuyas márgenes poblaban ánsares silvestres; iban los viajeros a entrar en una senda estrecha y muy honda, ahogada entre dos cadenas de cerros empinadísimos, cubiertos de peñascos amenazadores, interpolados con espeso ramaje, los cuales, elevándose de repente sobre el llano de la vega, se extendían considerable trecho en forma de hoz o de media luna. La luz iba menguando, la tarde era nublada y Froya había observado que los

habian ido siguiendo mañana y tarde unos hombres a caballo, que aparecian a lo lejos en lo llano, y desaparecian tras las alturas. El sitio era peligroso y la hora mala; por eso el cauto Froya se previno antes de penetrar en el desfiladero: mandó abrir a sus esclavos un arca, púsose una ligera armadura de aros y un casco a la romana antigua, de finisimo temple, que presentó sonriéndose a Floriana para que lo reconociese: la larga cabellera de la española, saliendo del cuerpo de un grifo, adornaba la cimera de aquella arma defensiva. Aprestado el Duque, dispuso que los dos esclavos que llevaba consigo hiciesen guía, con sus caballos del diestro; detrás, a cierta distancia, habian de caminar dos soldados; Floriana en el centro, y él a su lado para acudir donde hubiese peligro; todos a pie, porque lo estrecho, tortuoso y desigual de la senda hacia imposible el manejar bien una caballeria. Las precauciones que el Duque tomaba hubieron de asustar un poco a Floriana, y mirando cuidadosamente a la cumbre de la mano siniestra, dió de pronto un grito, que puso en cuidado a los cinco viajantes: habiale parecido ver en lo más alto de las peñas un hombre. Tranquilizóse Froya al momento, reparando que realmente en la cima del cerro, por aquél lado, descollaba una peña alta y estrecha, la cual de im-

proviso y en aquella hora podía sin duda parecer una persona a los ojos de un tímido; Floriana, sin embargo, creyó que había visto ondear una capa, infiriendo de aquí que detrás del peñasco estaría el hombre. Sin más detención, se internaron en la hondonada; ya allí, la obscuridad era mayor, por lo alto de los cerros y lo frondoso de los árboles de que se cubrían a trechos. Pisaba Floriana con cuidado; pero tropezaba con frecuencia en los guijaros con que estaba la senda obstruida: de modo que por la lentitud de su marcha, los soldados que habían de guardarles la espalda, los alcanzaban a cada instante, y tenían que detenerse. Froya, casi ajeno ya de temor, porque habían caminado sin novedad la parte acaso más peligrosa de la angostura, mandó a los soldados que siguiesen adelante y se reunieran con los esclavos: quería coger del brazo a Floriana, y no gustaba de que nadie lo viese.

— Ásete aquí — le dijo Froya con cierta aspereza fingida —; si no, no saldremos de la Hoz en toda la noche.

— ¡Yo apoyarme en tu brazo, señor! ¡Una esclava!

— La esclava cuyos cabellos ornan mi capacete, bien puede rozarse con mi persona.

Floriana, modesta y confusa, tomó el brazo de Froya. Siguió un breve rato de

silencio, durante el cual llegaron al paraje más claro del desfiladero. A la izquierda se alzaba una pared de roca, perpendicularmente cortada; en ella, a la altura como de cinco estados, veíase un nicho natural, casi lleno de guijas, tiradas allí por los raminantes; al pie un montón de cantos que, dirigidos al nicho, no habían entrado en él, o habían rodado cuando entraban otros.

— ¿Tendrás habilidad para introducir una piedra en aquel agujero? — preguntó afablemente Froya a Floriana, señalándole el nicho.

Maravilloso fué el efecto que hizo esta pregunta en Floriana: su viaje a Toledo, su esclavitud, lo peligroso del sitio, todo desapareció de su memoria. Parecióle que se hallaba en el Valle del Paraiso, libre y feliz, travesando con los custodios de su infancia. Cogió una piedra, despidióla con brío y desapareció en el fondo del nicho.

— ¡Bien! — dijo entusiasmado Froya —: no tienes mala suerte. ¿Sabes lo que significa lo que acabas de hacer?

— Lo ignoro completamente, señor.

— Hay un pronóstico, o por mejor decir, hay dos pronósticos en este país acerca de ese hueco. El viajero que mete en él una piedra, está seguro de volver a pasar por aquí.

— Es decir que, a lo menos, saldrá de

este paso con vida. Ese es el primer agüero, ¿y el segundo?

— La joven que introduzca allí una piedra se ha de casar antes de un año.

— No se verificará ese agüero en mí.

— ¿Por qué?

— Porque no me casaré ya.

— ¿Aunque te lo mande tu amo?

— Aunque me lo rogara el Rey.

— El Rey nada tiene que entender en negocios del duque Froya. Ni el Rey ni su hijo. Verdad es que el hijo quiere ocupar el trono del padre. Verdad es también que se halla en una provincia inquieta, donde..., donde puede morir.

— ¡Oh, no lo permita Dios!

— ¿Le amas todavía? Después de su indigno porte contigo, ¿pudieras conservar-le inclinación alguna? ¡Consentir que pasaras a ser esclava de tu rival, no hacer nada por ti, no verte ni hablarte y, por último, admitir, pretender quizá, la mano de mi hermana! ¿Merecen más que odio y desprecio tan inicua traición, tan horrible abandono?

— Yo no puedo creer que el Príncipe sea tan inhumano.

— ¿Qué motivos tienes para dudar? Quien principió engañándote, ¿por qué no ha de acabar por darte al olvido? Ese hombre no sabe amar, no te ha querido nunca: si te hubiese amado, si tuviera corazón de

hombre, ¿te hallarías tú ahora aquí al lado de este adusto guerrero, que tampoco ha sabido amar hasta que te vió? Esclava mía — añadió con un entusiasmo que amedrentaba —, el duque Froya, enemigo y despreciador perpetuo de tu raza; el duque Froya, que te ha sacado del poder de una tigre que gozaba en atormentarte; el duque Froya, tu amo, que jamás ha mentido y que jamás ha renunciado a un proyecto, te declara que te ama, y te pide tu amor.

— ¡Ah, señor!... ¿Qué dices? Yo no puedo amarte. Soy esclava, pero me he criado libre, y sé lo que manda la fe en que me han criado. Pon los ojos en quien pueda corresponderte sin crimen.

— Si hay crimen aquí, mío es tan solo, y de él daré cuenta. Floriana, tú has de ser mía.

— ¡Jamás!

— ¿Sabes lo que dices, imprudente? ¿Sabes que contra mí no tienes amparo ninguno? ¡Eh!, comprende mejor tu estado, lo que puedo y lo que merezco. Mira, Floriana, que aunque hubieses visto postrados a tus pies mil amantes, ninguno debería darte la gloria que yo. Entre las bellas de nuestras principales ciudades he podido escoger a mi gusto una compañera, y a todas las he desairado: un talento y una virtud comunes no son para mí; yo quiero

más. Pero te he visto sentir la adversidad vivamente, y dominar, sin embargo, tu sentimiento; te he visto ejercer los oficios serviles, y quedar, sin embargo, elevada sobre tu clase, y obligar a que te respetaran tus compañeros, tu señora y yo mismo. No hay en España quien conozca lo que tú vales, como yo lo conozco; no hay quien te ame como yo te amo; no ha de haber quien te posea sino yo, que te aprecio y te amo según mereces.

— ¡Oh, señor!, ¡cuánto te debo! ¡Qué gozo es para mí ver que no eres tal como yo pensaba! Te creía feroz, insensible. ¡Oh, perdón de la ofensa que hasta ahora te hacia! Desde que llevo el yugo de la servidumbre no he tenido más momento de consuelo que éste. Pero, señor, ya que he debido al Cielo la dicha de tener un amo que me engrandezca a mis ojos, yo sabré hacer ver que soy digna del concepto que de mi ha formado. Duque Froya, cuenta desde hoy con una gratitud entrañable; cuenta con el respeto más leal y más puro, con la adhesión más decidida; no puedo concederte más sin que me desprecies tú propio.

— Mira, Floriana, mi carácter es adusto y silvestre; mis gobernados tiemblan delante de mí: colócate tú entre ellos y mi persona, sé tú la intérprete de sus ruegos, la ahogada de sus necesidades. Aborrezco

a tu pueblo, pero adoro tus gracias: sirve a los tuyos, mediando conmigo en su beneficio. Casarme solemnemente contigo no me es posible; pero entre nosotros está usado y protegido por la ley el casamiento a *yuras* (1), único licito entre desiguales. ¿Quieres ser mi mujer así?

— No.

— Floriana, acabemos. Recesvinto, ¿vale más que yo en prendas del alma?

— Quizás no.

— ¿Es más noble, más gallardo, más rico?

— No.

— Más valeroso y constante, de seguro que no; tú no lo sabrás; pero lo sabe España: puedo decirlo.

— Y yo lo creo.

— ¿Por qué me niegas el amor que le concediste?

— Porque, a no ser por ti, hubiera sido yo su mujer.

— ¡Floriana, Floriana! — exclamó arrebatado y fuera de sí, con el delirio de la pasión el ardiente godo—: ¿Quieres ser *solemnemente* mi esposa?

La prueba, la tentación era terrible. El amor embellecía, divinizaba en aquel mo-

(1) No tengo noticia de que se usara este casamiento entre los godos; pero así dice el manuscrito latino, de que se hablará al fin de la leyenda. (*Nota del Traductor.*)

mento el rostro, la expresión, la voz, el ademán, hasta el aliento de Froya: tenía la majestad del león, que respeta magnánimo la debilidad de su presa.

Floriana, agitadísima, recogiendo con fuerza las riendas de su razón, que se extraviaba, dijo con inexplicable dulzura al Duque, arrasados los ojos de lágrimas:

— Señor, el día en que Recesvinto pidió mi mano le prometí no ser nunca de otro, y él de si me dijo lo mismo; no sé si lo cumplirá; yo no quebrantaré mi palabra.

— Tú has querido tu pérdida — gritó entonces el godo, rugiendo como un tigre; asió entre sus fornidos brazos a Floriana; la levantó como un haz de pluma, y se entró con ella entre los espesos árboles de una quebrada, que subía serpenteando hasta lo más alto de las rocas.

Bregando inútilmente para desasirse de Froya, dió Floriana, al desaparecer en la espesura, dos o tres gritos de angustia, que resonaron una y otra vez, repetidos por los ecos de la hondonada.

A los gritos de angustia, sucedió uno de sorpresa, cuya vibración era indefinible; un momento después salió corriendo Floriana de entre los árboles de la subida; entre los árboles sonaba espantoso martilleo de espadas.

Otro momento después apareció Froya retirándose hacia la subida, reclamente

acosado por un desconocido en traje de mercader oriental. Los cabos de su toca o turbante, revueltos a la cara y cuello, sólo le dejaban descubiertos los ojos; los golpes de su alfanje eran irresistibles, su silencio aterraba.

Una fuerte cuchillada, dirigida al cuello de Froya, descargó sobre la espesa cabellera de Floriana que Froya llevaba en el casco; allí se embotó el acero, y aquel preciado adorno salvó al Duque la vida; pero al violento vaivén producido por el golpe, rompióse el corchete de las correas que se unían por debajo de la barba, y el casco rodó por el suelo; otro más furioso golpe amenazaba la cabeza desnuda del godo.

— ¡Piedad! — exclamó Floriana, lanzándose entre los combatientes.

El incógnito se detuvo, dejó que Froya diese un paso atrás, y asió de la mano a Floriana.

— Suéltame, quienquiera que fueres — dijo Floriana a su libertador —; yo no puedo separarme de mi amo.

El desconocido clavó sus miradas centelleantes en Froya.

— Déjala venir conmigo, si quieres; juro que puede ir segura.

El incógnito soltó la mano de Floriana y se escondió en la maleza.

A media noche Froya y su esclava, que habian caminado en profundo silencio, su-

bían la cuesta de Segóbriga; el yelmo del Duque había quedado en el sitio de la refriega.

CAPÍTULO VI

Si hace el médico sangría,
y muere el paciente luego,
quede el médico al arbitrio
de los parientes del muerto.

(La ley de raza, acto 1.º)

Nada particular ofrecieron los quince primeros días que pasó Floriana en Segóbriga. Situado en lo más alto de la ciudad el castillo, residencia del Duque, desde sus almenas se descubrían los cerros que cercaban el Valle del Paraiso, donde Floriana había vivido feliz. Allí descansaban las cenizas de su madre y su padre, allí había quedado también sepultada su ventura. ¿Qué sería de la anciana Apicela, que había servido de madre a Floriana, después del fallecimiento de Pomponia? ¿Qué sería de los fieles Nebridio y Laureano? ¡Cuántas lágrimas habrían vertido por la ausencia de su amada señora! ¡Y si hubieran sabido su suerte!... ¡Oh!, entonces Apicela, sin duda, hubiera expirado de pesadumbre. Estas reflexiones acosaban a Floriana

cada vez que se alzaba del lecho, porque su primer cuidado era subir a las almenas para dirigir una mirada hacia el valle. Desde allí se elevaba al cielo su fervorosa oración matutina.

Froya parecía haberla olvidado: ni la buscaba, ni huía de su vista. La noche que entraron en la ciudad le dijo estas palabras:

— He querido hacerte mi esposa; tú has preferido ser mi esclava; selo en buen hora.

No le había dicho más y su porte con ella parecía conforme al dicho, mas aquella indiferencia era una capa de nieve que encubría un volcán.

Los designios sediciosos de Froya habían vuelto a reproducirse después del acontecimiento nocturno verificado en la Hoz. Muchos de los jefes de la conjuración proyectada habían acudido a Segóbriga, y otros se mantenían esparcidos en las poblaciones convecinas. La ambición y la venganza ocupaban sobrado lugar en el corazón de Froya para que le quedase mucho al amor. En esto llegó inopinadamente a Segóbriga Teodosinda.

— ¡Venganza! — fué la primera palabra que dijo a su hermano —. Me han injuriado cruelmente, véngame.

— ¿Qué injuria te han hecho?

— Sabes que por consejo, o más bien por

orden del Rey, escribí una carta a su hijo.

— Di que se la hiciste escribir a Floriana.

— Pues bien: la dicté yo; la escribió ella. En aquella carta me mostraba benigna y aun amorosa con Recesvinto. ¿Cuál te figurarás tú que ha sido su respuesta?

— Dímelas lisa y llanamente y excusó figurarme nada.

— Me ha contestado que su padre no piensa en casarle conmigo, y que si me ha visitado y hecho concebir esperanzas, sin duda ha sido con el objeto de ganar tiempo y desbaratar las asechanzas que armamos contra él, de las cuales está perfectamente enterado. Que mire por mí y por ti, aprovechando el aviso que me envía, porque Flavio, aunque tardío en amenazar, es inexorable cuando alza el brazo para el castigo, de lo cual el mismo Recesvinto tiene pruebas recientes. Que renunciemos, en fin, a minar el trono de Flavio y guardemos un prudente silencio sobre las noticias que nos comunica.

— ¿Sabe ya nuestros proyectos el viejo? Mejor; es preciso ya luchar cara a cara. A mí, quizás, me debe el ceñir corona; a mí me deberá también su caída. Flavio es un usurpador.

— Es un ingrato.

— Quiere hacer hereditaria la dignidad real.

— Oprime y escarnece a los que le han servido.

— Es un monstruo sanguinario. A fuerza de suplicios, no ha dejado en España ni siquiera uno de los capitanes y hombres de cuenta que se levantaron en varias épocas contra todo género de tiranía.

— Es un instrumento ciego de la ambición y rapacidad de la clerecía. El obispo de Zaragoza y el de Toledo mandan a España en su nombre. Es necesario que Flavio sufra la suerte de sus predecesores. Veintisiete reyes llevamos desde Ataúlfo los visigodos, no contando el que hoy reina; de éstos, entre asesinados, muertos en batalla o depuestos, creo que se cuentan catorce. No hará novedad añadir uno a ese número. Muerto el padre, quedará sin valedores el hijo.

— Si, si; tú estás llamado a ser rey.

— Yo no sé si lo seré, ni me importa; lo que me importa es vengarme.

— Y a mí. A eso vengo a Segóbriga; los medios de llevar a cabo la insurrección quedan a tu cuidado; al mío queda satisfacerme. Es necesario que me entregues la esclava.

— ¿Para qué?

— ¿Puedes dudarlo? Para quitarle la vida. Por ella me ha despreciado Recesvinto.

— Recesvinto es el culpable; él es el que

debe perecer. Y perecerá, no tengas cuidado; de ése yo te vengaré.

— Es que yo no quiero que muera Recesvinto.

— Es que yo no quiero que muera Floriana.

— ¿Qué venganza es la mía si no me libero de una rival?

— ¿Y cómo puedo yo ocupar el trono si no acabo con mi competidor? La vida de Floriana a nadie perjudica; la de Recesvinto es incompatible con la mía. ¿O quieres, si me apodero de su persona, que se le inhabilite para el trono cortándole el cabello, como tú hiciste con Floriana, y que te le entreguemos luego para que le des la mano?

— Pues ¿con qué objeto pretendes conservar la vida de Floriana?

— Con el de tenerla por esposa, no, porque no debo. Pero aunque me casara legítimamente con ella, ¿es lo mismo un godo que una romana? A ella no le envilece esa pena y a él sí. Como te creyera yo capaz de unirme a un hombre degradado, aquí mismo te daría de puñaladas, tras haberte escupido al rostro.

Teodosinda se mordió los labios de rabia, no sabiendo qué responder. «¡Oh!—dijo sin embargo entre sí—, mi rival no vivirá, yo lo aseguro; para algo he venido yo de Toledo.»

La conversación de los dos hermanos fué interrumpida por un sirviente que avisó a Froya de que tenía que hablar con él el verdugo Sisberto.

— Es mi mejor espía — dijo Froya a su hermana —, déjame solo con él un rato.

Teodosinda se retiró, no sin haber parado antes la vista y la atención en aquel hombre, acerca del cual pidió informes en seguida al mayordomo o inspector del palacio-castillo. La historia del verdugo era digna de saberse.

Nacido Sisberto en Valeria, su padre, que era médico, le destinó a su profesión, en la cual hacía el joven progresos notables, y se hubiera acaso distinguido como habilísimo confeccionador de remedios, a no haberle lanzado ignominiosamente de su docta, bien que poco estimada carrera, la suerte contraria. Era el padre de Sisberto tutor de una hermosa doncella, heredera de pocos bienes, pero dotada de una soberbia desmedida. Prendóse Sisberto de la altiva doncella, cuyo nombre era Centola; el padre aprobaba la inclinación del hijo, ella recibía de buen talante sus obsequios; pero de la noche a la mañana, habiendo cumplido los quince años, edad en que termina la tutela del huérfano, pidió al tutor cuenta de sus bienes y se fué de su casa, codiciosa la mal aconsejada joven de más alto empleo. El Gobernador de Va-

leria puso los ojos en Centola, que se le entregó sin reparo, con escándalo tal de toda la ciudad que el anciano tutor que la habia educado falleció de pesadumbre; júzguese cual seria la de su hijo. Dió a luz una niña Centola, un año después de su conocimiento con el Gobernador de Valeria; nació enferma la criatura, y como ya entonces hubiese hecho Sisberto algunas curas que le dieron fama, el Gobernador le llamó para que asistiera a su hija. Rehusó aún el verla Sisberto, confesando francamente que aborrecia tanto a la madre, después de su perfidia y envilecimiento (fueron estas palabras, a la verdad, poco prudentes), que temia no mirar con el debido interés por la vida del inocente fruto del trato culpable. El Gobernador, hombre feroz y maligno, lejos de estimar la confesión ingenua, se empeñó tenazmente en que Sisberto habia de asistir a su hija; Sisberto hubo de ceder, y por malos de sus pecados murió la criatura. Enfurecido el Gobernador, puso acusación al fisico, haciendo de juez y de parte, alegando que Sisberto habia sangrado a la niña, y que habiendo ésta fallecido, el médico, según la ley, debia ser puesto a disposición de los parientes del difunto para que hicieran de él lo que les pluguiera; lo que hizo el Gobernador con Sisberto fué cosa terrible. No se podia meter en cárcel

a un médico sino por homicidio; Sisberto lo negaba y no podía probarsele; el Gobernador discurrió un tormento inusitado para satisfacer su ira: mandó encerrar a Sisberto en un patio cercado de altas y gruesas paredes, donde no había forma de escaparse, y prohibió, con pena de la vida, que se le proporcionase abrigo ninguno. Era esto en medio de un invierno horroroso en que a una fuerte nevada sucedían agudísimos hielos, y cuando aflojaba el frío del hielo, volvía a caer nieve. El Gobernador decía mofándose que no se podía guardar más estrictamente al físico su prerrogativa; la ley vedaba que se le tuviese en la cárcel, y cierto que no era cárcel donde él le tenía. En medio de una noche de las más crudas que puede haber en región destemplada, Sisberto, arrecido, desesperado, hinchadas todas sus extremidades, gritó repetidas veces para que le sacaran de allí, aunque fuera para quitarle la vida; el Gobernador, alzándose del caliente lecho, se asomó a una ventana que daba al patio, y es voz común que dijo a Sisberto las siguientes o semejantes razones: «De envilecida has tratado a la mujer que honro con mi cariño; si quieres conservar esta noche la vida, es preciso que te coloques mil veces más bajo que ella; si ella es mi combleza, tú, que la has injuriado, has de servirme de verdugo.» Rabioso Sisber-

to, y como si en aquel instante se sintiera inspirado con profético espíritu, dicen que le respondió sin detenerse: «Monstruos como tú, y la que te ha sugerido quizá ese pensamiento, no podréis menos de encontrar al fin el castigo de vuestros crímenes; acepto el empleo que me ofreces, ya que no tengo padre ni parientes en quienes recaiga el oprobio, me queda la esperanza de que vengáis un día a parar en mis manos.» Rióse descaradamente el Gobernador; mandó abrir las puertas a Sisberto y que le instalaran en su nueva casa y oficio; pero el terrible pronóstico del amante de Centola llegó con el tiempo a realizarse. Exaltado al trono un príncipe tan severo como Flavio, no era posible que un gobernador tan inicuo subsistiera en su puesto; incurrió además en el crimen de traición y le fueron sacados los ojos por Sisberto, el propio verdugo que él había creado. Centola, abandonada del Gobernador, se abandonó a todos; el Conde o Gobernador nuevo de la ciudad le impuso el castigo que la ley señalaba: recibió trescientos azotes por primera vez de mano de Sisberto e igual número después por haber reincidido. Y como a la mujer mundana reincidente debe el Conde de la ciudad entregarla por esclava a un hombre de infimo estado, Sisberto, después de ejecutada públicamente la segunda pena de

Centola, pidió al nuevo Gobernador que se la diese a él, como se la habia de dar a otro, y le permitiera pasar a ser verdugo en otra ciudad, puesto que Centola debía también, según la ley, salir desterrada; otorgó el Conde la súplica, y Sisberto vino a establecerse en Segóbriga, donde se casó con Centola, la cual, desde que cayó en poder de Sisberto, estuvo a pique de morir, no de enfermedad, no de desesperación ni vergüenza, sino de miedo. Sisberto cumplió siempre con puntualidad sus terribles obligaciones, las cuales, sin embargo, nunca le obligaron a teñir de sangre la segur matadora, merced a la sabia parsimonia con que se emplea en España la pena de muerte; con todo, malas lenguas decían que le repugnaba atormentar a un esclavo o un pobre, y sentía una ruin complacencia en el castigo de un reo de la superior jerarquía; por lo menos es cierto que aborrecía a los condes inhumanos y a las mujeres orgullosas. Curaba, empero, con piedad a sus víctimas; era hábil en la composición de venenos, y los condes de Segóbriga le solian emplear para sonsacar a los esclavos y gente humilde, entre quienes el dejarse ver producía el mismo efecto que la amenaza de la tortura. No había secreto que permaneciese oculto en dirigiendo él al preguntado este aviso terrible: «¡Mira, no vengas a parar a mis manos!»

Con estas noticias, que recibió Teodosinda del mayordomo del castillo, mandó inmediatamente llamar a Centola. En tanto que desde las cárceles del castillo, donde tenía su habitación, subía la *verduga* a la torre que habitaba Teodosinda, tenían Froya y Sisberto un diálogo así :

— En efecto, señor; tus sospechas eran fundadas: una persona de gran viso anda escondida en estos alrededores; la he descubierto, la he visto. Quizá no podrás imaginarte quién es.

— Quizá sí. ¿No es el hijo de Flavio?

— El Principe es.

— ¿Conseguiste penetrar en su habitación?

— Entré.

— ¿Sin que te viera nadie?

— Si alguien me ha visto habrá cerrado los ojos y procurará olvidarse de que me vió; en fin, callará.

— ¿Qué notaste en la habitación de Revesvinto? Te mandé abrir todas las puertas, registrar armarios y cofres.

— Sobre una mesa tenía muchas cartas en cifra.

— ¿En cifra? Ya, la correspondencia con los de su partido. Pero adelante; ibas provisto de llaves maestras para todo. Háblame de sus armas. ¿Qué armas le hallaste ofensivas y defensivas? Hasta de sus vestiduras quiero que me des cuenta.

— En cuanto a vestidos, no dejó de sorprenderme el hallar en aquella habitación uno como de mercader africano o sirio.

— Un turbante, una túnica de mangas largas, un manto blanco...

— Precisamente. Un alfanje corvo..., una cota flexibilísima de escama para debajo del vestido. ¡Ah!, y en una arquita, envuelto con mucho cuidado, un yelmo a la romana antigua adornado con una cabellera magnífica de mujer.

— Él es sin duda, él era. No estaba entre los vascones; me estaba siguiendo los pasos; quiere aún a Floriana. ¡Oh, esta vez perderá la esclava y la vida!

(Estas expresiones fueron pronunciadas en voz tan sumisa, que el verdugo no pudo entenderlas, o se hizo el sordo.)

— ¿Y dices — prosiguió el Duque — que sólo le acompañan dos o tres esclavos?

— Y tan ocupados los trae, que por lo común sólo uno se halla a su lado.

— Esta noche, ¿a qué hora le esperan?

— A media noche, y vendrá solo.

— Perfectamente — dijo para sí el Duque, apartándose de Sisberto —; poniéndome en emboscada con media docena de hombres determinados, Recesvinto cae sin remedio en mi poder, y me le traigo a los calabozos del castillo. Tú — prorrumpió, dirigiendo la palabra al verdugo — vas ahora

a permanecer en tu habitación, sin salir de ella ni hablar con nadie.

— ¡A buen tiempo tomas precauciones! — pensó el disimulado Sisberto—: antes de venir aquí, ya he dado cuenta de todo al confidente del Principe.

Separáronse con esto: el Duque a buscar a sus cómplices, y el verdugo a Centola.

CAPÍTULO VII

Es justo que me indemnice
quien todo mi bien estraga:
reclamo la justa paga
del sacrificio que hice.

(La ley de raza, acto 3.º)

El alcázar destinado a los gobernadores de Segóbriga, situado, como ya hemos dicho, en lo más alto del cerro donde tiene apoyo esta ciudad, menos grande que fuerte, contenía unos calabozos casi subterráneos, contigua a los cuales se hallaba la habitación del verdugo Sisberto: un estrecho y largo chiribitil le servía de almacén para los trastos de su oficio. En un rincón se veía una cuchilla mohosa y un tajo cubierto de polvo; más a la mano varios instrumentos de tortura, y colgadas

de las paredes, cuerdas, correas y varas. Al lado de una ventana un hornillo pequeño, y en los andenes que ocupaban uno de los cuatro muros del cuarto, varias vasijas, manojos de hierbas y drogas. Cuando Sisberto se hallaba acometido por alguna idea honrada y noble, digna de su primer estado; cuando, anheloso de hacer algún bien, tropezaba con su impotencia, se encerraba en aquella cámara, donde el aspecto de los cordeles y el potro le hacía recordar su vil ejercicio; y en contemplándose verdugo, se creía dispensado de interesarse por nadie. Era ya muy entrada la noche; daba luz al cuarto una lámpara, que cuanto más visible hacía el menaje de aquella mansión, tanto más horrible la presentaba. Sisberto, silencioso y mustio, se paseaba de un extremo a otro; la puerta del cuarto se hallaba entreabierta, y habiendo indeliberadamente dirigido la vista a ella dos o tres veces, creyó haber visto a su mujer asomada observándole. Sorprendióle la novedad, porque no suponía él a Centola, desde que vino a sus manos, con bastante atrevimiento para espiarle: motivo era preciso que hubiese. Mandóle con desagrado que entrase, y le preguntó por qué le acechaba.

Obedecióle Centola tímida y trémula. Desde su aciaga boda, no cabía en ella más pasión que la del miedo. Sus mejillas

habian perdido los vivos y hermosos matices de otro tiempo; sus ojos habian cobrado una expresión espantadiza; una palabra fuerte de su marido bastaba para que se le espeluznara la corta cabellera que velaba de negro su cabeza, abatida siempre, como en señal de servidumbre harto bien merecida.

Balbuciendo, interrumpiéndose, y graneándosele el cutis de todo el cuerpo cada vez que veía a su tremebundo marido arquear las cejas, refirió Centola que le había llamado Teodosinda, y quedándose sola con ella, la señora había principiado por encargarle que dijese verdad y guardase secreto, porque si no le mandaría echar un lazo a la garganta. Centola, con tan benigna advertencia, había prometido todo lo que se exigía de ella. Teodosinda le había preguntado si la había enseñado Sisberto a preparar algún veneno fuerte, cuya acción fuera tan rápida, que no diese lugar a ningún remedio. Contestó Centola que sí; le encargó Teodosinda que aderezase uno aquella noche misma, y se lo entregara; y habiéndole hecho presente Centola que tendría necesidad de dar cuenta a Sisberto y éste al Duque, la señora le había dicho que era muy dueña de tratar con Sisberto el asunto; pero que si Froya llegaba a saberlo, contase con que ella y el verdugo morirían a la prime-

ra ocasión sin remedio. He aquí por qué temblaba Centola de anunciar a su marido el compromiso fiero en que la hermana del Gobernador los ponía. Por fortuna Sisberto escuchó la noticia con más extrañeza al pronto que desagrado; echóse a discutir para qué persona querria Teodosinda el veneno, y no pudo menos de ocurrirle al instante que debía estar destinado a Floriana, como era en efecto: al día siguiente había de salir de Segóbriga el Duque, y durante su ausencia quería envenenar Teodosinda a su detestada competidora. Hubiera Sisberto avisado al Duque, no obstante la amenaza de Teodosinda; pero al querer abrir una puerta colocada al fin de un pasillo, por donde se salía de su habitación a un patio, halló que por la parte de afuera habían puesto a la puerta un recio candado, a fin de tener incomunicado a Sisberto mientras la suerte del Principe se decidía. El verdugo con esto, después de un rato de profunda y silenciosa meditación, llamó a su mujer, y afectando serenidad, se puso a preparar el tósigo, ayudado de Centola. La operación fué larga y los entretuvo por mucho tiempo; Sisberto se enojó veinte veces con su mujer, diciendo que lo equivocaba todo; echóla por fin del laboratorio, y concluyó él la confección de la funesta bebida. Más de la media noche era ya cuando la envi-

lecida pareja, terminada su obra, iba a ocupar el lecho: ruido de pisadas y crujir de armas por los tránsitos inmediatos les hicieron comprender que traían algún preso al castillo. Era, en efecto, el Príncipe, que sorprendido por los satélites de Froya al retirarse a la casa donde se escondía, había sido preso sin poder defenderse; un esclavo a quien Sisberto había encargado que dijera a su amo que se guardara, no había podido encontrarle. Abrieron un calabozo, y encerráronle en él, amarrándole a una fuerte cadena.

Muerte próxima amenazaba a los dos amantes. Froya, a escondidas de su hermana, quería acabar en aquel mismo día con Recesvinto; Teodosinda se proponía envenenar a Floriana así que su hermano saliese de la ciudad.

Al quitar el candado, que Froya mandara poner a la puerta de la habitación del verdugo, a quien iba por primera vez a ordenar que preparase el hacha y el tajo, un pensamiento, una esperanza cruel y agradable cruzó por su mente, que le obligó a suspender la orden y quedarse en el tránsito. Encargó a uno de sus satélites que hiciera despertar a Floriana, vestirse y venir allí sin demora. Despertarla no fué necesario, porque no había podido cerrar los ojos en toda la noche: la llegada, las palabras y miradas siniestras de Teo-

dosinda le habian infundido terror. Vistióse obediente y siguió al soldado, encomendándose mil veces al Cielo. Froya la cogió de la mano, y le previno que callase y pisara quedo; abrió con el mayor tiento la puerta de un calabozo inmediato al que ocupaba Recesvinto, mandó al soldado que mantuviera cerca de la puerta una luz, de modo que diese alguna, aunque poca, al calabozo vacío, y entró en él con Floriana; entreabrió con gran cuidado la puertecilla de una ventana pequeña con reja, que daba a la prisión del Principe, alumbrada por una lámpara, e hizo seña a Floriana para que se acercase. Floriana obedeció, prometiéndose ya un funesto espectáculo.

— Mira sin que te sientan, y calla — le dijo Froya. Miró y vió a Recesvinto, sentado sobre una piedra, con cadena al pie y esposas en las manos. Oprimiósele el corazón a la tierna joven, porque en él subsistia siempre el cariño al que un dia contempló como esposo; pero supo contenerse sin dar un grito. Cerró blandamente Froya la ventana, y sosteniendo a Floriana, que estuvo a punto de dar en tierra consigo, sacóla de allí y llevóla a su cuarto, sin reparar en su mal reprimida angustia, ni en las copiosas lágrimas que derramaba callando. Luego que subieron a la estancia del Duque, la hizo sentarse, y habiéndole

concedido algunos momentos para reponerse un poco le dijo:

— Recesvinto ha caído en mis manos, Floriana. Tú no sabes lo que significa el tenerle yo encarcelado aquí, a pesar de ser el hijo del rey de España, y yo solamente duque-gobernador de una provincia; voy a explicártelo. El reinado de Flavio ya ha fenecido: voy a sucederle. Los grandes del reino descontentos con él, los cuales si no son los más en número, son los más poderosos, se han resuelto a deponerle, como él hizo deponer a su antecesor, el malogrado Tulga; hoy es la reunión de los coligados, que vendrán a acamparse, con las tropas ligeras que hayan podido reunir, en las llanuras que cercan a Segóbriga; allí voy a ser alzado sobre el pavés monarca de los visigodos hoy mismo; desde aquí podrás verlo. Flavio, que, aunque viejo, es muy temible, morirá si se le prender; inhabilitarle cortándole el cabello y encerrándole en un claustro, no bastaría. Recesvinto es también para mí un rival peligroso: mi seguridad y la quietud del reino exigen igualmente que muera.

— ¡Ah, señor! — exclamó Floriana, cayendo de rodillas y juntando las manos—, ¡misericordia con él!

— Levántate, y cesa de pedir en su favor, porque te fatigas en vano. Un medio hay para salvarle, y voy a decírtelo; pero

antes escucha: quiero hablarte con la franqueza del que no teme a nadie y está seguro de su poder, de su fuerza, del triunfo. Floriana, yo en el paso de la Hoz acusé a Recesvinto de haberte olvidado: tal creía entonces; ahora estoy persuadido de que te ama.

— ¿Es posible? ¿Es verdad?... ¿Seré tan dichosa?...

— Me apresuro a interrumpirte, porque la dicha que te figuras es muy envidiable. Prosigo: vuelvo a decirte que Recesvinto debe amarte aún, porque desde la noche que os separó en Toledo su padre, él sin duda, tengo motivos para creerlo, no ha hecho más que observarte, que seguirte los pasos. En Vasconia no hizo más que aparecer y retirarse al momento; cuando salimos tú y yo de Toledo, fué detrás de nosotros; esto prueba que se hallaba en la Corte o sus cercanías. El mercader árabe que te defendió de mi violencia era Recesvinto.

— ¡Cielos, y yo que dudaba..., yo que le acusaba de infiel!... Pero, señor, ¿entonces tú debes a Recesvinto la vida?

— No, te la debo a ti; primero a tu cabellera; después a tu intercesión generosa: favor que necesito pagarte. El premio será una corona.

— ¡Cielo santo!

— Sí, Floriana, sí; una corona y mi

mano. Mira si Froya cree y confía en tus altas virtudes, cuando te propone un sacrificio terrible, sin disimularte nada de lo que debe costarte. Hacerte creer que Recesvinto no te amaba ya, para que por despique aceptaras lo que te ofrezco, hubiera sido ahora una superchería indigna de mi; hubiera sido mentira, y yo no miento: ¿a qué he de mentir, si no lo necesito? Casarse conmigo por venganza, es cosa que cualquiera mujer haría; casarse conmigo por salvar a su amante, sabiendo que el amante es leal, y resignándose, sin embargo, a ser fiel esposa, es acción que de ti sola puede esperarse. Floriana, este es el momento de mostrar si una española puede abrigar una alma tan enérgica, tan valerosa, tan sublime como la de un descendiente de los bravos caudillos del Norte. Admite mi mano, participa de mi trono, y Recesvinto y su padre salvan la vida, y se les recluye en un monasterio; si no eres mi esposa, el padre y su hijo perecen: el hijo al momento. Contempla tu situación, y decide: o vivir esclava de Teodosinda, llorando a tu amante difunto, o vivir soberana de los visigodos, unida a un hombre a quien tu deber te hará que le ames con el tiempo, gozando la dulce complacencia de haber libertado de la muerte a un rey y al que pretendía heredarle. No creo que haya mucho que titubear para decidirse.

Cuando Froya acabó su razonamiento, ya no le escuchaba Floriania: habia comprendido que Recesvinto la amaba leal, y que a ella se le mandaba salvarle; sola esta idea entraba en su entendimiento, ofuscado por la inminente desgracia; lo demás ya no cabia en su juicio, no estaba en disposición de entenderle. Sola, abandonada de todas las criaturas del mundo, a merced de aquel hombre inflexible, su pensamiento voló naturalmente al único ser capaz de socorrerla en tan amargo conflicto, a Dios.

— ¡Padre de los que lloran! — exclamó la desconsolada hija del valle, postrándose otra vez de rodillas en el suelo—: ¿Es posible que permitáis tanta crueldad?

— ¿Posible? Dentro de dos horas a lo más, verás esos valles cubiertos de guerreros, congregados para nombrarme su caudillo, su rey.

— ¡Su rey!, ¡su rey! ¿Qué falta te hace la corona? — dijo la humilde esclava, elevándose por grados hasta tratar con el Duque de igual a igual, casi de superior a inferior—. ¡Rey! ¿Sabrás tú serlo mejor que lo ha sido Flavio? ¿Mejor que lo sería su hijo?

— ¿Qué importa que el sucesor de Flavio se llame Froya, o tenga otro nombre? Flavio ha de ser depuesto, y su hijo no ha de sucederle; sucediéndole yo y queriendo

tú, conservarán ambos la vida. Si el jefe de la conjuración fuese otro, Recesvinto ya no existiría; la loca pasión que me inspira le vale. Puesto que soy más humano que sería otro en mi lugar, justo es que tenga mi premio; éste eres tú: sé mía, porque, tan cierto como Dios existe, has de serlo.

Llamas, rayos brotaban los ojos de Froya al pronunciar el temerario juramento. El furor del Duque, la seguridad blasfema con que se anunciaba dueño de Floriana, la exasperaron por primera vez de su vida; y le comunicaron una osadía increíble.

— ¿Tan persuadido estás de que yo he de ser tuya — replicó indignada — que te figuras que no hay en el mundo poder capaz de impedirlo? ¡Oh!, pues es menester que sepas que basta con muy poco para que salgan fallidas tus esperanzas; basta con una palabra mía, que será la expresión de mi voluntad, de mi obligación, de mis afectos, de la repugnancia con que te miro. ¿Tú juras que he de ser tuya? Pues bien, ¡yo juro que no!

El primer impulso del colérico Duque fué acercarse a Floriana con la mano alzada, quizá con ánimo de tratarla como a sierva; el segundo, casi simultáneo con el primero, fué detenerse. Miróla de alto a bajo pausadamente, y sonriéndose con malignidad y desprecio, le volvió la espal-

da, salió de la habitación y cerró la puerta con llave. Floriana, así que se vió sola, corrió a la otra puerta para huir por ella: ¡vano designio!, estaba cerrada también.

La estancia en que se veía tenía una ventana a cada lado: la una daba al campo; la otra a un patio del castillo: ambas estaban provistas de rejas fuertes. Floriana se llegó a las dos y probó si podía pasar su cuerpo entre los hierros; era imposible.

Dió voces; no acudió ninguno. Froya había mandado que nadie se acercarse a las puertas.

Buscó las armas del Duque con intención de quitarse la vida; sólo vió sobre un bufete el yelmo, adornado con la cabellera cortada por mano de Teodosinda.

—¡Ah!—gritó desesperada—, ¡bien haya quien me despojó de estos cabellos, que ahora me pueden servir para hacer un lazo que termine mi deplorable existencia!

Arrancó, pues, la trenza y fué a la reja interior para atarla a un hierro. Lo que vió la dejó inmóvil. El verdugo Sisberto colocaba en medio del patio un tajo y una cuchilla. Toda la exaltación frenética de Floriana cedió, se abatió, desapareció con aquel espectáculo. Froya iba a entrar por la puerta que conducía al calabozo de Recesvinto; Floriana lanzó un ¡ay! penetrante, que hizo al Duque volver la cabeza.

Ya no podía hablar Floriana; no pudo hacer más que sacar una mano fuera del enrejado de la ventana. El Duque comprendió que aquella mano era suya; dió contraorden a Sisberto y subió. Cuando abrió el Duque la puerta de la estancia, Floriana se hallaba caída sobre el escalón de la ventana y asida aún a los hierros. Un torrente de lágrimas le dió la vida; sin ellas, la congoja la hubiera ahogado.

— Procura sosegarte — le dijo con piedad el Duque —; vivirá Flavio, vivirá Recesvinto.

El nombre de Recesvinto hizo a Floriana volver en todo su acuerdo; cesaron de correr sus lágrimas, levantóse con ímpetu y dijo:

— Es que no me contento yo con que vivan; quiero yo, además, que no se les deshonoré. Nadie ha de tocarles a la cabeza — añadió, arrojando sobre un bufete la trenza que aún tenía en la mano.

— Bien, lo concedo; no se les inhabilitará, no se les obligará a tomar un hábito religioso.

— Ni aun con eso me satisfago: no quiero que se los encarcele; sólo permito que los lleven fuera del reino, dejándolos en absoluta libertad.

— Mira, Floriana — repuso blandamente el Duque —, eso que pides es imposible por ahora; más adelante podrá concedérsete.

Si me apodero de Flavio, como me he apoderado de su hijo, los tendré presos hasta que asegure mi dominio; después los pondré en libertad. Creo que no pueden imponérseme más condiciones.

— ¡Oh!, si, todavía falta la más importante. Yo he sido amante del Principe, y he debido mirar por el hombre que amé y que amo; pero antes era española o, como vosotros decís, romana. Reclamo la emancipación de los españoles.

Froya inclinó meditabundo la cabeza al oír esta súplica.

— ¡Pedirme a mí — decía — que iguale a los españoles con los godos, cuando mi odio a Recesvinto ha principiado justamente por eso!

— ¿No quieres a viva fuerza casarte con una mujer de esa casta aborrecida? Deja que puedan hacer lo mismo los que no nos tengan el odio que tú.

— Jurara yo — prosiguió el Duque —, jurara que ese taimado viejo, ese infernal Chindasvinto, me hubo de oír con gozo cuando fui tan ufano a decirle que tu padre había sido esclavo del mio. «Si tan seductora es la hija del fugitivo — diría para sí —, vaya a casa de Teodosinda, para que enamore al enemigo de su raza, como ha cautivado a mi hijo; este necio se busca su ruina.» Pero al fin, al fin — continuó —, los reyes que quieran sujetar a los

grandes turbulentos, habrán de llamar en su ayuda al pueblo, más pronto o más tarde. Bien, Floriana: cuando me haya asegurado en el trono, igualaré con los visigodos a los españoles. En mí es esta determinación mucho más meritoria que lo sería en Recesvinto; los de mi bando están en contra de la abolición de privilegios, y muchos de los amigos de Recesvinto están en favor de la emancipación de los españoles. Puede que me cueste la vida el intento; pero ese no es motivo para mí de retroceder; un rey de los godos debe estar pronto a disputar su vida a cada momento. Esta idea debe ser para ti de consuelo —añadió Froya con inexplicable amargura—; los reyes de España duramos poco.

No dejó de hacer impresión a Floriana esta última frase; pero la réplica fué aún más amarga.

—Las reinas como yo—dijo—deben durar menos.

Un correo puso término a esta conversación penosa. El Duque, en vista de un aviso que se le daba, tenía que salir fuera de la ciudad para verse con los coligados. Llamó a unas esclavas y les mandó que no perdiesen de vista a Floriana, pero que le guardasen las consideraciones de libre y de señora; fuése con esto. Una de aquellas siervas instó en particular a Floriana

a que tomase su ordinario desayuno; no estaba la infeliz liberta en disposición de atravesar un bocado; negóse a probarlo, y la esclava no se atrevió a redoblar sus importunidades, por no contravenir a la orden que acababa de darles el Duque. Por entonces Floriana se salvó del veneno que para ella había mandado confeccionar la rencorosa Teodosinda.

CAPÍTULO VIII

A la que el lecho ocupó
de un monarca, la sujeta
el uso, casi hecho ley,
a retirarse a una celda.

(La jura en Santa Gadea, acto 1.º)

A la hora de haber salido Froya de la ciudad comenzaron a entrar en ella algunos emisarios de los malcontentos; dieron la seña convenida a los custodios de las puertas y a los capitanes con quienes debían entenderse y se prepararon todos en medio de cierta agitación sorda a esperar la venida del Gobernador, que había de ser aquel mismo día saludado rey de las Españas. Por tres diferentes puntos habían de asomar en el llano las tropas reunidas

por los insurgentes; al descubrirlas desde el castillo, habianse de tocar los clarines de la ciudad, se habia de acudir a las armas y aclamar al monarca nuevo, que sería recibido en triunfo cuando volviese al frente del cuerpo más considerable de sublevados. Tomadas inmediatamente las disposiciones precisas, marcharia el grueso de la hueste a la ciudad real de Toledo, que juzgaban Froya y los suyos no se defenderian, porque sabian de fijo que Flavio no estaba en ella. Allí se renovaria la elección para que fuese válida y sería el Rey con toda solemnidad consagrado.

Algunos caudillos rebeldes recién llegados que conocian a Teodosinda, se presentaron a saludarla; noticiosa ella de que las tropas amigas no tardarian en descubrirse a lo lejos, subió, acompañada de aquellos jefes, a las almenas del castillo para gozar el momento en que se dejasen ver por alguno de los tres caminos.

Impacientes volvian todos la cabeza, ya a un lado, ya a los otros dos. Pasaba tiempo y no relucía el hierro de una lanza en toda la redondez del horizonte; aquella expectación, aquella ansiedad era intolerable.

Cerca del mediodía se vió a un hombre a pie subir apresurado la cuesta de la ciudad; al propio tiempo aparecieron acullá abajo dos jinetes por el mismo camino.

El hombre que venia a pie era Sisberto. Teodosinda mandó llamarle, y en presencia de los guerreros le preguntó a qué había salido y de dónde venia; respondió satisfactoriamente Sisberto que había salido con un encargo del Duque y venia de desempeñarlo; no podía decir cuál era por haberle encargado el secreto. Ninguno de los presentes puso en duda la veracidad del verdugo. Además había otra pregunta que hacerle, que era la que más importaba a todos; a saber: si no había visto tropas por aquel lado. Respondió afirmativamente, asegurando que parada detrás de una pequeña eminencia a corta distancia del camino estaba descansando una legión entera.

— ¡Ya están aqui; ya no hay cuidado! — gritaron todos los oyentes a una voz —. Habrán recibido de Froya orden de detenerse.

— Debo anunciaros una novedad — continuó Sisberto —. Más acá, en un ribazo, desde donde no se descubren las tropas, acabo de ver, sentado en una piedra con el mayor sosiego, acompañado de un escudero que tenía dos caballos del diestro, al mismo Rey en persona.

— ¿A quién dices? — exclamaron todos atónitos.

— A Flavio Chindasvinto, al Rey. Por lo que les oí decir, comprendí, que ve-

nian del Valle del Paraiso y se dirigian aqui.

— ¿Aqui?

— Y no tiene duda, porque son aquellos dos caballeros que se van acercando.

— Ellos son, sí, ellos deben ser — prorrumpió Teodosinda enajenada —. Retírate Sisberto.

Obedeció el verdugo, sonriéndose malignamente así que volvió las espaldas.

El júbilo de Teodosinda y los conjurados era inexplicable : su designio se les lograba mejor que hubieran podido desear. Era claro que el Rey había pasado algunos días en el Valle del Paraiso; mientras tanto la conjuración había dado pasos de gigante. Flavio no sabía nada y venia incautamente a ponerse en manos de sus enemigos. Teodosinda y los caudillos rebeldes ignoraban lo que había prometido Froya a Floriana y persistían en la determinación que antes se había tomado: la de quitar la vida al padre y al hijo.

En lo que se cuenta un millar quedó decidida en aquel conciliábulo de traidores la suerte del anciano Rey, que lentamente se iba encaminando a Segóbriga como la indefensa res a la casa del cárnicero. Teodosinda dijo que tenía un veneno a punto; pero que lo necesitaba para deshacerse de otra persona. Uno de los circunstantes ofreció a Teodosinda quitarle de en medio

aquel embarazo en designándole el sujeto; una muerte más o menos en un día de tumulto era cosa en que no debía repararse. El veneno, pues, quedó destinado para el Rey, y un conjurado se encargó de asesinar a Floriana.

Dejaron los conjurados que el Rey entrara en Segóbriga y se diese a conocer, haciéndose ellos los desapercibidos. Cuando desde la puerta envió aviso al alcázar anunciando su llegada, fuéronle a recibir con grandes demostraciones de gozo. Sin embargo, en el momento de hablarle, balbucieron todos sus enemigos, perdieron el color y se estremecieron. Teodosinda, al doblar la rodilla en los umbrales del palacio, estuvo a pique de desmayarse: la culpa lleva su tormento en sí misma antes y después de ser cometida. Flavio, al parecer, no advirtió nada. Manifestó que venía cansado y necesitaba reposar; propúsosele que tomara algún alimento antes; dijo que se le dispusiera y lo tomaría después.

— Se dispondrá al momento — le respondió Teodosinda — ; y dejaron a Flavio en su dormitorio.

Mientras el Rey dormía, el mayordomo o alcaide del alcázar por un lado y el verdugo Sisberto por otro, se acercaron misteriosamente a la alcoba, abrieron muy quedito la puerta y entráronse, cerrando por dentro sin que nadie lo percibiera; un

rato después, cada uno de ellos estaba en su cuarto sin haber salido por el dormitorio : era evidente que desde la alcoba había comunicación, que se extendía hasta el piso de los calabozos. Teodosinda en esto echaba por su propia mano en el vino el tósigo que había de acortar a Flavio los días de la vida. Un conjurado había de servir la copa, a fin de que sólo el Rey tomase la bebida mortífera, dándose a los demás que comiesen con él, si se les dispensaba esta honra, otro vino no adulterado. Teodosinda necesitó recordar mil veces los motivos que tenía para odiar al Rey, y aun recordándolos, temblaba con extraño frío al tiempo de hacer la fatal mixtura. Pero dominó su temor y la hizo.

El Rey descansó largo rato, mudó de vestido y salió tranquilamente a una sala, donde le esperaba Teodosinda, que ni acertaba a hablar ni se atrevía a mirarle. Conversó con ella algunos momentos y pidió la comida.

Era llegado el terrible trance. Era ya mediodía; Froya no había vuelto; pero ya, en fin, comenzaban a asomar por sendas y caminos en los extremos del horizonte largos cordones negros de hombres y caballos, cuyas armas y jaeces brillaban a los rayos del Sol. Entonces respiraron los conjurados; ya el triunfo era cierto.

— Teodosinda — dijo el Rey —, yo soy

aquí huésped de tu hermano; hazme tú en su nombre los honores de la mesa; siéntate conmigo.

Teodosinda se sentó frente al Rey; su pecho latía de una manera desusada; las venas de las sienes parecía que iban a saltársele; el Rey estaba sereno y casi jovial, contra su costumbre. Pasados algunos instantes de silencio el Rey pidió de beber. El cómplice le presentó la copa de vino emponzoñado; el Rey la tomó y se la llevó a los labios. Teodosinda apartó la vista.

Pero deteniéndose de pronto el Rey puso la copa en la mesa y dijo a Teodosinda :

— Manda llamar a tu esclava Floriana, y mientras viene te referiré el motivo de haber hecho este viaje.

Teodosinda hizo una seña a un criado para que cumpliese la orden del Rey. Éste hizo hizo otra a todos los circunstantes y se desviaron a los extremos de la sala. El Rey continuó en voz baja, de manera que sólo Teodosinda pudiera oírle :

— Yo he venido a Segóbriga para reconciliarme con dos personas : contigo y Floriana. No te admires, no te asustes del preámbulo, Teodosinda, porque seguramente vas a oír cosas muy raras, y algunas harto poco agradables.

« Toda España me conoce desde que soy Rey; tu familia y tú me habéis conocido

antes; inútil es que yo pretenda hacerme distinto del que soy. Mi vida ha sido tan borrascosa como larga; por espacio de muchos años viví sin rienda; no hay culpa que no haya querido cometer; he sido en los vicios el mayor y el primero. Estas palabras se han de insertar a la letra en mi epitafio, que tengo ya mandado escribir en verso al metropolitano de mi ciudad real, el santísimo Eugenio (1). Como por un orden natural, poco tiempo debe quedarme de vida, voy haciendo ya los preparativos de la jornada. Si, pronto pesará sobre mi cuerpo la tierra; de nada me aprovecharán entonces la real vestidura, las piedras preciosas, la corona resplandeciente, el oro de mis arcas ni la pompa de mi palacio, sólo podrá servirme el bien que haya hecho. ¡Dichoso el que, dedicado constantemente a la virtud, menosprecia los bienes caducos de la tierra!»

Este exordio, cuya última mitad había sido pronunciada en alta y sonora voz, aterró a todos los que se hallaban presentes.

«Quiero—prosiguió—bajar pacíficamente al sepulcro. Malo he sido; males he hecho; pero grandes bienes he hecho también; he sabido lo que han ignorado mu-

(1) En efecto; éstas y las expresiones con que termina el párrafo, se hallan en el epitafio de Chindasvinto entre las obras de San Eugenio.

chos; he gobernado a España con acierto, con gloria; por las cualidades de rey pueden perdonármese las faltas de ciudadano. Como me juzgo con severidad a mi mismo, no es extraño que sea también severo para con los demás, contigo. Óyeme, Teodosinda.

»Cuando fui exaltado al trono, se arregló tu casamiento con mi hijo; tu hermano fué el que más trabajó en mi favor entonces; tu hermano solicitó el enlace; nada podía yo negar a tu hermano. Tú supiste, desde luego, el convenio; yo me tomé tiempo a fin de preparar a mi hijo: hombre hecho, no se le podía mandar como a un mozalbete. Tú hasta entonces habías sido una doncella recatada y buena, aunque despegada y altiva; pero desde que cobraste humos de nuera real, tus defectos crecieron a ojos vistos, tus virtudes desaparecieron del todo. Yo quería que Recesvinto me sucediese en el mando; yo sé el dominio que una mujer ejerce en el ánimo de un monarca. Teodosinda, esposa de Recesvinto en la condición privada, no me daba cuidado; Teodosinda, reina, me daba mucho. En esto mi hijo se había prendado de Floriana; tu hermano me instaba para que se celebrasen vuestros esponsales; yo tuve que hablar a mi hijo; él, para olvidar su pasión a una mujer cuya mano le estaba vedada, te ofreció la suya y te

dió el ósculo de novia. Aquel ósculo acabó de perderte; tu orgullo degeneró en menosprecio de todos; tu frialdad de alma en inhumanidad. Yo juré que no serías reina de España.»

Teodosinda miró a Flavio con los ojos como ascuas.

«Pero yo no doy cuenta a nadie de mis proyectos: los preparo, dejo que llegue la ocasión y los ejecuto. Mi hijo, cuya pasión había vuelto a embravecerse, me servía sin figurárselo; Froya me dió cuenta de los amores de Recesvinto y de su próximo casamiento; esto último lo sentí, porque, verificado, para con muchos próceres debía perjudicarle. Desde entonces, mi hijo, tu hermano y tú, habéis estado rodeados de espías. No te estremezcas, Teodosinda, te he dicho que venia a reconciliarme contigo, ahora vas a saber cómo.

»Froya y tú habéis conspirado y conspiráis contra mí. No te levantes, mujer, ¿adónde quieres ir? Escucha el fin, que supongo no te será tan desagradable. Tu hermano, tú y tus amigos sois poderosos; yo soy viejo y estoy cansado de luchas: quiero la paz. Tú sueñas con el poder; tú ansías la grandeza; yo he sido quien ha dado lugar a esos sueños y a esa ansia; justo es que yo ponga el remedio a mi costa. Al lado de un hombre como mi hijo, propenso a ceder al femenil halago, es ne-

cesario que esté una esposa mejor que él, para que él gane en ceder al influjo de su consorte; tú, por el contrario, necesitas un esposo cuyo ánimo firme te haga volver a tus antiguas virtudes y te reprima en tus defectos presentes. Mi hijo te dió palabra de esposo, y por el bien del país no debe cumplirla: ni él quiere ni yo quiero; pero tampoco es justo que un rey y un hijo de rey quebranten su palabra, aunque sea por la salud del Estado, sin desagrarar cuanto sea posible a la persona a quien se perjudica. No te casarás con mi hijo; pero no dejarás de ser reina por eso. Teodosinda, yo he venido a casarme contigo.»

La sorpresa, la confusión y hasta el arrepentimiento asaltaron de golpe el corazón de Teodosinda.

«Durante mi vida, que ya será bien corta, gozarás ese fausto y grandeza que tanto te halagan; daño no podrás hacer, porque yo no te lo permitiré; antes al contrario, por tu conducto dispensaré cuantas gracias pueda. La práctica del bien, voluntaria o forzosa, te aficionará a él y te hará contraer la costumbre de la virtud; las bendiciones que recibas te afirmarán en ella. Después de mi fallecimiento habrás de entrar, según se usa, en un monasterio; de esta manera se evita que vuelvas a pervertirte, aunque te falte mi vigilancia. Ea, pues, Teodosinda; renuncia a tus

ideas de venganza y da la mano a tu marido.»

«¿Sabrá el Rey lo que tenemos últimamente dispuesto? — se decía a sí propia Teodosinda —. Imposible; ha venido sin gente. En mi mano tengo el ser reina, y si me vengo, no lo seré. Pero, ¡es tan dulce vengarme!»

— Señor — dijo por fin sin atreverse a tender al Rey la mano —, ¿qué haréis de Floriana?

— No quiero disimular más tiempo contigo — respondió el Rey en voz baja —: Floriana será esposa de Recesvinto.

— ¡Su esposa! — exclamó Teodosinda levantándose sin poder contenerse —, ¡su esposa!

Al levantarse había alcanzado a ver por el balcón de la sala numerosas huestes que llenaban los campos inmediatos a la ciudad. Ya se oían claramente los instrumentos bélicos; ya cundían dentro de Segóbriga voces de alboroto. Los conjurados se miraban unos a otros con satisfacción; Teodosinda se repuso, y expresando su interior contento, pero haciendo como si contestara a la exclamación de «¡su esposa!», añadió esta sola palabra: «¡Bien!»

En esto entró Floriana en la estancia; la ira de Teodosinda creció al verla.

— Hija mía — le dijo benignamente el Rey —, yo he necesitado tiempo para expe-

rimentar y conocer tus virtudes; ha llegado el día en que tengan su premio. Como principio de los honores que té destino, vas ahora a servirme la copa: cógela, Floriana.

Floriana, aletargada, alélada por la pena, había venido hasta el salón maquinalmente; ni la presencia del Rey allí, ni el tono en que la hablaba le causaron impresión ninguna, sólo sentía, sólo comprendía, sólo podía pararse su imaginación en el terrible pensamiento de que iba a ser esposa de Froya.

— Hija mía—prosiguió el Rey—, hazme tú la salva para que beba.

Floriana no le entendió.

— Bebe tú primero, Floriana, bebe tú primero en la copa de que va a servirse tu Rey—repitió Flavio poniendo a la hija del valle la copa en la mano.

La celosa Teodosinda, que vió a Floriana con la copa cerca de los labios, se olvidó completamente de todo lo que antes se había dispuesto; nada le importaba el mayor peligro, con tal que pereciese la odiosa rival; ningún caso hizo de las miradas interrogatorias que algunos conjurados le dirigian. El Rey hizo apurar a Floriana la copa. Cuando Floriana acababa de beber, entró Froya en la sala precipitado y fuera de sí.

— Apártate de ahí, hermana—gritó con

voz espantosa —, apártate de ahí, que nos han vendido.

La mayor parte de los conjurados, no poco aturridos ya desde que vieron que Flavio no había bebido el veneno, echó a correr al oír estas palabras. Quedaron en la sala unos cuantos..., inmóviles.

— Flavio — continuó Froya —, yo te he querido destronar y tú has burlado mis designios. Las tropas que cercan esta ciudad están en tu favor, aunque han fingido que me serían fieles. Pero aunque tus soldados rodean a Segóbriga y penetran en su plaza, tú te hallas imprudentemente aquí en medio de los míos. Moriré sin duda; pero tú perecerás primero.

Froya se dirigió al Rey con espada en mano.

— ¡A mi lado! — exclamó Chindavinto.

Los conjurados que se habían quedado, y estaban ganados por el Rey, desenvainaron los aceros y se colocaron delante y en defensa de Flavio, diciendo a voz en grito: «¡Muera el traidor!»

— ¡No he de vengarme! — dijo Froya rugiéndolo.

— Yo he sido más feliz — repuso Teodosinda señalando a Floriana que, perdido el conocimiento, caía en el suelo —. Mi rival ha perecido envenenada.

— ¡Me has robado mi amor! — gritó Froya

rechinando los dientes—. Yo mataré al que es objeto del tuyo.

Salióse de la sala corriendo.

— Seguidle y prendedle — dijo el Rey a algunos de los fingidos conjurados —. No encontrará Froya a Recesvinto en el calabozo. Vosotros encerrad a esa mujer y llamad a un fisico; llamad gente que cuide a esta otra desventurada.

Los que no habían seguido a Froya, rodearon a Teodosinda y se retiraron con ella; el Rey quedó algunos momentos sólo con Floriana.

— ¡Ánimo, hija mía, ánimo! —le decía el Rey sosteniéndola —. Van a socorrerte; aún es tiempo; tus enemigos van a ser ejemplarmente castigados.

Estas palabras últimas que entreoyó la inocente víctima le hicieron esforzarse a articular algunos sonidos, que se negaba ya a formar su lengua paralizada.

— ¡Perdón!, ¡perdón! — exclamó la misericordiosa joven —; y cerrando los ojos desaparecieron de su cuerpo todas las señales de vida.

Cuando llegaban el fisico y las esclavas se oyó terrible ruido de cuchilladas en un aposento del castillo; acudió el Rey a la puerta, pero la halló cerrada. Al retirarse Froya, seguido por los confidentes del Rey, les ganó la delantera y cerró aquella puerta, que era de solidísimo roble. Por el lado

opuesto venía Recesvinto, libre ya, como se dirá más adelante; encontráronse los dos rivales, y una mirada instantánea, recíproca, les dió a entender que de aquella estancia sólo había de salir vivo el uno. Recesvinto cerró también la puerta por donde había entrado, desnudó la espada y se puso delante de Froya. Los conjurados que le habían seguido intentaron forzar la puerta; pero fué en vano.

—Mientras buscan instrumentos con que echar abajo las puertas — dijo Froya a Recesvinto — hay tiempo de sobra para que nos matemos.

—Si perezco yo — contestó el Príncipe —, tú puedes librarte. Mira.

Diciendo y haciendo abrió en un ángulo una puertecilla disimulada que daba entrada a una escalera tortuosa. El alcaide o mayordomo del castillo, fiel al Monarca y al Príncipe, les había descubierto el secreto, ignorado de Froya. La escalera comunicaba con el calabozo donde había estado Recesvinto, y desde allí, por un camino subterráneo, guiaba fuera de la ciudad. Por este camino también, pero por otra escalera, había entrado Froya hasta la sala de los banquetes. Como las tropas que rodeaban a Segóbriga iban entrando, no quedaba en los contornos soldado ninguno, y la fuga de Froya era posible. Recesvinto había sido puesto en libertad por

el alcaide y Sisberto, espías del Rey, mientras éste había fingido reposar en la alcoba.

La lucha entre los dos competidores en amor y grandeza principiò con tal impetu, que debía durar muy poco. La ventana del aposento donde pasaba esta escena sangrienta daba enfrente del cuarto donde habían arrestado a Teodosinda, que era donde poco antes había estado Floriana encerrada por Froya. Teodosinda, acudiendo al ruido, se asomó a la reja a ver. El uno de los combatientes era su hermano; el otro era el hombre a quien había tenido amor. El resultado del combate siempre había de ser funesto para ella. Asaltada su razón con tan repetidos golpes, comenzó a turbársele; agarróse fuertemente a la reja y principiò a dar alaridos horribles inarticulados.

A un mismo tiempo los confidentes del Rey comenzaron también a golpear las dos puertas de la sala para vencerlas. Con el estrépito de los martillos retumbaba el palacio todo; el batir de las espadas estremecía; los chillidos de Teodosinda hacían temblar.

A los primeros lances hirió Froya a Recesvinto ligeramente; el furor del Principe se aumentó con la herida, y el Duque fué herido también. Yéndose entonces a Recesvinto como un jabali al que le dis-

paró el dardo, Froya hundió su espada en el costado del Principe, al mismo tiempo que la espada de Recesvinto daba como una segur sobre el cráneo del Duque. Cada uno cayó por su lado : Froya sin vida, Recesvinto sin conocimiento.

Forzadas las puertas, el Rey, desatentado, llorando como un niño, cogió a su hijo en sus brazos, y él solo le condujo a una cama. El médico llamado para cuidar de la amante, que ya no necesitaba su auxilio, tuvo que acudir a la cabecera del amado. El cadáver de Froya quedó abandonado algunas horas en el paraje en que había caído, frente a la ventana. Cuando el alcaide del castillo fué a recogerle para darle sepultura por mandado de Flavio, otro espectáculo más lastimoso espantó su vista. En la reja de enfrente se había suspendido Teodosinda de un hierro, echándose por dogal al cuello la cabellera de Floriana.

— En efecto; la predicción de la Hoz no quedará desmentida esta vez.

Algunas semanas más adelante celebraba toda la grandeza visigoda en Toledo el restablecimiento de Recesvinto. Al anochecer había principiado el banquete, y a más de media noche no había concluido; se habían retirado los ancianos; los jóvenes seguían bebiendo y conversando bulliciosamente. Cerca de Recesvinto se hallaban los duques Venderio y Frandila y el conde Evárico, amigos suyos, con quienes había tenido largos coloquios durante el festín.

—Continúa—dijo Venderio al Príncipe—, continúa la historia de esos malaventurados amores. Tu esposa, la romana, era un ángel de Dios.

— Un ángel — repitieron todos los jóvenes que se hallaban inmediatos; porque la conversación iba haciéndose general; los que no habían oído el principio, lo preguntaban a los que lo sabían.

— Que hable alto para que todos oigamos — gritaron algunos que se hallaban distantes

Recesvinto prosiguió así :

— Cuando yo dije a mi severísimo padre que Floriana, aunque española de todos cuatro costados, era una mujer de talento y virtudes tan eminentes como la más ilustre dama de nuestra sangre, mi padre me

tomó la palabra y me juró que, si hechas con Floriana rigurosas pruebas, se mostraba tan virtuosa como yo decía, permitiría por solemne decreto mi enlace con ella. En medio de la exaltación en que yo me hallaba, admití las condiciones de mi padre, porque conocía muy bien el inmenso valor de mi amada; después temi las consecuencias del peligroso empeño. Vosotros, guerreros de corazón demasiado fuerte, vais a mofaros de mí si os confieso que mi temor era, no que Floriana sucumbiese en la prueba, sino que padeciera en ella tanto, que después no pudiese amar al hombre que había sido capaz de consentir en su largo martirio. ¡Os reis como de una cosa inaudita! ¿Os parece que el temor de perder el cariño de una mujer no es digno de albergarse en el corazón de un hombre? Yo os juro que merecía Floriana que tuviera yo ese temor por ella. Mi padre me obligó a prometerle que, mientras las pruebas duraban, me mantendría siempre distante de mi dulce española; a la verdad, si hubiera sido testigo de sus amarguras, a pesar de mi edad y promesas, yo me hubiera hecho traición repetidas veces. Se me echó de Toledo, Floriana fué reducida a la clase de sierva, se anunció mi boda con Teodosinda, y la virtuosa romana se mostró siempre resignada a su suerte, respetuosa con su ama, fiel a su amor. Sola-

mente fué capaz de faltar a él por el mismo amor que me profesaba. Un amigo de Froya, o más bien un amigo nuestro, que engañó a Froya, me ha dicho que la misma noche que fui preso y conducido a Segóbriga, el Duque, determinado a matarme, ofreció a Floriana que me dejaría con vida si consentía en ser su esposa...

— ¿Su esposa? — exclamaron interrumpiendo al Principe con asombro todos los convidados.

— Su legítima esposa — contestó Recesvinto—. Floriana consintió en dar la mano a Froya para salvarme; pero le obligó a jurar también que respetaría la vida de mi padre y permitiría que casasen las gentes de la raza goda con la celtibérica.

— ¿Eso prometió Froya? — volvieron a exclamar los amigos de Recesvinto.

— Así lo dijo Froya a nuestro leal amigo Everedo en la mañana de la sublevación. Esa ley pensaba dar el grande enemigo de los romanos; esa ley que tanto os repugnaba cuando yo por primera vez os manifesté su conveniencia.

— Ya nos has convencido — replicó Frandila—. Mañana, hoy mismo, porque pronto amanecerá, vamos a proclamarte Rey en unión con tu padre; cuando quieras promulgar esa disposición, tendrás nuestro apoyo.

— A pesar — añadió Venderio — de lo im-

político que era el casarte con la romana, si viviera, la saludaríamos reina gustosos.

— Si, si — gritaron todos a una voz.

— Decís eso — replicó el Príncipe — porque no existe; si viviera, pensaríais de otro modo.

— No, no, no.

— No os creo.

— Lo juro, lo juramos. Por la fe, por el honor, por nuestro nombre.

— ¿Juráis — repuso el Príncipe — que si viviera Floriana no llevaríais a mal mi enlace con ella?

— ¡Si, si, si! — gritaron sin vacilar todos.

Entonces Recesvinto se acercó a una puerta de la sala, delante de la cual pendía un gran cortinaje; describiólo de golpe y apareció ante aquella juventud entusiasta la candorosa figura de la hija del valle que, puesta de pie, ruborosa y confusa, esperaba el fin de la conversación.

— ¡Floriana vive! — exclamó el enamorado Recesvinto —; vedla, ved la que me concedéis por esposa.

— ¡Viva — gritaron todos —, viva nuestra Reina!

Sisberto había confeccionado un narcótico para Floriana, en lugar de un veneno, y había dado aviso de todo al Rey, que se hallaba en el Valle del Paraíso, disponiendo la manera de frustrar la sublevación tramada por el duque Froya.

Despertó la vocería de los convidados a todo el palacio de Chindasvinto. Exaltados con la presencia de la hermosa Floriana, que, ceñida de una toca blanca, vestida de túnica y manto blanco también, tenía un no sé qué de celestial en todo el atavío de su persona, ya no acertaron a contenerse en los límites de una moderada alegría. Quisieron que la proclamación de Recesvinto se hiciese en aquella hora misma; hicieron que se levantara y vistiera el Rey, se tocaron clarines y se puso en arma a Toledo entera. El santo metropolitano Eugenio y el santo obispo de Zaragoza Braulio, principal patrono del Príncipe, que se hallaba en la ciudad a la solemne fiesta, acudieron al pretorio al instante desde la iglesia donde estaban juntos orando. Toda la población, que velaba solemnizando con hogueras, bailes y cánticos la vispera del fausto día, corrió, voló, se precipitó a la plaza del pretorio. A un balcón anchuroso y largo, sostenido en el pórtico, salieron Flavio y Recesvinto llevando a Floriana en medio; a sus lados los dos pontífices de Toledo y de Zaragoza; a los lados de éstos y detrás, en cuanto el balcón lo permitía, se apiñaron los duques y caudillos de la nobleza gótica; los demás ocuparon las ventanas próximas.

Entre riquísimos colores de grana y oro despuntaba el Sol, resplandeciente como

nunca, para señalar el momento feliz de su emancipación a la raza española.

Gritos agudos de júbilo rompián los aires.

Los soldados agitaban los capacetes en la punta de las lanzas; los vecinos batían las palmas; los mantos volaban, arrojados sobre las cabezas sin cesar.

Tendió Chindasvinto la mano y siguióse un silencio tan profundo como si Toledo hubiera de repente quedado desierta.

— Godos ilustres—dijo el Monarca—, yo os he pedido que asociéis a mi hijo al trono, y vosotros me lo concedéis.

«¡Si!», gritaron los próceres, que se hallaban en el balcón o mirador principal; «¡si!», dijeron los que estaban en los miradores contiguos; «¡si!», dijeron los sacerdotes, los soldados, todos.

«¡Viva el Príncipe! ¡Viva el Rey! ¡Viva Recesvinto!»

Sosegado el primer estrépido de aclamaciones, el obispo Braulio hizo seña de que había más que saber; el modestísimo Eugenio no quiso tomar la palabra delante del que veneraba como maestro.

— Fieles, que me oís—dijo con esforzada voz el Obispo—, hasta ahora, por justos juicios del Todopoderoso, ha habido en España un pueblo conquistador y un pueblo vencido; desde hoy, mediante la celeste misericordia, no ha de haber más que

un pueblo de hermanos, de españoles, de fieles adoradores del Señor que nos crió a todos. El Rey, el Principe, la Nobleza y la Iglesia consienten los matrimonios entre godo y romana, y romano y goda. El principe Recesvinto que habia, tiempo ha, ofrecido su mano y fe a esta española que veis a su lado, se desposa hoy solemnemente con ella, la ley lo autoriza, la iglesia los bendice y yo me complazco en declarar a Floriana altamente merecedora de tan ilustre casamiento, por ser la gloria de nuestro país, la corona de su Estado y la más virtuosa de las mujeres.

La sorpresa, la ternura, la embriaguez de júbilo que el brevisimo razonamiento de Braulio produjo en los espectadores de la raza indigena, fué inexplicable. Gritos, lágrimas, bendiciones... Ya entre el agudísimo y confuso clamoreo se distinguía la voz de «¡libertad!» y la de «¡igualdad!»; ya los nombres de «Flavio» y de «Recesvinto»; pero más veces y más claro resonaba el nombre de «Floriana». Aquella esclava, que habian visto cruzar con ojos bajos y rostro melancólico las calles de Toledo, en el séquito de Teodosinda, aquella segunda Ester, más mortificada que la primera, habia conseguido la libertad de su pueblo. En un momento fueron escaladas todas las ventanas del pretorio; en un momento los árboles de la plaza fueron despojados de sus ra-

mas para adornar con ellas los antepechos de la fachada; el entusiasmo de los favorecidos se propagó a los bienhechores, disfrutando aquéllos el placer inmenso que causa un bien merecido, pero inesperado, y éstos la fruición inefable que siente el corazón de donde ha salido una acción magnánima. Godos y españoles se abrazaban llorando al pie del balcón, donde agrupadas las personas de los pontifices, los reyes y la hija del valle, se reunía en un punto lo más sagrado que hay en la tierra: la fe pura y la sabiduría verdadera, el poder clemente y justo, la virtud heroica y amable.

Pisando flores, plantas aromáticas y mantos que arrojaba la multitud al suelo, marchó aquel día Floriana en un caballo blanco como la nieve a ser por fin desposada, ungida y coronada en el templo. A cada instante la detenían los españoles para besarle los pies, para ofrecerle palmas y coronas. Flavio y Recesvinto no podían hacer dar un paso a sus alazanes, oprimidos por la muchedumbre. Existía en una capilla que cogía al paso la caja o concha de un carro magnífico de guerra consagrado al Señor, como despojo el máspreciado que un general de Recaredo, fundador de la capilla, había ganado al Rey de los francos, Gontramo, en las inmediaciones de Carcasona. El pueblo tomó aque-

lla silla, ya convertida en andas; hizo subir a Floriana en ella, y levantándola en hombros, la condujo así en triunfo a la iglesia con una palma en la mano, descolando sobre el Rey, sobre el Principe, sobre los caudillos y los guerreros, porque el día en que la virtud es conocida de los hombres, se eleva sobre todas las grandezas, dignidades y glorias del mundo. Floriana, objeto de tan fervoroso entusiasmo, gozando moderadamente la dicha, como habia sentido el mal sin exceso, dejábase conducir, enviando una u otra mirada tímida a los lugares que habian sido testigos de su abatimiento, y entre los vivos afectos de gratitud que partian de su alma a los pies del Altísimo, dos ruegos tan sólo le dirigía : felicidad para su esposo y para su pueblo; tranquila obscuridad para ella.

APÉNDICE

DEL

ORDENADOR Y EDITOR DE ESTA CRÓNICA

Los votos de Floriana fueron cumplidos: sus virtudes, su influencia en la suerte de España y su nombre mismo han permanecido ignorados; si hubiera sido una princesa criminal, tan deforme de cuerpo y alma como la madrastra de San Hermenegildo, su nombre hubiera encontrado lugar en la Historia. Los bienhechores del género humano suelen pasar sin dejar señales de su existencia; los monstruos nacidos para azote de la Humanidad immortalizan su memoria.

El nombre de Floriana, que lleva la heroína en esta narración, tiene el origen siguiente:

Entre los papeles que mi abuelo materno heredó en el año de 1805 de su hermano D. Julián Antonio Martínez Calleja, que falleció en Madrid entonces, siendo teniente segundo de la iglesia parroquial de San Antonio de la Florida, pareció un cartapacio de pocas hojas, que tenía en la cubier-

ta escritas estas palabras de letra del difunto: *Traducción de un códice latino que se descubrió y pude haber a las manos cuando se hicieron las excavaciones en el cerro Cabeza del Griego, donde existió la antigua ciudad de Segóbriga* (1). Al pie de la primera página, que, como era natural, principiaba con el título de la obra y decía: *Historia de la Reina* (aquí un nombre borrado), escrita por Anacleto, diácono de la iglesia episcopal segobrigense en la Celtiberia, se leía la siguiente nota, igualmente de puño y letra del presbítero: *Es obligación mía divulgar este escrito, por lo que en él se refiere del sitio donde fué fundado siglos después el pueblo de mi naturaleza, Valparaiso de Abajo, poco distante de Cabeza del Griego. Desde que, por muerte de mi abuelo, vinieron a mi poder algunos escritos de mi tío D. Julián Antonio, entre los cuales se hallaba la traducción mencionada, he practicado constantes y muy exquisitas diligencias para averiguar el paradero del códice de Anacleto; pero todas han sido sin fruto; privado del original he tenido que contentarme con la copia, a cuyo texto me he arreglado fiel-*

(1) Esto creían muchos a principios del siglo pasado; ahora se cree que no fué Segóbriga, sino Ercávica, la ciudad que existió en Cabeza del Griego.

mente en la relación de los sucesos, bien que no así en el estilo. Para muestra de éste, y por lo que conviene a mi propósito, reproduzco aquí la introducción a la letra.

«Bajo el amparo—dice—de Dios Todopoderoso y de la bienaventurada Virgen María, yo Anacleto, siervo inútil de la Santa Iglesia episcopal de Segóbriga (1), me propongo referir compendiosamente las heroicas pruebas y merecimientos insignes de la serenísima Reina..., española de linaje, cuyas virtudes ofuscaron la gloria de todas las matronas regias de origen godo que la precedieron, sin haber sido jamás igualada por ninguna de sus ilustres sucesoras. Y en señal de la veneración que yo y todos los descendientes de los españoles indigenas y de los romanos (conquistadores nuestros, pero confundidos ya con nosotros) profesamos a la gran Princesa, restauradora de su pueblo, he resuelto que siempre que el augusto nombre de ... aparezca en este breve libro, que mi fe le dedica, sus letras vayan escritas con brillantes colores y labor tan delicada y prolija como la del códice más suntuoso de los que tengo trabajados, como escribiente de esta

(1) Probablemente diría *Ercávica* en el códice, y en éste, como en los demás casos, hubo de leerse *Segóbriga*, ya por la dificultad de la letra, ya por el mal estado del manuscrito.

Santa Iglesia. En cuyo propósito, que cumpliré (Dios mediante) siempre que mi vista, harto débil hace ya tiempo, me lo permitiese, comienzo así. En el año 686, etc.»

Bien fuese porque el pobre diácono perdiera la vista, como parece se lo recelaba, bien fuese porque su entusiasmo en favor de la Reina se entibiara más adelante, bien porque le faltase tiempo o quizá la vida para cumplir su designio, ello es, según advierte mi tío, que el códice original estaba plagado de huecos, dejados de intento en blanco para poner el nombre de la Reina siempre que la narración lo exigía, y el nombre no se hallaba escrito ni una vez siquiera: el cronista debió dejar para lo último aquella tarea, por ser más delicada; no llegó a principiarla, y la Reina, por consiguiente, se quedó anónima para la posteridad; porque aquella Reciberga, que algunos autores han dado como esposa de Recesvinto, indudablemente, si damos fe a otros, lo fué de su padre.

Oigamos a mi tío las circunstancias con que se verificó el bautismo de la Princesa, las cuales justifican el título que lleva la obra.

«Pareciéndome una profanación — escribe en sus notas — dar un nombre supuesto a un personaje verdadero tan respetable, puse el negocio en manos de la Providencia. Tomé el *Martirologio Romano*, impre-

so en Roma en 1585, llamé a la hija de mi hermano, María, niña de pocos años, que aún no sabia leer entonces, y le entregué el libro, mandándole que lo abriera por donde mejor le pareciese; obedeció la niña a su modo, introduciendo el indice de la mano derecha por la página 251, y el indice de la siniestra por la 684. Preguntéle entonces cuál de las dos páginas me designaba, y la criatura, con la inocencia de su edad, respondió que una y otra. Observé entonces con sorpresa que en los dos puntos donde sentaba los dedos en ambas páginas había dos santos de un mismo nombre: San Floriano, mártir, de quien se hace mención a 4 de mayo, y San Floriano, mártir también, de quien se lee a 17 de diciembre. Esta misteriosa coincidencia me ofuscó de suerte que me persuadí con toda certeza de que, por divina permisión, había hallado el propio nombre de la esposa de Recesvinto, abuelo o bisabuelo paterno del gran Pelayo, y sin escrúpulo ninguno planté a mi traducción por título: *Historia de la reina Floriana*. Borré poco después el nombre, porque una reflexión me agüó todo el contento que me había producido el hallazgo maravilloso; recordé que tenemos en España la palabra *fulano* para indicar una persona cuyo nombre se ignora u omite, y discurriendo sobre la etimología de la voz me ocurrió la sospe-

cha siguiente : Los Fruelas, Froilas, Froilanes y Froilanos (que todo es uno) abundaban mucho en Asturias en el tiempo de la restauración y siglos inmediatos; quizá (como ahora se llama Pedro Fernández a cualquiera, porque abundan los Pedros) dirían entonces un *Froilano* a todo hombre desconocido, y de aquí, algo más adelante, se formaría el *fulano* (1). El *Froilano* gótico probablemente sería el *Floriano* latino, y si esto es así, indudablemente está de Dios que no tenga nombre nuestra heroína, pues ni se le ha podido aplicar uno supuesto. *Floriana*, en nuestro país, no es nombre, sino substitución indeterminada por el nombre que se desconoce; de modo que titular este escrito : *Historia de la reina Floriana* equivale a escribir *Historia de la reina doña Fulana*, es decir, una *Reina sin nombre*.»

(1) Nuestros orientalistas quieren que el *fulano* español venga de la palabra hebrea *feloni'* que, en efecto, significa en aquel idioma *un cierto hombre*. A mí me parece una *felonia* separarme de la opinión de mi tío. — (Nota de J. E. H.)

FIN DE «LA REINA SIN NOMBRE»

ADVERTENCIA

De cuentos — dice el vulgar adagio — *suele irse a chismes*. Algo se les parece la noticia que voy a dar, inmediatamente después de los cuentos antes impresos, y como introducción o prólogo del drama de niños que verá el lector en seguida.

En el año de 1837, si no yerro la fecha, un sujeto muy respetable, que ya es difunto, me llamó a su habitación para proponerme si querria escribir, con arreglo a las instrucciones que se me dieran, una o más composiciones dramáticas de asunto infantil, las cuales habrian de representarse para recreo de S. M. la Reina (de siete años, tal vez no cumplidos entonces), ya con las figuras de un teatrillo mecánico que se habilitaria al efecto en el Real Palacio, ya por actores de muy poca edad. Convine gustoso, y aquel señor (que no era por cierto el Excmo. D. Manuel José Quintana) me entregó escrito de su letra el siguiente plan, que obra en mi poder todavia.

EL NIÑO DESOBEDIENTE

Acto primero.

Un bosque.

ESCENA I

Marta, madre de Juanillo, previene a éste de los riesgos que hay en ir a coger bellotas al bosque, y le manda expresamente que no lo haga en aquella tarde, que es la de un domingo.

ESCENA II

Juanillo, al irse a reunir con otros muchachos en el prado, encuentra a Perico, y éste le incita a que vaya con él al bosque. Juanillo se resiste, y al fin se deja seducir por su compañero.

ESCENA III

Estando cogiendo bellotas en el bosque, llega un guarda: huyen los muchachos; el guarda los sigue un gran trecho, y no pudiendo alcanzarlos les tira un escopetazo, sólo para asustarlos.

ESCENA IV

Gran terror de Juanillo, creyéndose herido; Perico se burla de él, y siguen huyendo, siempre en dirección opuesta a su aldea.

ESCENA V

Anochece; al ir andando algo más despacio, sale a su encuentro un lobo. Perico, más determinado, se sube a una encina; Juanillo no puede seguirle, y sobrecogido de terror, se tiende en el suelo. El lobo se llega a él, lo huele, y se va sin hacerle daño.

ESCENA VI

Juanillo reconviene amargamente a su compañero de que lo hubiese abandonado en un lance tan crítico; Perico manifiesta su mal carácter en la respuesta que da. Determinan seguir andando hasta pasar el bosque, y, rodeándolo para no caer en manos de los guardas, irse a su aldea.

Acto segundo.

Campiña rasa al lado del bosque.

ESCENA I

Amanece; los muchachos, rendidos de cansancio, se han tendido en el suelo y se

han dormido, y despiertan al venir el día. Juanillo se lamenta de las consecuencias de su desobediencia, y manifiesta su sentimiento por el pesar que tendrán sus padres ignorando su suerte; Periquillo le contesta que todo se compondrá con una buena zurra de azotes.

ESCENA II

Siguen andando al lado del bosque con dirección a su aldea. Encuentran una casa de campo, y descubren en un huerto cercado muchos manzanos cargados de fruta. Periquillo, acosado del hambre, propone a Juanillo subir por la cerca para coger manzanas; éste se resiste, pero Periquillo se obstina en subir, y dice a su compañero que le espere al pie de la tapia.

ESCENA III

Los de la casa ven a Periquillo cogiendo manzanas y echándoselas a Juanillo. Dos mozos sorprenden a los muchachos, uno por dentro del huerto y otro por la parte de afuera. Periquillo salta del manzano a la barda de la cerca y de ésta al suelo, y allí son cogidos los muchachos y bien apalearados.

ESCENA IV

Después de esta aventura siguen tristemente su camino; pero casi sin poder an-

dar, por la fatiga de la noche anterior y por los palos que acaban de recibir. Desesperados se sientan en un ribazo; pasa un arriero con sus burros de vacío; le preguntan si va por su aldea o cerca de ella (Valhermoso, por ejemplo), y, en este caso, si quiere llevarlos en sus burros. El arriero se conviene a ello y les pregunta qué le darán. Los muchachos, que no tienen dinero, le dicen que si llega a la aldea sus padres le pagarán. El arriero contesta que no llega a la aldea, aunque pasa muy cerca de ella, y les pide por llevarlos, a Juanillo su chaqueta de los días de fiesta y a Periquillo un sombrero nuevo que lleva y un buen pañuelo del cuello. Los muchachos dudan; pero diciéndoles el arriero que faltan más de dos leguas para la aldea y haciendo semblante de marchar, los pobres chicos condescienden con su propuesta. Al llegar al sitio convenido se apean los muchachos y dejan en poder del taimado arriero las prendas estipuladas.

ESCENA V

Lamentos de los chicos al verse en tal estado.

ESCENA VI

Llegada a la aldea; rechifla que les hacen los otros muchachos, y reconvenciones

de Juanillo por sus padres. Éste reconoce su yerro y pide humildemente perdón.

Me encargó el autor del plan que extendiera en diálogo aquel pensamiento, que tradujese del francés una breve comedia en tres actos, inserta, si no me acuerdo mal, en la *Gaceta de los Niños*, y le llevase ambas obras en estando acabadas. No hallé dificultad en la traducción; pero me pareció que el plan para la fábula original no tenía verdaderamente forma dramática, como la tenía la piececita francesa, por lo cual, al representarse las dos, nada ganaría en la comparación la española; fundado en esto, me tomé la libertad de variar el plan a mi modo, y escribí *El niño desobediente*, según puede verlo el lector, exceptuadas algunas variantes que son posteriores. Entregados los dos manuscritos, el de la obra nueva y el de la traducida, el autor del plan me declaró con la mayor dulzura posible que mi comedia no servía para su objeto, para el cual era indispensable que no hubiese alterado el plan de manera ninguna. Quedóse no obstante con *El niño desobediente* y con la

composición traducida, que había titulado yo *La independencia filial*; pasaron muchos años; recordé una vez que no conservaba copia de aquellos manuscritos; me vali de un amigo para pedírselos al autor del plan; me los envió, y en el año de 1849 salieron a luz ambas obrillas en el *Semanario pintoresco español*. Poco después de publicado *El niño desobediente*, comedia en dos actos, por D. J. E. H., el Sr. D. Juan Mieg, director del Gabinete de Física de S. M., vino a preguntarme si aquel juguete era efectivamente obra mía, como se anunciaba. Le manifesté la verdad, y supe entonces que *El niño desobediente* había sido representado a S. M. más de una vez en un aparato de sombras chinecas, arreglado por el mismo D. Juan; pero atribuyéndose la obra cierto individuo. Me sorprendió mucho la bondad excesiva de quien así se había determinado a prohibir un engendro tan poco brillante, y hoy, para que al respetable inventor del plan se le reconozca la parte de propiedad que le pertenece en este dramita, he considerado justo poner aquí la presente advertencia.

EL NIÑO DESOBEDIENTE

COMEDIA EN DOS ACTOS

PERSONAS

DON EUGENIO, propietario rico.

MARTA, madre de

JUANITO.

TOMÁS.

EL tío SATURNINO, viejo sordo.

SABÁS, muchacho gallego.

MATAVELAS, mozo de labor.

OTRO MOZO.

ACTO PRIMERO

El teatro representa la entrada de un lugar: a un lado la casa de Marta, unos árboles enfrente, un banco debajo de ellos, y campo en el fondo.

ESCENA I

DON EUGENIO, MARTA y JUANITO.

MARTA. — Dios le premie tanta bondad a usted, Sr. D. Eugenio. Si mi pobre marido viviera... ¡Él, que tanto quería a su capitán! Loco se hubiera vuelto de alegría al verle después de tantos años. No me son por mi propia tan apreciables las

generosas ofertas de usted, como por este infeliz, que no tiene sino a su madre, de quien tan poco puede esperar.

DON EUGENIO.—Marta, su hijo de usted puede esperar de mí todos los auxilios que necesite en la carrera que elija. Esto se entiende, si es que se porta bien.

MARTA.—Muchacho, ¿cómo se dice? ¿No das las gracias a este señor?

JUANITO (*a D. Eugenio*). —Viva usted mil años.

DON EUGENIO.—¿Cómo me ha dicho usted que se llama, galán?

JUANITO.—Yo, Juanillo.

MARTA.—Muchacho, ¿cómo se dice?

JUANITO.—Juan, para servir a usted.

DON EUGENIO.—Juanito, el maestro de escuela, que me ha enseñado las planas y las cuentas de usted, me ha dicho que es usted un niño aplicado y juicioso; estas prendas merecen una recompensa; y por ahora le presento a usted, no un juguete para enredar, sino este curioso estuche para escribir. (*Saca del bolsillo un estuche de viaje para escribir, cilindrico, con llave y las demás particularidades que se expresan.*)

JUANITO.—¡Ay qué majo!, ¡y qué grande!, ¡y con labores doradas y todo! ¡Anda! ¡Cuando lo vean en la escuela!...

MARTA.—Pero, muchacho, ¿cómo se dice?

JUANITO. — ¡Ah, sí! Tantísimas gracias, Sr. D. Eugenio.

DON EUGENIO. — Con esta llavecita se abre este broche; se desdobra esta solapa de la cubierta, que tiene bolsa para guardar papel; y entre estas dos medias cañas hallará usted suelto esta especie de rollo hueco, hecho de cinco piezas, que se empalman unas con otras. Vea usted. Esta de este extremo es la salvadera; con ella se encaja el tintero; luego, en estos dos trozos, hay una porción de cosillas.

JUANITO. — ¡Sí, ya ve! : plumas, cortaplumas, lapicero, tijera... Mire usted, madre, mire usted, ¡qué cosa tan mona!

DON EUGENIO. — Y esta otra pieza, que es la del otro remate, forma la obleera.

JUANITO. — Yo quiero poner sueltas esas cinco piezas en la mesilla donde escribo; dentro del estuche, vacío, guardaré otras cosas que se me pueden escabullir.

DON EUGENIO. — Pues tome usted el estuche y la llave. (*Se los entrega.*)

MARTA. — ¿Y cómo piensas tú corresponder a los favores de este caballero?

DON EUGENIO. — En efecto; yo soy algo interesado, y no hago nada de balde. Yo quisiera saber qué podría prometerme del buen Juanito, no por esa bagatela, sino por otras cosas de más importancia que me propongo hacer por él.

JUANITO. — ¿Y qué quiere usted que yo

le prometa, si no tengo nada que dar? ¿Quiere usted mi trompo? (*Sacándolo del bolsillo y presentándosele.*) Tómelo usted.

MARTA. — ¡Chico!...

JUANITO. — También tengo un par de zancos muy altos y muy fuertes. Si le hacen a usted...

MARTA. — ¡Muchacho!...

JUANITO. — Lo que sí voy a dar al señor, es la marica que yo he criado. Verá usted, ¡qué guapa! ¡Qué picara es! ¡Lo que sabe la malvada! No le falta más que hablar.

DON EUGENIO. — No, gracias; lo que yo exijo de usted es que siga siendo estudioso y obediente a su madre. Cuidado con esto último. Para mí no puede tener falta mayor un muchacho que ser inobediente. Dios ha querido, al fin de mis días, darme riquezas y privarme de hijos y deudos; mis bienes pertenecen a los necesitados, y principalmente a la infancia desvalida; pero el niño que falte a la sumisión que debe a sus padres, no tiene que contar nunca conmigo.

MARTA. — Ya lo oyes; me parece que no querrás darme que sentir.

JUANITO. — No, señora; yo haré siempre lo que usted me mande.

MARTA. — Mira que lo prometes delante de tu bienhechor.

DON EUGENIO. — Y que ninguno está más interesado que él en cumplirlo.

JUANITO.—Ustedes lo verán. Si yo quiero mucho a mi madre, y hago siempre lo que dice su merced. ¡Vaya!, que diga si no estoy aguardando siempre que me mande traer pan del horno y sacar zanahorias de la huerta y alcanzar uvas de la parra, para ir a obedecerla más listo que Cardona.

DON EUGENIO.—Yo celebraré mucho que usted ejecute otras órdenes suyas con igual prontitud y celo. Conque, amiga Marta, yo me vuelvo a mi posesión antes que se haga más tarde.

JUANITO.—¿Voy a decir al mozo que le traiga a usted el caballo aquí?

DON EUGENIO.—¿Para qué, si le tengo allí más al paso? Marta, cuide usted de su hijo, que si se hace acreedor a mi protección, yo le serviré de padre.

MARTA.—El Cielo colme de bendiciones a usted.

JUANITO (*después de haber besado la mano a D. Eugenio, advertido por Marta*) —Vaya usted con Dios, Sr. D. Eugenio.

DON EUGENIO.—Obediencia a la madre, o no hay nada de lo dicho; porque...

Tan necio como sería
quien en profunda ceguera
la dirección no siguiera
que le indicara su gufa,

tan insana es la osadía
del niño que obedecer
no quiere a quien debe el ser,
y presumiendo que sabe,
riesgo ninguno precave,
y en todos viene a caer.

Pero no tan solamente
procede como insensato;
es, además, un ingrato
el niño desobediente.
Suda la paterna frente
en su obsequio y asistencia;
preceden a su existencia
los desvelos maternos,
y él, a beneficios tales,
¡niega un pago de obediencia!

Y ¿cómo a la sociedad
tendrá respeto después
el niño que indócil es
del padre a la autoridad?
Pero a su indocilidad
la ley opondrá el rigor,
y sobre el que huyó de amor
el dulce y dichoso yugo,
quizá descargue un verdugo
su cuchillo vengador.

JUANITO. — ¡Zape!

MARTA. — Mira a lo que te expones si no eres bueno.

DON EUGENIO. — Meditar esta lección y no olvidarla nunca. Hasta otro día. (*Vase.*)

ESCENA II

MARTA y JUANITO.

MARTA.—Hijo mio, ya ves que no tengo sino a ti; ya ves si te quiero; acabas de pasar una enfermedad violenta, y mis cuidados, mis inquietudes, mis lágrimas, que a veces no he podido contener, han debido manifestarte bien mi cariño. Dios ha premiado mis afanes con tu salud, y he vuelto a vivir alegre, a ser feliz. Otras mil pruebas tienes también de lo que te amo. A pesar de nuestra pobreza, ningún muchacho del pueblo anda más aseado que tú, porque tú eres el espejo en que se mira tu madre; ninguno ha sido criado con el amor y la dulzura que tú. Como hijo, estás obligado a obedecerme, porque por mi vives; pero hay además otra razón para que me estés sumiso: tu mismo bien, tu interés propio. Tú no puedes saber en tus pocos años si de tus acciones te puede resultar utilidad o perjuicio; la experiencia me ha enseñado a mí a conocer esto, y el materno amor a emplear mi experiencia en beneficio tuyo. Te prohibi el domingo pasado que fueses al monte; tú lloraste porque no condescendí con tus deseos; ya sabes la desgracia de ese pobre mozo de la villa inmediata. Devorado el infeliz por los lo-

bos, su roído esqueleto ha sido hallado en lo más espeso del bosque, y sólo por los pedazos de sus vestidos le conocieron. Me parece que no extrañarás que te repita la misma orden, y que te habrás persuadido que te conviene respetarla.

JUANITO. — Si, madre, sí. Mire usted, lo que es yo, de buena gana iría al monte a coger fresas para merendar: me gusta mucho la fresa; pero no me gustaría que los lobos me merendasen a mí. En fin, ya que no sea la merienda en el monte, la tendré en casa, ¿no es verdad, madrecita? (*Acariciándola.*)

MARTA. — ¡Comilón!

JUANITO. — Vamos, ¿qué me va usted a dar?

MARTA. — ¿Qué quieres más? ¿Unas pasas o una torta?

JUANITO. — Deme usted una buena almorzada de pasas y me las comeré con una torta.

MARTA (*sonriéndose*). — ¿Cómo se entiende? Uno u otro.

JUANITO. — ¡Toma!, ya se ha reído usted, ya tengo entrambas cosas.

MARTA. — Bien; pero con la condición de que no has de ir a buscar a Tomasito, el hijo del herrero. Ese chico te echa a perder.

JUANITO. — No le dé a usted cuidado, madre; libre está que le busque yo donde ahora se halla.

MARTA. — ¿Cómo?

JUANITO. — Le tiene encerrado su padre por la diablura que ha hecho hoy en la misa mayor.

MARTA. — Pues ¿qué ha hecho?

JUANITO. — No dejar a la gente oír el sermón ni al religioso predicarlo. Se escondió en un rincón del coro con una carraca, hecha por su padre, que puesta en el campanario se puede oír de media legua, y fué llevando con ella el compás de las palabras del predicador. Hablaba el P. Froilán de las penas del purgatorio..., y Tomasillo, *rac carrac, rac carrac*. Decía el Padre que hay hogueras en el infierno y calderas de pez y que los condenados rechinan los dientes..., y Tomasillo, *rac carrac, rac carrac*, dale que dale. Con que el tío herrero, que por el son de la carraca había conocido que debía tocarla Tomás, le agarró al salir de la iglesia, le ató al yunque, le puso las costillas como chupa de dómine, y le ha encerrado para tenerle ocho días a pan y agua, dejándole la carraca para que se entretenga.

MARTA. — No merece menos una travesura de esa especie. Ese chico ha de dar mil pesadumbres a sus padres, y yo no quiero que tú me las des, imitando sus malos ejemplos. Mira que te prohibo que te acompañes con él; cuenta con no olvidarlo.

JUANITO.—Corriente; pero no olvide usted tampoco lo que me ha dicho.

MARTA.—Voy a sacarte de merendar.
(*Vase.*)

ESCENA III

TOMÁS y JUANITO.

TOMÁS (*aparte, asomando la cabeza por detrás de la esquina de la casa de Marta*).—¿Merendar, dijiste? Para quien está condenado a ocho días de abstinencia es cosa digna de atención.

JUANITO (*abriendo el estuche, que deja sobre el banco, y sacando de él las plumas*).—Voy a ver si acierto a cortar una pluma de éstas. Confesemos que de algo sirve el portarse bien en la escuela; si hubiese yo sido un novillero enredador como Tomasillo, no tendría hoy un estuche tan lindo, y tal vez tendría zurras y encierros y ayunos.

TOMÁS (*aparte*).—Lo último es lo malo; de lo demás ya hemos salido.

ESCENA IV

MARTA, JUANITO y TOMÁS (*oculto*).

MARTA (*cerrando la puerta de su casa*).—No te apartes de aquí por si viene alguien; mientras voy a ver qué me quiere la ve-

cina, que me envió a llamar antes que llegara D. Eugenio.

JUANITO. — Pero ¿no me deja usted algo con que pasar el tiempo?

MARTA (*sacando una torta y un cucurucho de pasas que da a su hijo*). — Vamos, señor goloso, hártese usted.

JUANITO. — ¡Cuánto la quiero a usted, madrecita de mi alma!

MARTA. — ¡Lagotero! ¡Qué buena mauala te vas haciendo, gracias a mi bondad!

Ya que tan alegre estás
porque a tu gusto cedí,
piensa tú en dármele a mí,
y contenta me tendrás.
Cuidadosa me verás
entonces de tu regalo;
si no, bien que me señalo
más por mi amoroso afán,
sabré, como doy el pan,
aprender a darte el palo. (*Vase.*)

ESCENA V

JUANITO y TOMÁS (oculto).

Juanito va a sentarse en el banco frente a la casa; coloca a un lado, sobre el mismo banco, la torta, y al otro, las pasas, y se ocupa en cortar una pluma. Tomás, sin ser visto, cruza el fondo del teatro y viene a situarse detrás de Juan.

JUANITO (*tomando un pedazo de la torta*). — Sola mi madre sabe hacer estas tortas tan ricas.

TOMÁS (*coge la torta y se la engulle vorazmente. Aparte*). — Pues el comérselas lo hace cualquiera. Si, a hurtado saben, que dicen es el sabor más gustoso.

JUANITO (*tomando unas pasas*). — Esta vez no me ha escaseado las pasas.

TOMÁS (*cogiendo las pasas y dejando el cucurucho vacío. Aparte.*) — Contaría con el convidado.

JUANITO (*después de un corto rato en que ha estado cortando la pluma*). — Pues, señor, esta pluma ha de escribir muy bien de delgado, la probaré luego, que ahora hay otra cosa más importante que hacer. (*Va a coger la torta.*) ¡Calla! ¿Y mi torta? ¿Y mis pasas? ¿Quién me las ha cogido?

TOMÁS (*saliendo de detrás de los árboles con la boca llena*). — No hay que hacer caso; es persona de satisfacción.

JUANITO. — De demasiada, según veo. ¿Quién diantres te ha traído aquí tan a punto? ¿Sabes que no me divierte la gracia, Tomasillo?

TOMÁS. — Hombre, entre dos que bien se quieren, con uno que coma basta.

JUANITO. — Ese uno podía haber sido yo.

TOMÁS. — Más regular es que fuera quien tuviese más hambre.

JUANITO. — ¿Y por qué he de venir yo a pagar tus diabluras? Bien dice mi madre, que nada traen bueno las malas compañías.

TOMÁS. — ¿Yo mala compañía? ¡Vaya! Según lo que yo sufro, debo ser un santo, sin remedio.

JUANITO. — ¡Buen santo nos dé Dios! ¡Un salteador de meriendas!

TOMÁS. — Pues digo bien : mi padre, mi madre, mis hermanos, mis cuñadas, el maestro, todo el pueblo me zurra. Pellejo más baqueteado que el mío no le tiene un tambor; éste es un martirio capaz de santificar a un judío. Hazte el cargo, Juanito; hazte el cargo de que cuando la gazuza aprieta...

JUANITO. — ¿Conque no ha habido indulto de la pena de ayuno?

TOMÁS. — ¿Indulto para mí? A mí se me trata peor que a una mula falsa.

JUANITO. — Ya, como no hay que fiar de ti...

TOMÁS. — Si yo no me hubiese valido de mis mañas, ahora estaría en el cuarto obscuro, aburrido de hallarme solo y con la tripa como cañón de órgano.

JUANITO. — ¿Te has escapado?

TOMÁS. — ¡No que no! Mi casa tiene más roturas que remiendos la saya de la tía Cosijos; yo columbré una grieta por donde entraba la luz, hice pedazos la carraca, y hurgando con ellos la pared, que es de tierra, no paré hasta abrir un agujero capaz de mi cuerpo, y me vine a ver si me convidaba mi compañero Juanito.

JUANITO. — En verdad que no has aguardado a que se te hiciera el convite.

TOMÁS. — ¡Ahora iba yo a gastar ceremonias con un amigo!

JUANITO. — ¡Amigo, amigo! Maldita la honra ni provecho que me trae tu amistad. ¿Sabes lo que me ha dicho mi madre? Que no tengo que acompañarme contigo, porque eres un tuno que me echas a perder. Y tiene razón.

TOMÁS. — Pues, señor, bueno; corriente. Aquí acabó nuestra amistad; por lo mismo no quiero quedarte a deber nada. Vente conmigo, y te devolveré la merienda.

JUANITO. — No me puedo separar de aquí; y además, ¿dónde tienes tú?...

TOMÁS. — Mi dispensa, aunque algo distante, vale un poco más que la tuya.

JUANITO. — Yo me alegraría de verla.

TOMÁS. — Pues tómate el trabajo de llegarte al monte conmigo. Verás allí ¡qué provisión hay de fresas, madroños, espárragos, setas, criadillas de tierra, bellotas a su tiempo, liebres, conejos!...

JUANITO. — Y lobos también.

TOMÁS. — No hay dispensa libre de bichos.

JUANITO. — ¡Canario! ¡Y qué grandes son los de la tuya!

TOMÁS. — Conque, fuera de chanzas, ¿quieres venir?

JUANITO. — Ya te he dicho que no me puedo apartar de la casa.

TOMÁS. — Pues, hombre, tú estás más preso que yo.

JUANITO. — ¡Preso!

TOMÁS. — A ver. Si no puedes dar un paso fuera de aquí, lo mismo es que si estuvieras encerrado entre cuatro paredes. ¡Y en un domingo en que todos los muchachos tienen el día por suyo! No hay duda que lo aprovechas bien.

JUANITO. — No tardará en venir mi madre de casa de la tía Perendenga, y entonces me dejará que vaya a jugar con los demás chicos al prado.

TOMÁS. — Sí, espérala. En poniéndose a hablar la tía Perendenga, no acaba en dos horas, por poco que tenga que decir.

JUANITO. — ¡Caramba! Pues a mi no me haría gracia estarme aquí de centinela mientras los otros se están divirtiendo.

TOMÁS. — Y que te vas a quedar solo, porque yo me voy a marchar al instante.

JUANITO. — ¡Qué!, ¿tan pronto me quieres dejar?

TOMÁS. — Como tu madre no quiere que te acompañes conmigo...

JUANITO. — Ya, pero...

TOMÁS. — Y como soy un tuno que te echa a perder...

JUANITO. — Anda, quédate otro rato todavía.

TOMÁS. — No, señor; el tunante se va a paseo donde le da la gana, y el niño obediente se queda aquí hecho un pasmarote.

JUANITO. — A trueque de que mi madre no me riña, más quiero quedarme.

TOMÁS. — Buen provecho. Diviértete, hijo. Yo voy a pasar la tarde en el monte hasta que obscurezca; y luego, sin que nadie lo huela, me entro en mi calabozo y me zampo las provisiones que me haya agenciado.

JUANITO. — Anda con Dios.

TOMÁS. — Si estás por aquí cuando vuelva, partiremos la fresa que traiga.

JUANITO. — Si me trajeses un nido, te lo agradecería más.

TOMÁS. — ¿Tienes más que venir conmigo y cogerlo tú?

JUANITO. — Luego me reñiría mi madre, y, la verdad, no quiero disgustarla.

TOMÁS. — ¿Y qué costilla te romperá con

sus regaños? Se le deja decir, se calla, se le hacen cuatro zalamerías, y se sale del paso. ¡Aún si hubieses de llevar una mano de azotes como la que me ha sentado hoy mi padre!... ¡Canario!, y ¡qué modo de despolvorear! Un hormigueo traigo en las espaldas, que me hace brincar de gozo. Pero si broma como la de esta mañana no se ha visto. El Fraile tan inquieto, tan parado, sin acertar a proseguir; el Alcalde queriendo con los ojos ahogar el ruido que le incomodaba, las viejas refunfuñando, los chicos riendo, y yo impávido, continuando mi carraqueo... ¡Qué, no hay azotes con qué pagar esto!

JUANITO. — Es que yo creo que todavía no has llevado por ello los últimos.

TOMÁS. — Pero yo me entretengo, y la tarde va que vuela. Que juegues mucho; abur.

JUANITO. — Mira... ¿Hay mucha fresa ahora en el monte?

TOMÁS. — A espuertas se puede coger. ¿Te determinas?

JUANITO. — Como me has dejado sin mendrillar... Si yo supiera que tardaba mi madre... Pero no; vete, vete.

TOMÁS (*reparando en un látigo que hay en un rincón del teatro*). — ¡Hola!, ¡qué látigo tan hermoso tienes! (*Haciéndole sonar.*)

JUANITO. — ¡Calla!, ¡el látigo de D. Eugenio!

TOMÁS.—¿Quién? ¿Ese caballero tan rico, que vive en aquel cortijo, camino del monte?

JUANITO.— El mismo; estuvo aquí, y se lo ha dejado olvidado.

TOMÁS.— Hombre, pues debíamos ir a llevárselo.

JUANITO.— Ya se ve que sí. Mira tú, él ha sido el que me ha regalado este estuche.

TOMÁS.— Si no le llevas el látigo eres un desagradecido.

JUANITO.— Como que estoy obligado a hacerle este obsequio. El cortijo no dista más que un cuarto de legua, ¿eh?

TOMÁS.— Escasamente; antes de media hora estamos de vuelta. Tu madre no te habrá echado de menos, y no sabrá nada.

JUANITO.—Y aunque lo sepa; se alegrará de que haya servido a mi bienhechor.

TOMÁS.—Por supuesto; vamos corriendo.

JUANITO.— Vamos allá, vamos.

Ya parto sin inquietud,
aunque me voy sin licencia,
que si falto a la obediencia
cumpla con la gratitud. (*Vanse.*)

ACTO SEGUNDO

Espeso bosque cruzado por una senda.

ESCENA I

TOMÁS (subido a un árbol).

¡Juanito! ¡Juanito! No responde. A saber dónde se hallará él a estas horas. Según la prisa y el miedo que llevaba, lo menos ha corrido ya media legua. Ningún ruido se oye; me parece que ya me puedo aprear. (*Bájase del árbol.*) ¡Caramba!, el lance podía haber sido formal! ¡Hallarnos a lo mejor cara a cara con un lobo! Allí, encimita de la Peña del Espantajo, asomó; todavía me parece que le estoy viendo. Por fortuna, venia acosado de los cazadores, y apenas sintió los perros, escapó como un rayo. Pero ¡qué susto el de Juanito; qué modo de correr! Cuando oyó los escopetazos de los cazadores, tan fijo pensó que se los tiraban a él. Yo, a lo menos, acerté a ponerme en salvo. Él dirá tal vez que le dejé en las astas del toro; pero que diga lo que quiera; cada uno debe mirar por sí. Aquí se le quedó el pañuelo, el látigo... ¡Qué gahnápiro es el tal Juanito!; al cabo

Juan. Mire usted a mí, ¿qué me importaba que llevase o no el látigo a su dueño? Lo que yo quería era hacerle salir del lugar, que luego yo le llevaría donde me diese gana. También se le cayó el estuche y su llave; no, pues éste ni el látigo no los vuelve a ver. (*Mete el estuche en el pañuelo.*) Yo me internaría más en el monte para buscarle, pero ¿y si me pierdo? Ya se ha puesto el sol; ¿a qué hora he de llegar a mi casa? Y luego, que estoy molido de la zorra y del viaje. (*Gritando.*) ¡Juanito! ¡Juanito! A la tercera: ¡Juanitooo! Pues, señor, Dios le guie y la Magdalena. ¿Hacia qué lado deberé tirar? Yo no lo sé; pero a la ventura; por aquí marchó. (*Se detiene al oír la voz de Saturnino.*)

ESCENA II

EL TÍO SATURNINO Y TOMÁS.

SATURNINO (*dentro*). — Mula de Barrabás, vuelve. ¡Mal rayo no te parta! ¡Miá-la, miá-la!

TOMÁS. — Allí viene un hombre..., y la mula se asusta del espantajo que hay en la peña.

SATURNINO (*dentro*). — ¡Arre, condenada! ¿Quiés desnucarme?

TOMÁS. — Voy a derribar el espantajo. (*Éntrase.*)

SATURNINO (*dentro*). — ¡Ah! ¡Por eso coceaba! Dios te lo pague, hombre; no había reparado. Voy a darle descanso, para que el susto se le pase mejor. (*Vuelve Tomás.*)

TOMÁS. — Átela usted a este árbol.

SATURNINO (*dentro*). — ¡Mármol! Berroqueño es este peñón.

TOMÁS (*aparte*). — Es sordo este tío.

SATURNINO (*dentro*). — Ya tengo asegurada a la asombradiza. (*Sale.*)

TOMÁS. — ¿Iré bien por aquí para Valhermoso?

SATURNINO. — ¡Ah! ¿Eres de Valhermoso, eh? Entonces me sabrás decir si esta senda guía al cortijo de La Chopera.

TOMÁS (*aparte*). — ¡Buenos estamos! Le pregunto el camino y quiere que yo le dirija.

SATURNINO. — Aún no ha ocho días que he venido a esta tierra de condenación, y en saliendo del cortijo, buenas noches..., ya no sé por dónde tirar.

TOMÁS (*aparte*). — La mula se quiere volver por donde venia; sabrá el camino mejor que el jinete; sin duda es por donde yo queria ir. (*Al tío Saturnino, recio.*) El camino es por aquí. (*Señalando el mismo lado por donde venia Saturnino.*)

SATURNINO. — Conque ¿pies atrás? Me alegro de haber tropezado contigo; eres el primer muchacho que ha hecho conmigo una cosa buena.

TOMÁS. — Yo lo hice sin interés.

SATURNINO. — Andrés, no; Saturnino me llamo. ¿Tú irás a Valhermoso también?

TOMÁS (*hace señas que sí*).

SATURNINO. — Háblame con la lengua y no a cabezadas. ¿Te parece que no oigo?

TOMÁS. — No digo tal disparate.

SATURNINO. — ¿Que si quiero llevarte? Pues mucho que si. De algún modo te he de agradecer el favor que me has hecho.

TOMÁS (*aparte*). — Vale el sordo un Perú.

SATURNINO. — ¿Qué látigo es ése, chico? (*Tomándosele.*) ¿Dónde te has encontrado tú ese látigo? ¡Jesús! ¿Si le habrá sucedido algo al amo?

TOMÁS. — ¿Es su amo de usted D. Eugenio? Se lo ha dejado olvidado en el lugar.

SATURNINO. — ¿Se lo ibas tú a llevar? ¿Con que tú le conoces?

TOMÁS. — Si, señor; ha estado en el pueblo esta tarde.

SATURNINO. — ¿Quería mucho a tu padre? ¡Calla! ¿Eres hijo siquiera del cabo Manuel. De juro; si dijo esta mañana el amo que hoy había de ir a tu casa. ¿Cómo no te he conocido yo antes? A fe que no niegas la casta. Los ojos, el pelo, la fisonomía, así, un poco apicarada de Manuel... Purico, purico a tu padre.

TOMÁS. — Si, señor; todos dicen que me parezco mucho a mi padre.

SATURNINO. — Haces bien en quererla;

tu madre es una excelente mujer. ¡Lo que se alegrará cuando sepa que soy mayoral del cortijo de D. Eugenio! ¿Qué llevas en ese pañuelo? (*Lo abre y mira.*)

TOMÁS. — Fresa, que he cogido en el monte.

SATURNINO. — ¡Y huevos de perdices! Diablejo, si te me sorbes los huevos, ¿qué piezas he de tirar luego yo? Este estuche te lo ha regalado mi señor. Un cajón de esos ha traído para repartirlos a los chicos.

TOMÁS (*aparte*). — Este hombre se lo dice todo, sin necesidad de que yo mienta.

SATURNINO. — Lo que siento es que cuando lleguemos al cortijo no estará el amo.

TOMÁS (*aparte*). — No me podías dar noticia mejor.

SATURNINO. — Así que vino del pueblo, tuvo que salir, y no estará de vuelta hasta mañana. Pero yo me encargo de obsequiarte en su nombre. Merendarás conmigo, y luego te enviaré a tu casa en la mula con un mozo, para que no esté tu madre con cuidado.

TOMÁS (*aparte*). — Todo se compone perfectamente. (*A Saturnino.*) Muchas gracias.

SATURNINO. — ¿Y tu tío Ginés?

TOMÁS (*aparte*). — Esto es malo. (*A Saturnino.*) ¿Mi tío Ginés dice usted?

SATURNINO. — Sí, el artillero.

TOMÁS. — ¡Ah! ¡Mi tío Ginés, el artillero!

(*Aparte.*) ¿Qué le diré yo? (*A Saturnino*)
Se metió fraile.

SATURNINO. — ¡Cómo, quedaba en el baile! ¿Con que está en el lugar? Es preciso que yo vaya un día de estos a ver toda esa gente buena. ¿Cómo te llamas tú?

TOMÁS. — Tomasito..., digo...

SATURNINO. — Juanito, sí, ya me acuerdo. Mira, Juanito, yo te he de querer mucho, porque me parece que has de ser uno de los pocos muchachos que hay de provecho.

Siempre tuve una aversión
a los muchachos, cruel;
mas por la misma razón,
si hallo uno bueno, es pasión
la que tomo por aquél.

TOMÁS (*aparte*).

De mi amigo me desuno,
y de su nombre me valgo
sin escrúpulo ninguno;
ya que me trata de tuno,
que me lo diga por algo.

(*Éntranse.*)

SATURNINO (*dentro*). — Agárrate bien; que vamos a ir echando centellas. ¡Arre, Gavilana, arre!; ¡miá que te he de baldar! (*Queda el teatro desierto por algunos instantes.*)

ESCENA III

JUANITO

Ya hallé la senda, ésta es. Sí, este es el sitio dondo estábamos cuando eché a huir; reconozco el peñasco, los árboles, todo. Pero Tomás no se halla aquí... Habrá huido también por su lado..., o tal vez..., ¡ay, no lo quiera Dios!..., habrá sido despedazado por el lobo. ¿Por qué he venido yo al monte? ¿Por qué he desobedecido a mi madre? ¡Madre de mi vida! Ya está anocheciendo; cuando vuelva a mi casa y no me halle, ¡qué pesadumbre va a tener! ¡Huf! (*Se deja caer en el suelo, rendido de fatiga.*) No puedo dar un paso; los pies no me caben en el calzado de hinchados que los tengo. ¡Me he lucido con mi paseo! Me he destrozado la ropa, los pies; he perdido mi estuche, la llave de él, el pañuelo..., y lo peor de todo es que no he probado ni una fresa de las que cogí. No, lo peor de todo es que no sé cómo he de llegar a mi casa. Este Tomás tiene la culpa; él me ha engañado, él me ha seducido... ¡Ah! ¿Y por qué cedi a sus instigaciones, faltando a las órdenes de mi madre? Cuando le vuelva a hacer caso en adelante... Cuando le hable en mi vida... Pero es preciso animarme. Si me quedo aquí..., si vuelven

los lobos... ¿He de pasar aquí la noche? Cuanto más tarde se haga, será más difícil acertar con el camino: esforcémonos. (*Procura levantarse y no puede.*) En vano es; no me puedo mover del sitio; aquí voy a perecer esta noche, lejos de mi madre. ¡Dios mío, tened misericordia de mí! (*Momento de silencio. Juanito llora amargamente.*) Oigo cantar. ¿Si será alguien que me saque de aquí? ¡Hacedlo así, Dios mío!

ESCENA IV

SABAS y JUANITO.

SABAS (*canta dentro con acento gallego*).

Quien quisiere preferir
su caprichu al buen conseju,
a costa de su pelleju
se tendrá que arrepentir.

JUANITO. — Demasiado cierto es. ¡Ojalá no lo experimentase yo por mi propio! Es un galleguito. (*Sale Sabas.*)

SABAS. — Dios guarde al rapaz.

JUANITO. — Dios te guarde y la Virgen. Óyeme una palabra.

SABAS. — ¿Cuántu iré janandu mientras te oiga?

JUANITO. — Aguárdate un poco.

SABAS. — ¿Comu cuántu me darás por que ajuarde?

JUANITO.—Mira: estoy cansado, no puedo andar, no puedo sostenerme de pie; mi madre estará muerta por mi tardanza. Por Dios, que dejes apoyarme con una mano en tu hombro, a ver si puedo salir de aquí.

SABAS.—Si non puedes caminar por tus patas, yo pudiera llevarte a costas un ratu.

JUANITO.—¡Ay! Yo te lo estimaria mucho, y mí madre te pagaria como quisieras.

SABAS.—Entonces, corriente; yo ¿a qué estoy sino a janar? ¿De dónde eres tú?

JUANITO.— Soy de Valhermoso.

SABAS.— El caso es que yo non llegu hasta tu pueblu; pasu a un cuarto de legua; pero non entru en él.

JUANITO.—Anda, animate; llévame hasta mi casa. Ya te digo que mi madre te lo agradecerá bien.

SABAS.— Es que también tengo yo padres que me ajuarden; y a pocu que tarde, habrá la de Dios es Cristu. Yo non puedu hacer más que dejarte cerca de tu pueblu; tal vez por allí topemos con alguna otra caballería.

JUANITO.— Bien; aunque sea a rastra, me iré desde allí.

SABAS.— Pero en ese casu, ¿quién me paja?

JUANITO.— Llégate mañana a mi lugar.

SABAS. — Mañana salgu con una carga de fruta para la feria del jueves, y tengo que llevar un camino todú al revés. Non puede ser.

JUANITO. — Pues yo no tengo dinero que darte.

SABAS. — Pues yo non sirvu a naide si non pillu cuartus. Mi padre me ha enseñadu a non dare nin los buenos días, si non me lus han de volver cun janancia.

JUANITO. — ¡Por Dios!...

SABAS. — ¿Qué Dios, ni qué Santa Maria? ¿Te parece a ti que al pobre le dieron las custillas para que se las cargara de balde? ¡Non tienes diñeiru y quieres andar a caballu! Tú quieres gullerías a manta de Dios.

JUANITO. — ¿Has de ser tan ruin que no quieras hacer un favor?

SABAS. — Hacer favores es de zopencus.

JUANITO. — ¡Pobre de mi! Está visto que no podré llegar a ver a mi madre. No tienes alma. Si yo me hallara en tu lugar...

SABAS. — Pues vamos a ver cómu te portas tú, que la echas de rumbón. Suponte tú que yo te pidu, por favor, que me des la tu chaqueta y la tu monteira.

JUANITO. — Hazte el cargo de que no puedo disponer de esta ropa, porque, al cabo, no es mía, sino de mi madre.

SABAS. — ¡Ah perreiron! Tampocu puedo yo disponer de mí sin licencia del meu pa-

dre. Ajuárdate a que vaya por ela. Dios te valga y el Sr. Santiaju.

JUANITO. — Espera.

SABAS. — Non hay que andar cun parlerias.

JUANITO. — Óyeme.

SABAS. — O truecas tu chupetin por mi chupeton, y tu gorru por mi chapeu, o non cargu contigo. Tú farás lo que mejor te cunvenga.

JUANITO. — Llévame a mi madre, mas que sea en camisa. Toma. (*Quiere darle la chaqueta.*)

SABAS. — Esu non; paja adelantada, diz que es paja viciosa. Cuandu lleguemos a la enercujada donde tengü que dejarte, alli trocaremus. Ya puedes montar sobre Sabas Marrullandeira.

Non te se haga caru el viaje;
según el apuru apreta,
se ha de pajar el bagaje.
¿Te hiciera ir de este paraje
a tu casa tu chaqueta?

JUANITO

Que sin mi ropa seré
mal recibido, colijo;
pero a mi madre diré :
«Si di la chaqueta, fué
porque vale más un hijo.»

(*Monta en Sabas y éste se le lleva.*)

ESCENA V

Campo y a un lado la entrada a un cortijo.
Es de noche.

MARTA y SATURNINO.

MARTA.— ¡Válgame Dios! ¡Qué hijo éste! No se puede usted figurar lo que pasé cuando al volver a casa me hallé sin él y me dijeron que le habían visto dirigirse hacia el monte con el muchacho del herrero.

SATURNINO.— Ustedes se asustan de nada. Los chicos no han de estar cosidos a las faldas de la madre. Y hágase usted el cargo de que el motivo de la escapatoria le..., vamos, le hace honor. Además, que ya el niño... No se apure usted tanto porque ande solo, que no se perderá.

MARTA.— No me da cuidado el que ande solo, sino el que se acompañe mal. La debilidad de su carácter es la que me hace temblar.

SATURNINO.— Seguro; el día de mañana a todos los mozos del pueblo ha de hacer temblar. Es de la piel del diablo; que es como me gustan los muchachos a mí.

MARTA.— ¿Qué dice usted?

SATURNINO.— Mientras la cena-merienda me ha tenido embobado con sus ocu-

rencias. ¡Qué maldito! ¡Qué cosas me ha contado del herrero, del Padre predicador, del alcalde, de usted!

MARTA. — ¡De mi! ¿Es posible?

SATURNINO. — Señora, no son ningunos pecados mortales. Al cabo usted es viuda, y joven y guapa : ¿qué tiene de particular que le haga a usted algunas visitas el sacristán?

MARTA. — ¡Dios mío! ¿Eso ha dicho mi hijo?

SATURNINO. — Me affijo, me affijo... No hay por qué affigirse, señora, cuando no hay ofensa de Dios. Verdad es también que, en un momento que yo me separé de la mesa, se me bebió cerca de una botella de vino, y su cabecilla no estaría muy firme.

MARTA. — ¡Qué es lo que escucho!

SATURNINO. — No, para un estómago fuerte no es mucho; no le hará daño. Y, señor, no ha de beber agua toda su vida; es menester que principie a hacerse a poder sufrir un bromazo.

MARTA. — Es preciso, es preciso que yo tome una medida severa para corregir a este muchacho. Si D. Eugenio hubiera presenciado esas cosas... Ya estoy deseando volver a casa; yo le diré...

SATURNINO. — Conque todo eso no vale nada. Yo espero que usted no le reñirá por esas frioleras.

MARTA. — ¿Frioleras las llama usted?

SATURNINO. — Por supuesto que voy a acompañar a usted. Voy a mandar que saquen una caballería.

MARTA (*alzando la voz*). — No, tío Saturnino, no; mil gracias. Para lo que falta que andar no es necesario.

SATURNINO. — ¿Que no, dice usted? Como usted quiera. A ver si encontramos en el camino al mozo que fué con el chico. Digo, si acierta a venir por la senda que nosotros llevemos, porque si toma la otra, nos sucederá lo que antes le ha sucedido a usted: nos cruzaremos.

MARTA (*alto*). — Mucho siento causarle a usted esta molestia.

SATURNINO. — No hay molestia para mí, tratándose de servir a una persona que estimo tanto.

MARTA (*alto*). — Usted siempre me ha favorecido.

SATURNINO. — ¡Ah!, usted se lo merece. (*Aparte*).

También es capricho necio,
cuando hago de todo aprecio,
y cada razón la bordo,
dar en hablarme tan recio,
como si yo fuera sordo.

(*Gritando*.) ¡Matavelas! ¡Matavelas!

MATAVELAS (*dentro*). — ¿Manda usted?

MARTA (*aparte*).

¡Que con tal descaro habló
mi Juan, con tal desatino!
O en otro se convirtió,
o quien el vino bebió
fué sin duda Saturnino.

ESCENA VI

MATAVELAS. — DICHOS

SATURNINO. — Cuidado con la puerta y la casa. Yo pronto volveré. Si por una casualidad viniese el amo entretanto... No debe venir hasta mañana; pero bueno es prevenirlo... Si viene, le dices que me he llegado al pueblo, acompañando a la madre de ese chico que ha estado aquí.

MATAVELAS. — De modo, tío Saturnino, que... Si usted me dijera qué chico es el que ha estado aquí...

SATURNINO. — ¿No le has visto?

MATAVELAS. — Yo no he visto a nadie, tío Saturnino.

SATURNINO. — Es el hijo de la Sra. Marta, Juanito López.

MATAVELAS. — Está bien, tío Saturnino.

SATURNINO. — Cuenta con lo dicho, Matavelas.

MATAVELAS. — Vaya usted sin aquel, tío Saturnino. (*Vanse Marta y Saturnino.*)

ESCENA VII

MATAVELAS

Yo no he querido decir nada al tío Saturnino, porque como estaba aquí la madre de su hijo, y como cada tendero alaba sus agujas, y la mejor palabra es la que está por decir, y como dicen que soy un bárbaro, y como pueden tener razón, yo no quería soltar una barbaridad. Ella, la moza, jura y perjura que allí no ha entrado bicho viviente sino el muchacho; y el cubierto del señorito, que esté en gloria, le falta: cuchara, tenedor y cuchillo, tres piezas de plata nuevecitas con la marca del amo. Nuevecitas, porque a los dos meses de haberle regalado el señor al señorito ese cubierto, se murió el chiquitín. También ha sido aprensión la del tío Saturnino mandar a la moza que le pusiera a un pillete el cubierto de aquel ángel de Dios, que todos los domingos me daba a mí la mitad del dinero que le entregaba su padre para los pobres. Voy a dar un vistazo por allá arriba, a ver... Si no parecen, ciertos son los toros. Y entonces, si le atrapo, ya le contaré yo un cuento al hermoso Juanito. (*Entra en la casa y cierra.*)

ESCENA VIII

JUANITO

¡Esta es la casa de D. Eugenio! Un cuarto de legua me falta para llegar a la mía. El rato que he venido auestas me ha servido de mucho. Ya me siento con más ánimo. Y luego, la alegría que me ha causado el hallazgo del estuche... Sin duda Tomás lo cogió, y lo ha perdido al pasar por aquí. ¿Si encontraré también la llave y el látigo? Miremos.

ESCENA IX

MATAVELAS y JUANITO.

MATAVELAS (*asomado a una ventana*). — Ese muchacho que anda rondando la casa... ¿Cuánto va que es él? (*Quitase de la ventana.*)

JUANITO. — No parece. Si lo hubiese encontrado, llamaba aquí, se lo presentaba a D. Eugenio, y tal vez... Pero ¡qué!, ¿había de verme en este traje? ¿Le había de contar lo que me ha pasado? No, no; a mi madre, sí; todo se lo diré, todo, sin faltar un ápice a la verdad; mas que me mate a golpes; bien merecido lo tengo. No me

volverá a suceder el desobedecerla, no.
(*Sale Matavelas con un ramal.*)

MATAVELAS. — ¿Adónde vas, muchacho?
¿Cómo te llamas? ¿Te llamas tú Juanillo?

JUANITO. — Juanito López, para servir a usted.

MATAVELAS. — Para servir al demonio.
(*Le ase.*) Tú eres el que yo buscaba, pica-
rón, canalla.

JUANITO. — ¿Qué dice usted? ¡Suélteme usted!

MATAVELAS. — ¡Soltar! Cuando yo te suelte, cada pedazo se te ha de ir por su lado, ladrón.

JUANITO. — ¡Ladrón a mi! Usted falta a la verdad.

MATAVELAS. — ¿Quieres que te ahogue? ¡Bribonazo! Mira si restituyes al momento lo que has cogido; si no, te ahorco de una reja.

JUANITO. — Pero ¡por Dios, por la Virgen, si yo no he cogido nada a nadie! ¡Ah!, ¿lo dice usted por la chaqueta y el sombrero que llevo? Es verdad que no son los míos; pero...

MATAVELAS. — ¿Conque eso más? ¿Conque has robado también esas prendas?

JUANITO. — Yo no las he robado.

MATAVELAS. — Mira si me entregas corriendo el cubierto; porque si no te voy a poner hecho un San Bartolomé.

JUANITO. — Yo no tengo tal cosa, yo no he robado nada.

MATAVELAS. — ¿Conque no?

JUANITO. — No, señor; no, señor; es mentira.

MATAVELAS. — ¡Picaro! (*Le da de ramalazos.*)

JUANITO. — ¡Ay Dios mio! ¡Ay madre mía, favor! ¡Por Dios, por Dios!... Si yo no tengo eso.

MATAVELAS. — ¡Ratero, restituye o te mato! (*Vuelve a darle.*)

JUANITO. — ¿No hay quien me socorra? ¡Que me mata este hombre!

ESCENA X

DON EUGENIO. — DICHOS.

DON EUGENIO. — ¿Qué es esto? ¿Qué sucede aquí?

JUANITO. — Sr. D. Eugenio, socórrame usted.

DON EUGENIO. — En un momento que he faltado, ¡ya ha habido aquí un escándalo! Mucho me alegro de haber anticipado la vuelta. ¿Cómo te atreves a maltratar a un niño?

MATAVELAS. — ¡El niño y su alma! ¿Sabe usted, nuestramo, lo que ha hecho este niño? Robarle a usted un cubierto de plata, el cubierto del señorito.

JUANITO. — Es falso.

DON EUGENIO. — ¿Cuándo ha podido hacer eso? ¿Cuándo ha entrado en casa?

MATAVELAS. — Ahora, hace poco; le traje aquí el tío Saturnino.

JUANITO. — Es falso.

MATAVELAS. — Le dió muy bien de merendar, y le ha pagado el obsequio asina.

JUANITO. — Falso; yo no he puesto en esta casa los pies.

MATAVELAS. — ¡Jesús, qué muchacho tan desvergonzado! Negará que hay Dios, vamos. Pero si es imposible que... Yo juraría que aún tiene el robo en el bolsillo.

JUANITO. — Bien fácil es de ver. Yo no tengo en mis bolsillos más que esto. (*Saca el estuche que le dió D. Eugenio; Matavelas se lo arrebatata de las manos.*)

MATAVELAS. — Eso es de casa también; yo he visto de esas cosas en su cuarto de usted.

DON EUGENIO (*severamente*). — Ese estuche se lo he dado yo.

MATAVELAS. — Pues aunque yo le pague otro, quiero ver si aquí dentro .. (*Arranca el broche y abre.*) ¿Qué decía yo? Mire usted aquí el tenedor y la cuchara, ¡tan chiquitos, tan cucos!...

JUANITO (*aterrado*). — ¡Virgen Santísima!

MATAVELAS. — Ahí está, no falla; mire usted la cifra. Pero todavía falta el cuchillo.

DON EUGENIO. — ¿Qué responde usted a esto, Juanito?

JUANITO. — ¡Dios poderoso!

DON EUGENIO. — ¿Nada dice usted para disculparse?

JUANITO (*llorando*). — ¿Y qué he de decir yo, si es imposible que me pueda justificar?

DON EUGENIO. — Luego ¿confiesa usted que...?

JUANITO. — No, señor, yo no confieso nada; mentiría si confesase tal cosa. La verdad es, Sr. D. Eugenio, que yo no he entrado en su casa de usted, ni sé quién es el tío Saturnino, ni sabía si tiene usted cubiertos de plata, ni nadie me ha dado de merendar; latigazos es lo que me han dado aquí.

MATAVELAS. — ¡El chico es una alhaja! ¿Conque...?

DON EUGENIO. — Dígame usted primero: ¿cómo es que se halla usted aquí? Cuando yo vi a usted en su casa, no creí que tuviese usted intención de hacerme una visita.

JUANITO. — Desde entonces ni he hecho ni me ha sucedido cosa buena. Me dijo mi madre que no me apartase de la casa, ni me acompañara con un muchacho con quien suelo jugar; pero fué él a buscarme, vi que usted se había dejado allí aquel látigo tan hermoso; quise venir a traérselo a usted...

DON EUGENIO. — ¡Y desobedeció usted a su madre! ¡Bravo!

JUANITO (*sollozando*). — Sí, señor; y en lugar de venirnos aquí en derecha, nos fuimos al monte, vimos un lobo, yo hui, mi compañero se subió a un árbol, y no le he vuelto a ver. Con el susto me dejé olvidado el látigo y un pañuelo en que tenía ese estuche.

MATAVELAS. — ¡Jesús, cómo las enreda!

DON EUGENIO. — Calla tú. Pero ¿cómo, dónde le ha vuelto usted a recobrar?

JUANITO. — Aquí mismo..., ahí, delante de la valla. Yo acababa de separarme de un chico gallego que me encontró en el monte sin poder dar un paso, y que no quiso traerme hasta aquí subido en sus hombros, como no trocarse con él de chaqueta y de gorra. Al acercarme a esta casa, reparé que estaba en el suelo el estuche.

DON EUGENIO. — ¿Quién puede haberlo traído aquí?

JUANITO. — Eso, Dios lo sabrá...; yo no quiero acusar a nadie.

MATAVELAS. — Ya viene quien desenredará la madeja: el tío Saturnino.

JUANITO. — ¡Y mi madre! ¿Dónde me esconderé?

ESCENA XI

MARTA, SATURNINO y un MOZO. — DICHOS.

MARTA. — ¡Ah!, ya le veo, ya respiro. ¡Hijo de mi corazón! (*Va a abrazarle, Juan lo resiste.*)

JUANITO. — No me toque usted, que dicen aquí cosas de mí...

SATURNINO. — ¿Conque es éste? Por supuesto que sí. ¡Éste sí que se parece a Manuel! Purico, purico a su padre.

MARTA. — Disimule usted, Sr. D. Eugenio, si he faltado al pronto a las atenciones que merecía su presencia de usted.

SATURNINO. — Si ya decía yo que era imposible que aquel tuno tuviera sangre de un hombre de bien. Mire usted, nuestro : ¡yo, que a pesar de mi sagacidad, me dejó engañar por el chico del herrero, le doy una merienda opipara, creyendo que era el hijo de la Sra. Marta, y el maldito se me bebe una botella de vino, se emborracha y se lleva este cuchillo de la mesa! (*Mostrándolo.*)

JUANITO. — ¡Ay, madre! Ahora sí que la abrazo a usted.

MARTA. — Pues ¿qué es esto?

MATAVELAS. — Toma, que yo... (*Aparte*). Vaya, ¡pues la he hecho buena!

DON EUGENIO. — Silencio.

MARTA. — Pero, señor...

DON EUGENIO. — No es nada : que su hijo de usted ha sido equivocado con otro.

JUANITO. — Pues nada más que eso, y que por eso me... Pero ya está conocida la equivocación.

SATURNINO. — Crea usted, nuestramo, que cualquiera se hubiese engañado como yo. Dió tantas señas..., el látigo de usted, un estuche...

JUANITO (*a Matavelas*). — ¿Ve usted como yo decía bien? (*A D. Eugenio.*) Tomás lo recogería en el monte.

MATAVELAS (*aparte*). — Quedo convencido de que soy un animal. ¡Pobre muchacho! ¡Cómo le he puesto!

DON EUGENIO. — Y ¿de quién han sabido ustedes?...

MARTA. — De este mozo, que de orden del tío Saturnino ha llevado a Tomás al pueblo. Antes de llegar a él se halló el muchacho en tal estado de embriaguez que perdió todo conocimiento; el mozo preguntó, le dirigieron a casa del herrero, y al acostar al chico, le encontraron un cuchillo, que el mozo conoció al instante; le encontraron además las piezas del estuche que ha regalado usted a mi hijo y la llavecita del mismo estuche. Hemos hallado en el camino a este buen hombre, y volviamos hacia el monte en busca de mi hijo, a quien, ya que ha cesado la inquietud en

que me tenía, quiero llevarme a casa para castigarle severamente por una travesura tan peligrosa, y para saber la causa de esa mudanza de vestido.

DON EUGENIO. — Ha sido un trueque forzoso, en que no ha ganado. (*Aparte.*) Ahora lo entiendo. Tomás encontró el estuche, lo vació para ocultar dentro el tenedor y la cuchara, lo perdió después, lo encontró Juanito, y como no sabía lo que había ya en él, porque no tenía la llave...

MARTA. — Tú pagarás el trueque; en vez de una chaqueta nueva, tendrás por mucho tiempo que contentarte con ese andrajo.

DON EUGENIO. — El castigo de Juanito me toca a mí. Hoy le he prometido mi protección, si continuaba siendo sumiso a su madre, y hoy mismo la ha desobedecido gravemente. Para que conozca lo que se ha expuesto a perder, suspendo por un año el cumplimiento de mi oferta, puesto que fué condicional, y si en este tiempo reincide, lo abandono para siempre.

MARTA. — Ese es el mayor castigo que podías sufrir; y, por desgracia, tengo que confesar que es justo.

JUANITO. — Y yo lo conozco también, y le pido a usted mil perdones del disgusto que le he causado, madre mía; será el último. Verá usted, Sr. D. Eugenio, cómo sé hacerme acreedor a que usted me quiera siempre.

DON EUGENIO. — Pues bien, de aquí a un año veremos; entretanto, no hago nada por usted. Esperanza tengo de que cumpla usted su promesa, porque la lección de hoy ha sido un poco dura.

JUANITO. — ¡Caramba si ha sido!

MARTA. — Pues la que a estas horas habrá recibido Tomás, ¡no habrá sido floja!

JUANITO. — ¡Reniego de él!

Expuesto a ser devorado
por una fiera me vi,
y en aquel apuro fuí
por Tomás abandonado.
De mi ropa despojado,
me pilla un hombre inclemente,
y, aunque injustísimamente,
zurrado de firme soy;
¡bien escarmentado estoy
de haber sido inobediente!

FIN DE «EL NIÑO DESOBEDIENTE»

FÁBULAS

LA GUINDILLA Y EL DULCE (1)

Se juntaron a comer
una vez en un mesón
un viajero solterón
y un casado mercader.

Tras mil discursos prolijos,
vino el soltero a decir
que era imposible regir
la voluntad de los hijos.

— Pues, señor, conmigo viaja
— repuso atento el casado —
el niño que tengo al lado,
y este chico es una alhaja.

— Vos pudierais ser testigo
de que, sin esfuerzo grande,
cuanto yo quiera y le mande,
me lo hace según le digo.

— ¡Vaya!, esos serán extremos
del amor que le tenéis.

— Hombre, no. — ¡Bah, bah! — ¿Queréis
que apostemos? — Apostemos.

(1) Se escribió para la comedia titulada *La Archiduquesita*.

Apuestan, y en la porfia
gran cantidad se atraviesa.
En esto puso en la mesa
dos platos el que servía.

Como hay entre los viajantes
gustos del todo contrarios,
un plato eran dulces varios,
otro, pimientos picantes.

— Basta una prueba sencilla
— dijo el solterón sin duelo — :
mandad a ese ángel del cielo
que se coma una guindilla.

— Hijo, complace al señor
— contesta el padre — ; ¡anda, listo!
La guindilla..., ¡Jesucristo!,
volcaba con el olor.

El pobre niño, aterrado
con el atroz mandamiento,
cogió llorando el pimiento
para tirarle un bocado.

El padre en tanto, con poca
prudencia o fuerte apetito,
pilló un dulce callandito,
y acercósele a la boca.

Fuera el muchacho de si,
gritó al mercader: — ¡Por Dios!,
¡confitura para vos,
y picante para mí!

Yo de obedeceros trato,
la apuesta quiero ganar;
pero comed a la par
otra guindilla del plato.

— Que no será proceder
como padre, hombre de juicio,
exigirme un sacrificio,
y vos no quererle hacer.

EL NIÑO EN ALTO

Trepó sobre una silla, y, arrogante,
un chiquillo gritó : — Yo soy gigante.
— Monuelo saltarín — dijo un anciano —,
baja, serás enano.

EL MUCHACHO Y LA VELA

Dijo una vez a la encendida vela
un chico de la escuela :
— Yo quiero, como tú, lucir un día.
La vela respondió : — La suerte mía
sólo es angustia y humo.
Brillo, sí; mas brillando me consumo.

EL RATONCILLO Y EL GATO

(Arreglada para música.)

I

Hubo, señores, un ratoncillo
en una casa de mi lugar,
hijo de viuda, madre mimona,
que se afanaba por él no más.

Cuanto pillaba se lo traía,
queso y chorizo, frutas y pan:
vida no tuvo más regalada
ni el rey de Asiria, Salmanasar.

Y él a la pobre madre
no la dejaba en paz,
queriendo cada día
Su albergue abandonar,
para ver lo que hay en el mundo,
por correr de acá para allá.

Tran tarrantrán, tarrantrán, tarrantrán.

II

— Madre —decía—, mucho te quiero;
pero me aburre la soledad;
sótano habito, justo es que vea
sala y cocina, huerta y corral.

Deja que salga, y ándelo todo;
llegue mi día de libertad:
si encarcelado más tiempo vive,
tu ratoncillo se morirá.

Concédeme permiso
para ir a pasear;
no quieras que te llame
tiránica mamá.

Sepa yo lo que hay en el mundo
por allí, por allí y allá.

Tran tarrantrán, tarrantrán, tarrantrán.

III

Ríndese al cabo la débil madre
con imprudente benignidad.

— Marcha — le dice — no vayas lejos;
vuelve al instante que oigas pisar.

Mira que hay perros, mira que hay hom-
que se divierten haciendo mal; [bres
mira que el gato, fiero enemigo,
como te atisbe, te comerá.

Poniendo astutamente
carita de bondad,
prepara sus traiciones
el pérfido animal.

Quédate cerca de tu asilo,
no te aventures más allá.

Trantarrantrán, tarrantrán, tarrantrán.

IV

— Madre, no temas — él le responde — :
nadie me engaña, soy muy sagaz.
Voy a ese hueco de esa ventana
por donde viene lá claridad.

¡Qué de placeres ya me figuro!
¡qué cosas luego te he de contar!
anda y prevenme rica merienda,
y hoy celebremos fiesta cabal.

Y sube, y asombrado
no cesa de mirar,
y ojos y pies y hocico
tras todo se le van,

y sin querer se va saliendo
cada vez más y más allá.

Tran tarrantrán, tarrantrán, tarrantrán.

V

Era una huerta, donde a la sombra
se solazaba don Mirrimián,
gato famoso, que de ratones
libre tenía la vecindad.

— Compañerito — dice al novato —,
pasa adelante sin recelar:
más a tus anchas que en tu agujero
por estas calles discurrirás.

Macetas mil de flores
adorno al sitio dan,
y fruto al suelo arrojan
El guindo y el peral.

Llega, pues, y coge a tu gusto;
llega, ven, acércate acá.

Trantarrantrán, tarrantrán, tarrantrán.

VI

Dulce sonaba la voz traidora,
dulce era el rostro de perillán:
cede al engaño nuestro curioso,
y a su verdugo vase a entregar.

Da un brinco el gato, bufa con ira,
y uñas y dientes hinca voraz
en la garganta del ratoncillo,
y se le engulle sin desollar.

-- No hay -- exclamaba el gato --,
no hay para ti piedad:
tú no quisiste guía;
no te hace falta ya.

La juventud sin experiencia
corre en el mundo suerte igual.

Tran tarrantrán, tarrantrán, tarrantrán.

EL CABELLO SUELTO

Peinando están a Julieta
cabellos largos y blondos,
peinando están a la niña
la rica madeja de oro.

Sentada Julia delante
de un tocador primoroso,
las rubias pendientes hebras
llegan al suelo por poco.

Sujetándolas atrás
nudo prieto antes que flojo,
la mano que ata el cordón
no abarca el peinado tronco.

Mira la niña el espejo,
recreándose sus ojos
aun más en la mata hermosa,
que en la belleza del rostro.

Pasa el peine la criada,
pidiendo en sumiso tono
que la infantil cabecita
se esté un momento en reposo.

La madre, sentada cerca,
leyendo un papel en folio,
finge tal vez que la riñe,
contemplándola con gozo.

— Déjela usted sin peinar
— dijo la mamá de pronto,
creyendo tal amenaza
de efecto maravilloso.

— Mamá — repuso Julieta —,
esa palabra te cojo:
desde hoy para mi tocado
moda nueva te propongo.

¿Por qué agarrotar mi pelo,
ni hacerle pleita ni rollos,
pudiendo lucirle más,
tendido desde los hombros?

Recogido no se ve
cómo es de largo o de corto;
¿qué mal hay en que la gente
sepa que le tengo hermoso?

La lástima es que vivimos
en este rincón del globo,
casa de campo que ignoran
hasta el vencejo y el tordo.

¿No es cierto que sienta bien,
no va de veras airoso,
por la esclavina esparcido,
libre el cabello de estorbos?

Si una corona de aquellas
que en premio gané me pongo,
verás ¡qué bien te parezco,
sin más trenzado ni adorno!

— Bien — respondió la mamá —;
condesciendo en ese antojo,
que tiene mucho de malo,
sin lo que tiene de tonto.

Virtud y cabello en niña,
recogidos una y otro,
te ven siempre, aunque les eche
la modestia su rebozo.

Ponte la corona, y anda
la quinta, el jardín y el soto;
le excusas a Catalina
más le un rato fastidioso.

Bájase Julia al jardín,
corriendo cual ágil corzo;
se mira en estanque y fuente,
y ansia mirarse en arroyo.

Sale al campo, travesea
bajo la copa del olmo,
y al pie del nogal y el tilo
que juntos le ofrecen toldo.

Se inclina a coger del suelo
cantitos que ve redondos,
y las flotantes melenas
ensúciansele de polvo.

Sientase en la hierba un rato,
y el cabello vagoroso
también se sienta, y extiende
manto que la envuelve en torno.

Siente algo bullir en él,
y mirale con asombro,
de un ejército de hormigas
plagado sin saber cómo.

Precisamente era insecto
que ella miraba con odio;
no dejaban en su huerta
ni una fruta ni un cogollo.

Sacude, restriega..., dentro
del undulante manojo,
bichuelos al colodrillo
le suben de cinco en ocho.

Vase de allí, y en la senda,
en un callejón angosto,
halla un charco, y un acebo
que encima descuella fosco.

Brinca valiente la niña,
y al dar el salto brioso,
se le alza el pelo, ayudando
el céfiro con su soplo.

Rama, que baja salía
en forma de alfanje corvo,
las crenchas agarra sueltas,
codiciosa del despojo.

Pendió de su vanidad
el Absalón revoltoso,
hasta que soltó gimiendo
porción del rubio tesoro.

Con rizos de Julia el árbol
engalanó sus pimpollos;
punzada por ellos ella,
cayó del ramaje al lodo.

Encenagada, aturdida
del repelón horroroso,
vuelve a la quinta Julieta,
muriéndose de sonrojo.

— ¡Ay, mamá! — dijo al entrar —,
vengo a casa hecha un destrozo;
que me lave Catalina,
y me haga después un moño.

La bondadosa mamá
le dijo con dulce modo,
sabida la historia triste
del columpio y el remojo:

— Ya lo ves: a la mujer
es muy conveniente y propio
recogimiento de pelo,
recogimiento de todo.

BUENA Y AMABLE

Porque tiene los ojos
bucos y feos,
no los alaba María
nunca del suelo.

Dulce y humilde,
con los párpados bajos
las almas rinde.

Respirando su rostro
santa modestia,
con los ojos de Venus
menos valier.

Es grande y noble
convertir en virtudes
imperfecciones.

LA HIJA DE SEYANO

— No quiero vivir contigo
— dijo la niña Seyana —,
porque tú continuamente
con azotes me amenazas.

Mi padre es el jefe ilustre
de la hueste pretoriana,
y del gobierno del mundo
Tiberio César le encarga.

Madre tú de Elio Seyano,
te vuelves abuela mala,
y a ochenta leguas de Roma
me mantienes encerrada.

Volver con mi padre quiero,
y allá en su opulente alcázar
castigar a cien esclavos
en vez de ser castigada.

— No pienses así — respondía
la bien advertida anciana — :
segura conmigo vives,
de todo el mundo ignorada.

Con frecuencia se amotina
la plebe de Roma varia,
y el emperador Tiberio
muchos poderosos mata.

No quieras ir donde veas
invadida nuestra casa
de incendiarios con hachones,
de asesinos con espadas.

No hallaron piedad a veces
en la fiereza romana
desvalida la mujer,
inofensiva la infancia.

No vayas donde echas menos
el techo de humilde paja,
mansión de la pobre vieja,
que dices que te maltrata.

— Lévame a Roma, abuelita
— instó la niña mimada —.

— Mi edad — le responde aquélla —
no me permite que vaya.

Tú puedes ir. Dos esclavos
encárganse de llevarla,
triste la anciana se queda,
y alegre la niña marcha.

¡Mas, ay!, del cruel Tiberio
pierde Seyano la gracia,
y su palacio atropella
furibunda la canalla.

Perecen él y sus hijos,
y ardiendo en sed de matanza,
los bárbaros a morir
también a la niña sacan.

De los cabellos cogida,
la lleva un sayón a rastra.

— Déjala — gritaban unos;
los otros: No hay que dejarla.

— Dánosla acá — vocearon
mujerzuelas desalmadas —;
con un cordel le daremos
un aviso en las espaldas.

— No me matéis — les decía
la niña desventurada —;
pero en lugar de mi abuela,
que me castigue una extraña.

No me matéis y azotadme,
porque estando donde estaba,
me vine a buscar aquí
de mi padre la desgracia.

Ruego inútil: ya no es pena,
cuando la del Cielo amaga,
la que se impone tardía
la víctima involuntaria.

Los brazos le atan atrás,
doblar el cuello le mandan...
— ¡Ay, abuelita! — gritó
con el hierro en la garganta.

Desplómase el cuerpo en tierra,
y alza el verdugo en la plaza
la cabeza de la niña,
que aun pestañea espantada.

DIONISIO EL DE SIRACUSA

Abominable rey, cruel tirano
fué del pueblo infeliz siracusano
Dionisio, tigre cauteloso y fiero.
Júpiter justiciero
le quiso escarmentar: nobleza y plebe
a' opresor aleve
despojaron del trono;
y, perseguido con tenaz encono,

sin albergue se vió, se vió mendigo.
— Aun para sus tiránicos excesos
— Júpiter dijo airado —
no es bastante castigo,
y otro ha de recibir que más le duela :
maestro de una escuela,
con discipulos tontos y traviosos,
le haré, por mi justicia condenado,
y al doble pagará cuanto ha pecado.

EL MAESTRO Y LAS VELAS

Llora el infeliz Bartolo,
llora que aturde la escuela,
y en verdad que el pobre chico
no sin razón se lamenta.

Encima de un compañero
se ve montado a la fuerza;
y dos compañeros más
le agarran entrambas piernas.

Desabrochado el justillo,
remangada la chaqueta,
le han prendido la camisa
con un alfiler en ella.

Desnuda la espalda en arco,
él desesperado espera
lo que por asiento saben
las curvas con que se sienta.

La lección fué tropezona,
la plana horrible de puerca :

según la costumbre antigua,
dos casos de azotes eran.

Era, por añadidura,
tarde de sábado aquella,
día de rezo y de pago,
de cántico y penitencia.

Ante una imagen devota
con dos encendidas velas,
por su turno a cada reo
se iba aplicando la pena.

Cogió el maestro con aire
la humedecida correa,
y sonó entre cien chillidos
la dolorosa docena.

Mientras Bartolo se ataca
y el escozor se le templa,
el maestro en su sitial
perora de esta manera:

— No se enseña al niño bien
sin zurriago y sin palmeta;
cuando comete una falta,
es menester que le duela.

Ejemplo da al pedagogo
la sabia Naturaleza,
castigando rigurosa
las humanas imprudencias.

A un árbol se sube un hombre,
y se le va la cabeza:
por más que grite al caer,
no se le ablanda la tierra.

Si es roca el suelo en que para,
costilla o muslo se quiebra;

metido en agua, se moja;
tocando el fuego, se quema.

A esas luces llegue en niño,
queriendo jugar con ellas:
las manos le abrasarán,
sin duelo de su inocencia.

Las dos velas de la imagen,
hartas de pláticas necias,
quemadas le respondieron,
corriéndose de vengüenza:

— Si pudiéramos hablar
otras veces como ésta,
nuestra voz al niño incauto
benévolo aviso diera.

Primero que hacer llorar
al inocente que yerra,
nos muriéramos nosotras
al ver su manita cerca.

Juega un niño, y a un mastín
le pellizca y le repela,
y el perro aguanta su daño,
por ser un niño el que juega.

De la roca te apoyabas
en la impasible dureza;
la roca de alma carece:
no tú de roca la tengas.

Vendrá tiempo en que ejercida
con incansable paciencia,
ni un ¡ay! al niño le cueste
la enseñanza de las letras.

Día vendrá en que por cuento
se den tus locas ideas,

y otros discipulos rian
de lo que los tuyos tiemblan.

Aquel tiempo es ya llegado,
y esta fábula encomienda
que a los maestros de ahora
se les respete y se quiera.

LOS CUCLILLOS

Es el cuclillo pájaro
travieso y holgazán,
y es desalmado y pérfido
su modo de criar.

Él y su digna cónyuge,
en la estación vernal,
buscando por los árboles
nidos ajenos van.

En viendo la hembra picara
uno con huevos ya,
siéntase, y echa al prójimo
un huevecito más.

Por donde vino tórnase
después el cuco par,
y el invadido tálamo
quédase un mes en paz.

La otra pareja cándida,
modelo de bondad,
sus hijos y el expósito
cria con celo igual.

A los picuelos tímido
lleva con tanto afán

cebo copioso, haciéndoles
hambre y amor piar.

El ingerido huérfano,
que ignora su orfandad,
crece, y su instinto pródigo
incítale a volar.

Con arrogancia impúdica
su padre natural
entonces viene y gritale:
«¡Eh, señorito, aca!»

De allí con vuelo rápido
huye sin vacilar:
pupilo es ingratisimo
quien tuvo padre tal.

Junto a su cuna plácida
volando pasará,
y no dirá volviéndose:
«¡Padres, a Dios quedad!»

Maestros, nobles mártires
de un cargo paternal,
¿qué padre, qué discípulo
pago mejor os da?

EL TÁBANO

Simplicio Merlo se llamaba un joven
alto, rubio, simpático, elegante,
que hablaba de Solón y de Bethoven,
de política muerta y palpitante,
de Ninive y Pavia,
de flores y jabón y albeiteria

en esa fácil prosa
en que, charlando mil, no dicen cosa
que deje conocer al inquirirlo
si Merlo diferénciase de mirlo.
Simplicio Merlo, pues, hombre decente,
de grande oreja y pie y angosta frente,
largo bigote, puntiaguda pera,
no dejaba de ser... Muestre quién era
la relación verídica siguiente :

A cierta romería
don Simplicio Merlo concurría,
y todo concurrente, grande o chico,
dama o galán, allí, montó borrico;
mayor caballería
no debieron hallar de buenas artes,
y hay burros muy de bien en todas partes.
Habiéndose apeado
para gozar la plácida verdura
de un floreciente prado,
y siguiendo al jinete su montura;
bicho que sin piedad las acribilla,
un tábano atrevido,
sáltale a don Simplicio a la mejilla;
y de ella sacudido,
punza entre el escobón de la perilla.
Simplicio en el instante
las manos echa al perillán picante
— perillán esta vez inadvertido —,
y héteme aquí mi tábano cogido.
— Oiga usted, caballero
— dijo (la cortesía lo primero)
Simplicio al sangrador—, tengo entendido

que es en ustedes uso
cuadrúpedos picar; mas no que pique
tábano alguno al hombre;

y, juzgándome digno de este nombre,
debo manifestar que estoy confuso,
y quiero se me explique

luego, sin dilación, cómo se abona
el hecho consumado en mi persona.

— Señor, hombre de Dios—contesta el pre-
tengo excelente olfato y mala vista, [so—,
y cometi por eso

culpa que me avergüenza y me contrista.
Véole a usted ahora,

y advierto que enamora
por su talle y figura,

y el aire señoril en traje curro;
pero al volar aquí, mala ventura

mía, que a mi honradez no corresponde,
trájome a la nariz, no sé de dónde,

un olorcillo a burro;
y tropezando con usted a tiento,

le piqué, suponiéndole jumento.

— La causa ya discurro

— Simplicio reparó — del desatino
que usted a ciegas cometió: me sigue
no lejos el pollino

que monto en este viáje,

y lo que usted olió fué mi bagaje.

— Cierto, Señor: su enojo se mitigue.

Manso perdone la imprudencia mía:

no supe qué pinché, ni qué me olía.

Racional es usted, hecho y derecho,

no bestia vil de carga.
— Me doy por satisfecho,
— dijo — y abrió los dedos el Simplicio,
y el tábano se larga;
y en pago del inmenso beneficio,
grita en el aire con acerbo chiste:
«Bien a burro me olías;
lo eres a no dudar, pues no entendiste
mis poco rebozadas maulerías.
Los pinchazos agudos y frecuentes
con que le rompo al asno el cerviguillo,
te ofrezco, si te pillo
donde a mi gusto mi rejón te alcance».

Súpose por el tábano este lance,
y óyese desde entonces a las gentes
en honra y gloria de Simplicio Merlo:
«¿Hueles a burro tú? Señal de serlo.»

ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
CUENTOS :	
La Reina sin nombre.....	5
El niño desobediente.....	117
FÁBULAS.....	169

A
P
S
E
L

P
L
S
D
A
R
L
E
C
P

T
Q

A
P
E

M

T

O
D
S

G
M

E
V

Alfredo de Musset.—Las noches.—Poemas. 76 y 136	
Poesías asiáticas.	77
Shakespeare.....	78-82-112
El Lazarillo de Tormes.	79
Leyendas y tradicio- nes.....	83
Poemas gaélicos....	84-85-90
Lamartine.....	86
Séneca.—Tragedias ..	87
Dickens.....	89
Antología griega.....	92
Rousseau.....	93
La Musa Helénica.....	95
El Diablo Cojuelo....	96
Cantares populares....	97
Poesías ascéticas y re- ligiosas.....	98
Terencio.—Comedias..	99
Quintana.—Don Álvaro de Luna.....	100
Augusto Barbier.....	101
Pedro M. ^a Barrera.....	102
El día de fiesta por la mañana y por la tarde.	103
María de Zayas y So- tomayor.—Novelas..	104
Tirso de Molina.—El Burlador de Sevilla y Convidado de Piedra.	105
Ollantay.—Drama en verso quechúa.....	106
Diderot.—La religiosa. No es un cuento.....	107
Sófocles.—Filotectes (tragedia).—Juvenal. Sátiras.....	108
Goethe.—Fausto... 109 y 110	
Modelos de literatura china.....	111
Edgardo Poe.....	113
Virtud al uso y mística a la moda.....	114

Obras escogidas del Pa- dre Feijóo.....	115
Plauto y su teatro... ..	116
Miscelánea de Autores espa. es.....	117
Poesías sueltas de don Manuel Quintana....	118
Don Miguel de los San- tos Álvarez.—Tenta- tivas literarias. 119-120-122	
G. Belmonte Müller...	121
El abate Prévost.—Ma- non Lescaut.....	123
Erckmann Chatrian.— La señora Teresa...	124
Julia de Asensi.—No- velas cortas.....	125
Goya... ..	126
Edgar Quinet.—Ahas- vérus.....	127 y 128
Gutiérrez de Alba.— Poemas y leyendas. 129-130	
Cuentos de Perrault...	131
Biografía de Colón....	132
Cervantes.—Entreme- ses.	134
Campoamor.—El Dra- ma Universal.....	135
Sánchez Pérez.—Actua- lidades de antaño...	137
Viajes de Gulliver a di- versos países remotos. 139-140	
Aventuras de Robinsón Crusoé.....	141-142
Duque de Rivas.—El Moro Expósito ...	143-144
Tirso de Molina.—El Vergonzoso en Pala- cio.....	145
Voltaire.—Cándido o el optimismo.....	146
Juan de Timoneda.—El Patrañuelo.....	147